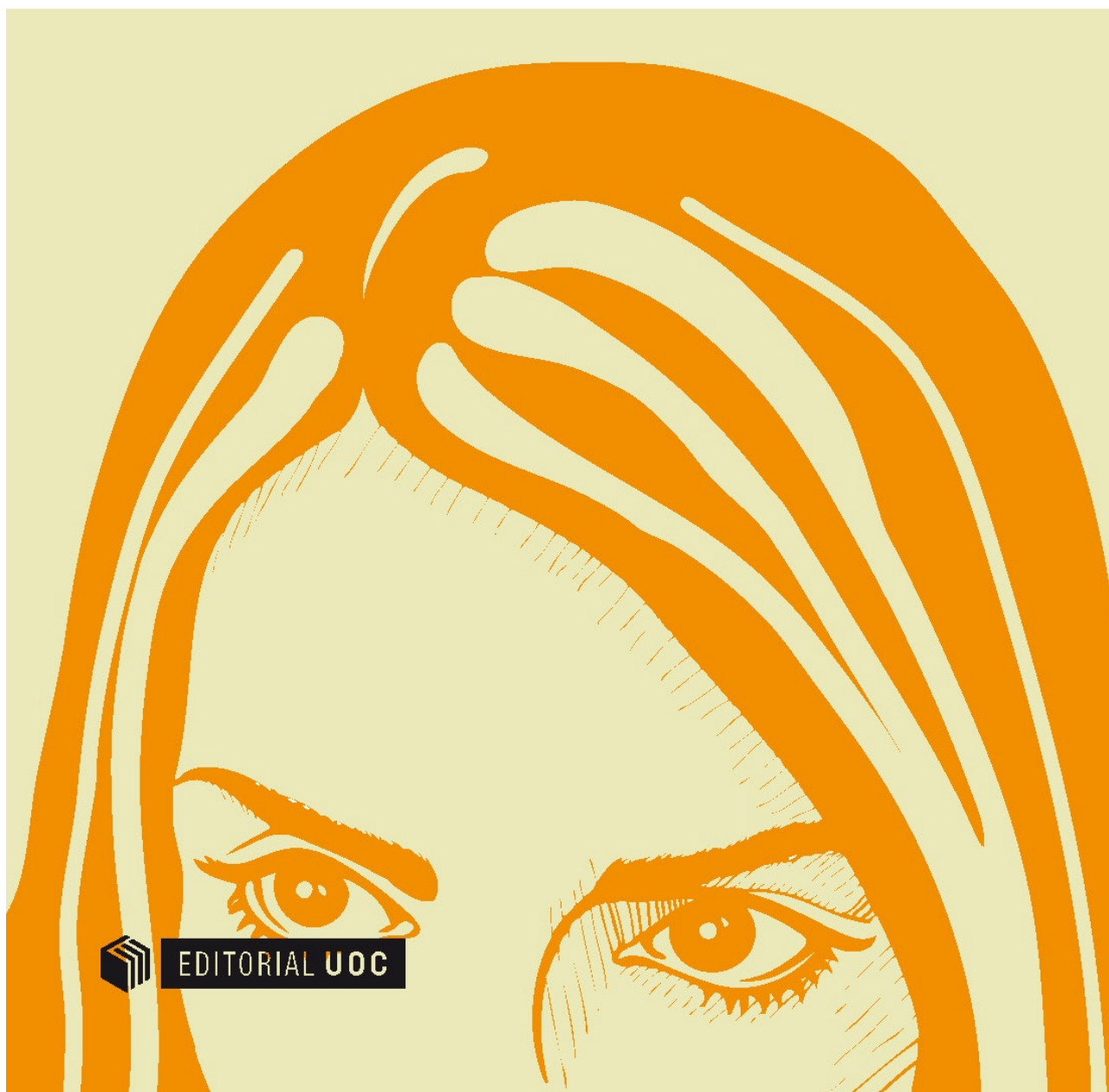




ESTO ES UNA
NOVELETTE
UN MANUAL EN FORMA DE NOVELA

EL HAMBRE Y LA FE

Alexis Ravelo



EDITORIAL UOC

EL

ALEXIS RAVELO

Director de la colección: Lluís Pastor

Orientación y validación académica de esta novelette: Xavier Pastor

Diseño de la colección: Editorial UOC

Primera edición en lengua castellana: junio 2017

Primera edición en formato digital (epub): diciembre 2017

© Alexis Ravelo, del texto

© De esta edición, FUOC 2017

Avda. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona

© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL), de esta edición, 2017

Rambla del Poblenou 156

08018 Barcelona

© Imagen de la cubierta: Istockphoto

Realización editorial: Oberta UOC Publishing, SLU

ISBN: 978-84-9116-922-2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del *copyright*.

Esto es una  **Novelette**

EL HAMBRE Y LA FE

ALEXIS RAVELO



Índice

<i>El Secundino I</i>	9
<i>La ley y la justicia</i>	17
<i>Arte de lo posible</i>	23
<i>El hambre y la fe</i>	35
<i>Lo abstracto y lo tangible</i>	45
<i>Tercer sector</i>	51
<i>Peor para los hechos</i>	61
<i>O la insumisión fiscal</i>	71
<i>Lanzamiento</i>	81
<i>Las buenas intenciones</i>	89
<i>Plan de Intervención Social</i>	95
<i>Ratas con corbata</i>	107
<i>Vieja política</i>	113
<i>El Secundino II</i>	121
<i>La mujer del César</i>	125
<i>Vela de armas</i>	133
<i>Legión de ángeles</i>	137
<i>Realpolitik</i>	143
<i>El Secundino III</i>	151
<i>Estrecha colaboración</i>	153
Índice que te ayuda a localizar conceptos clave	155
Índice que te ayuda a aprender	161
Esquema general	167
Novelas, películas y documentales para divertirse aprendiendo	169

El Secundino I

Igual que en Euskadi seguramente existe una taberna llamada Sabino Arana y en algún lugar de Cataluña ha de haber un café llamado Valentí Almirall, en Gran Canaria está situado el bar Secundino Delgado, más conocido entre la parroquia como «el Solidario» o, simplemente, «el Secundino», así, con nombre de pila, como se trata a los iguales, a los de confianza, a los hermanos. El establecimiento, abierto en los ochenta por emprendedores cuyo nombre se ha perdido en la noche de los registros mercantiles, pasó por media docena de manos hasta que a mediados de los dos mil comenzó a funcionar en régimen de cooperativa. Hoy lo atienden cinco o seis pibes y pibas, universitarios a tiempo parcial, cuyos rostros van cambiando, pero que mantienen la misma apariencia surfera, alternativa, modernilla, ferozmente juvenil.

El Secundino es un antro amplio, oscuro y caluroso, con mesas y taburetes en los cuales su clientela ha dejado al cabo de los años más inscripciones que en un concurso de talentos. En la entrada, donde está situada la barra, presidida por un retrato del padre del independentismo canario que da nombre al negocio, hay espacio para que unas diez personas consuman sin estorbarse. Después, tomando por la puerta que hay a la izquierda, el visitante va encontrándose con seis o siete habitaciones que fueron en su día las estancias de una vivienda burguesa enclavada en pleno barrio de Arenales de Las Palmas de Gran Canaria. Quedan, de esa época, las cenefas modernistas que recorren la media pared, las molduras voluptuosas y un par de lámparas llenas de mugre, que penden de los techos altísimos.

Los productos estrella del Secundino son los botellines a euro y medio, las tapas de chochos y aceitunas, las papas arrugadas y las hamburguesas de seitán, que puso de moda una de las cocineras, vegetariana e innovadora. Ahora hay quien va al Secundino solo por ellas. Pero son los menos. A la mayor parte de la clientela (estudiantes y exestudiantes que se resisten a dejar de ser jóvenes) les atrae la costumbre, la tertulia y el encuentro con viejos compañeros de pupitre o barricada. Comunatas, trotskistas, maoístas, anarcas, nacionalistas y sindicalistas de grupos minoritarios, simples progres de mediana edad sin adscripción ni ganas de tenerla, jóvenes ecologistas, alternativos y veganos a sus horas, periodistas guerreros y trabajadores sociales pacíficos conviven en ese amable tugurio, bajo el tácito acuerdo de que lo que se habla en el Secundino se queda en el Secundino. Allí, en un rincón de la barra, puede verse cada noche, al menos durante una hora, a Salvador Galván Gutiérrez, alias Boro, alias Mao (tal y como llegó a figurar en alguna ficha de la Brigada Político Social), echando una caña entre antiguos compañeros y nuevos alumnos. Y también allí, cada miércoles, toma un par de cervezas con Paula Mederos, una de sus alumnas más brillantes y buena amiga desde la época en que él la inquietaba políticamente dentro y fuera del aula. Los años y la confianza los han convertido en inseparables, con una relación que entremezcla lo paternofilial con lo guerrillero, salpicada de bromas obscenas e insultos fingidos, que les sirven a ambos de vía de escape para la preocupación diaria. Y la noche del miércoles en que le proponen presidir

una plancha electoral en un proceso de primarias no es una excepción. En el mismo rincón de la barra que siempre ocuparon y siempre ocuparán, Paula le da la noticia y Boro la recibe con un escepticismo al que ella opone una cita:

—¿No te acuerdas? «La **acción colectiva** no puede situarse al margen de la Historia y la política». Lo decía Sidney Tarrow en *El poder en movimiento*.

—Y ochocientos treinta más en otros tantos libros. No me jodas, Paulita. Fui yo quien te hizo leer a Sidney Tarrow. No me vengas a contar lo que yo ya sé que sabes.

—¿Y entonces, qué es? ¿Que ya no estás de acuerdo?

—No, qué coño: de acuerdo puedo estar. Pero a lo mejor no es esta la forma en la que toca ahora mismo.

—¿Y cuál toca?

—¿Sinceramente? No lo sé.

—No es tiempo de **motines**, ni tiempo de pedir pan, de reivindicar la tierra o de aprovechar un funeral para liarla parda. Tampoco me veo yo en las **barricadas**.

—¿Y por qué no? A lo mejor es cuestión de eso...

—Ya hicimos las barricadas, a nuestra manera. **Acampamos en las plazas**. No hace ni cinco años. ¿Te acuerdas? Tú también te acercaste por alguna de las **asambleas**.

—Sí. Por tres, exactamente. Y en las tres vi lo mismo: gente que no había estado en una asamblea en su vida y que, de repente, querían estar allí, haciendo el comunista, pero sin tener ni puta idea de lo que es eso.

—No teníamos recursos: ni dinero, ni organización, ni acceso al Estado. Por eso había follones, a veces. Siempre había alguno que se salía de madre y le daba una excusa a los de la UIP. Y tú sabes que estos necesitan pocas excusas...

—Desde mi punto de vista, la mayoría de esas asambleas las reventaban los mismos asamblearios, Paula. Ellos solitos. No hacía falta que viniera la policía a disolverlas. Poca madurez asamblearia. Es lo que hay.

—Carajo, Boro, tú mismo lo dijiste siempre: la masa no es el pueblo; la masa es la materia informe que hay que convertir en pueblo.

—No lo dije yo, salvaje: lo dijo Ibsen en *Un enemigo del pueblo*. En cualquier caso, ni con mil cursos acelerados ibas a conseguir que esas asambleas funcionaran. ¿Y sabes por qué? Porque no había proyecto. Era un tótum revolútum en el que se mezclaban militantes de toda la vida con pibes que se querían saltar las clases, jubilados aburridos y pacientes externos del servicio de salud mental.

—Había un objetivo común. Por eso fue por lo que se unió la gente: había exigencias que hacer a los poderosos. Pero tú sabes que en torno a las exigencias comunes siempre hay intereses, necesidades y valores mezclados.

—Demasiado mezclados, en este caso.

—Siempre vale la pena unirse con quien piensa diferente a ti si es por alcanzar objetivos comunes. Por poco que puedas cambiar, por pocos de esos objetivos que alcances, siempre se mejoran las condiciones de vida y el funcionamiento de la sociedad. La sociedad siempre va por delante de las leyes. ¿Te acuerdas de quién es esa frase?

—Refréscame la memoria.

—Tuya. La utilizaste una vez, cuando explicaste en clase las revoluciones nacionalistas del siglo XIX.

—Los del **15M** no eran revolucionarios: faltaba el hambre, faltaba la violencia, faltaba un programa, faltaban tantas cosas que hacen falta para que ocurra una **revolución**...

—Vale, lo que tú quieras: no eran revolucionarios, estaban desorganizados, faltaban muchas cosas, pero aguantaron en las plazas. Semanas y semanas.

—Y a lo mejor ese fue el error más grande. Tenía que haber sido un motín de los de verdad: con barricadas. Un asalto al poder. Aquí no pasaron de estar días y días en San Telmo. Que parecía que estaban esperando la guagua, coño.

—Pero no fue solo aquí en San Telmo.

—¿Me vas a hablar de Sol?

—Sí. Y de Rodea el Congreso.

—Con guillotinas tenían que haberlo rodeado. Si no, ¿qué sentido tenía toda esa mierda? Era una guerra de desgaste. Y la ganaron ellos, los de siempre. Ustedes no supieron aprovechar la oportunidad.

—La gente despertó, Boro. Y si no, mira las **redes sociales**.

—Ya las miro. ¿Te crees que no las miro? Y eso estaría muy bien si uno viviera ahí, en el mundo virtual. Pero esto no es *Matrix*, carajo. Esto es el país de siempre, gobernado por los de siempre. Y si uno lo quiere cambiar, no lo va a poder hacer a golpe de tuit.

—Por eso, precisamente, es por lo que lo hago.

—Y por eso, precisamente, es por lo que te repito que es un error. Será lo de siempre.

—Esto va a ser distinto, Boro.

—Ya te digo yo cómo va a ser: vas, te metes en la lista de Las Palmas Avanza. Con ese niño, Aday Vieitez, y todos los demás. Haces una campaña. Eres candidata. Con un poco de suerte (o con mucha) consigues un buen resultado en las elecciones. Y luego ya eres concejal.

—Concejala.

—Vale, concejala. ¿Y después qué? ¿Tú te crees que vas a tardar mucho en convertirte en uno de ellos?

—Parece que no me conozcas.

—Te conozco bien. Y te quiero como a una hija. Y sé que eres una tía entera, de una pieza. Pero ni el más pintado es capaz de mantenerse firme. En media hora vas a estar perfectamente integrada en **el sistema**. Otra pieza nueva. Un engranaje más. Una ruedecita de fabricación reciente para que el sistema continúe adelante. Porque el sistema, como todas las máquinas, necesita mantenimiento y piezas nuevas de vez en cuando. Pero el aparato sigue siendo el mismo.

—Yo ya intenté cambiar el sistema desde fuera. Y creo que ahora es el momento de cambiar el sistema desde dentro.

—No me toques los cataplines, Paula. Yo ya militaba cuando tu padre aún te llevaba en el huevo izquierdo. ¿Tú sabes cuántas veces he escuchado yo decir eso? ¿Tú sabes la de compañeros que me dijeron eso mismo y no tardaron ni seis meses en ir por ahí con traje,

corbata, coche oficial y querida? Más de uno acabó de consejero o de ministro. Y hasta alguno ha saltado en casos de corrupción en los últimos tiempos. Así que no me toques las bolas.

—Pero yo soy una tía honesta, Boro.

—¿Y tú te crees que ellos no lo eran? El sistema es así: fagocita todo lo que toca. La única manera de conseguir que haya una **sociedad justa** es cambiándola. Y a la sociedad no se la cambia tragando, sino negándose a tragar. No puedes cambiar el sistema desde el sistema: tienes que estar fuera: primero, en la sociedad civil; luego, en la contestación, forzando la máquina, presionando para que desvele sus contradicciones.

—Yo sé que tú tienes tus razones, pero esta vez no estoy de acuerdo.

—Ni falta que hace. Soy tu amigo, no tu suegro. No tienes por qué darme la razón en todo. Pero, Paula, yo el consejo que te doy es este: no te metas en eso, no dejes que te nombren candidata. La política de verdad no está ahí, sino en la calle. Tú misma lo dijiste cuando el 15M: es el momento de la ciudadanía. Al sistema hay que hacerlo saltar, no seguir alimentándolo, coño. Y mucho menos con gente buena como tú.

—Te entiendo. Pero te olvidas de una cosa: yo sigo teniendo fe.

—Y un hombre con fe es más peligroso que una bestia con hambre.

—Yo no soy un hombre.

—Ya, pero la cita no estaba disponible para mujeres: es de Onetti.

—Machista.

—Pringada. Oye, si vas a ser candidata, podrías empezar a hacer campaña. ¿Me invitas a otro botellín?

—Joder, qué barato te vendes.

—Es que me convenciste: voy a intentar cambiar el sistema desde dentro. De mis riñones.

—Está bien. Vamos a pedir la penúltima. ¡Lolo! Cuando puedas: dos botellines. Y una de chochos. Gracias.

—Oye, y a todo esto, ¿Ricardo qué opina?

—¿Ahora necesito permiso de mi marido?

—No te me pongas feminista, carajo. Lo digo porque vive contigo: algo opinará, ¿no?

—Era coña, por joderte un poco. Ricardo está de acuerdo. Él también estaba en la reunión.

—¿Y por qué no se presenta él?

—Supongo que porque no le sale de los huevos. Pero la excusa oficial es que yo tengo mejor perfil.

—Eso es verdad: yo no te la saco a ti para metérsela a él.

—Guarro.

—Las cosas como son...

—Para que se diera el caso de que tuvieras que pensar en sacarla, tendrías que haberla metido primero. Y eso no lo vas a hacer en la vida.

—Más quisieras tú.

—Sí, seguro... Después de quince años aguantándote, no te voy a dar un chance, bonito. Que estás más arrugado que el cuello de la Piquer.

—Bueno, no del todo: aún hay partes que se me estiran.

—Jediondo.

—Frígida. Un brindis por la candidata.

Los jueves hay que trabajar. Por eso las noches del miércoles se acaban pronto. Este botellín que les sirven a las diez y media es la arrancadilla. Lo consumen a más velocidad que los dos primeros. Luego, también como siempre, saldrán juntos y caminarán por Murga hasta la calle Canalejas. Allí se despedirán con un beso en la mejilla y caminarán por Canalejas en sentidos contrarios, cada uno a su casa y Dios a la de ninguno: en la de Paula, Ricardo, leyendo o viendo la tele; en la de Boro, el ordenador, la biblioteca, el piso lleno de recuerdos de las tres exmujeres y de alguna de las muchachas con quienes, de vez en cuando, despliega una pasión impropia de su edad. Siempre se dejan un coletero, un libro, un bolígrafo, cualquier otra excusa para volver.

La ley y la justicia

No es menester ser un «héroe» (...), un reformador moral que rompe con los usos recibidos o inventa una nueva emoción, para levantarse a una alta vida moral. Existen, en efecto, gentes sencillas que no se plantean problemas éticos y son profundamente morales.

José Luis López Aranguren: *Ética*

—**Y**o te prometí que serías la primera persona con la que me reuniera. Y aquí estamos —dijo Paula Mederos—. Me gustaría que me pusieras al día de cómo está el tema de ustedes y que me dijeras qué podemos hacer desde aquí para ayudarlos.

Carmen Nieves Álvarez frunció los labios en una mueca que pretendía ser amable y respondió:

—Pues, de entrada, te agradezco mucho la buena disposición. Pero la cosa pinta muy mal. Los abogados de ustedes han echado abajo todos los recursos que hemos presentado y la orden de desahucio puede llegar de un momento a otro. Y «de un momento a otro» quiere decir dentro de una semana, de dos, o mañana por la mañana.

Al tiempo que decía esto había sacado de su bolso una subcarpeta y la había puesto ante Paula, que la abrió y echó un vistazo descuidado a los papeles. Luego se quedó mirando a la mujer que se los había dado.

Carmen Nieves había sido bonita en otro tiempo, pero la vida y los trabajos la habían avejentado prematuramente. Había criado ella sola a tres hijos cuyo padre les fue arrebatado por el alcohol y el desorden. Y eso no le había salido mal del todo: la mayor ya le había dado nietos; el menor cursaba bachillerato; el mediano hacía horas en un taller mecánico. Pero para conseguir sacarlos adelante, Carmen Nieves había limpiado tantas casas ajenas, atendido tantas cajas de supermercados, servido tantas comidas y cenas en restaurantes de a ocho euros el menú, que ya casi ni podía recordar el tiempo en que había sido aquella joven linda e ilusionada por la vida. Le quedaba de aquel entonces la vivacidad en los ojos castaños y cierta elasticidad en los movimientos de su cuerpo breve. Pero los años y las experiencias que se habían llevado su belleza le habían regalado, a cambio, el tesón y el fuerte carácter que la puso casi de inmediato al frente de las reivindicaciones de sus vecinos. Y también eran los años y las experiencias los que habían añadido a su temperamento suspicacia a prueba de embaucadores y encantadores de serpientes.

Esa mañana, momentos antes, se había dejado recibir en la puerta del despacho y ocupó el asiento que Paula le había ofrecido. Había esperado aquella reunión desde la noche de las elecciones, cuando la propia Paula la telefoneó para decirle que, si finalmente entraba a formar parte del ayuntamiento, sería la primera persona con la que se reuniese. A esa llamada la habían seguido dos semanas de negociaciones entre los partidos ganadores para llegar a un

acuerdo, y las únicas noticias que Carmen Nieves había tenido de Paula Mederos le habían llegado mediante la prensa local. Así que, acostumbrada a esos gestos difusos que siempre tienen los políticos antes de asegurar sus puestos, no dio importancia a la llamada. Hasta que, hacía tres días, Mederos la había vuelto a telefonar para convocar esa reunión. Ahora se sentía expectante, algo sorprendida y esperanzada, aunque su desconfianza habitual no le permitía esbozar mucho más que una sonrisa.

—¿Podría quedarme con esto? —preguntó Paula.

—Sí. Son copias de la documentación. Me lo preparó todo la abogada para que tú pudieras dársela a los abogados del ayuntamiento. Aunque ellos tienen que tener todos esos papeles y más.

—Voy a pedir un informe. Espero que no tarde mucho. Si te soy sincera, todavía no sé cómo funcionan las cosas por aquí, pero estoy intentando ponerme al día. De todos modos, lo primero que quiero hacer es ponerme las pilas con el problema que tienen en tu barrio.

En realidad, El Reguerillo casi no llegaba ni a barrio. Era más bien un grupo de cuatro bloques de viviendas sociales, con un mísero parque en el centro, que cuando fueron edificadas en los años cincuenta estaban en medio de la nada más absoluta si se exceptúa el paisaje casi desértico, los cardonales, las piteras y el cauce de un mísero riachuelo que bajaba en invierno hacia la ciudad, no se sabía adónde ni se sabía para qué, y al cual debía su nombre la zona en la que fueron alojadas dieciséis familias de origen rural.

Lo que ocurría es que los años y el desarrollo urbano habían dejado a El Reguerillo rodeado de varias urbanizaciones de clase media y un parque que albergaba un complejo deportivo y, para más inri, en el camino a un hospital, el nuevo estadio y un área comercial de moda.

Era solo cuestión de tiempo que a alguien se le ocurriese derribar aquellas feas construcciones del Patronato Francisco Franco para construir en su lugar algo más rentable. Ese algo era un centro comercial. Y ese alguien, Simón Calero, administrador único del Grupo Cosmos, que estaba en el origen o metía cuchara en todo negocio que pudiera salir rentable en la isla.

La anterior corporación municipal (los conservadores habían gobernado la ciudad durante dos legislaturas) ni siquiera se había molestado en disimular que le hacía trabajo sucio a Calero. Primero lo intentaron por las buenas, ofreciendo a los vecinos unas viviendas en los suburbios. Después, cuando la mayoría de las familias se negó a abandonar aquellos hogares humildes, pero habitados por los suyos durante varias generaciones, comenzó la presión, el ir y venir de técnicos y abogados, los informes y los trajines con cédulas de habitabilidad y actualizaciones de tarifas. Y un buen día (de esto hacía casi dos años), se despertaron con una orden de expropiación y desahucio, conseguida gracias a un resquicio legal, que fue bien aprovechado por los abogados municipales a las órdenes de los conservadores.

Ahora, en aquel lunes en que comenzaba la primavera, en que comenzaba la legislatura, en que parecía volver a comenzar todo, Carmen Nieves Álvarez estaba ahí, en la oficina de Paula Mederos. Y la concejala primeriza sabía que la mujer había llegado hasta ese lugar frente a su escritorio recorriendo un camino largo y tortuoso, empedrado con recursos, apelaciones y actos de conciliación tan preceptivos como inútiles. Paula sabía, como sabían todos en la

ciudad, que lo que se hacía con aquella gente era una injusticia, que una vez más se intentaba enajenar lo público para ponerlo en manos del interés privado, pero también que la ley no siempre está del lado de la justicia y que la primera dictaba precisamente lo contrario que la segunda. Así las cosas, solo un desistimiento por parte de la corporación municipal podría salvar a las familias de El Reguerillo del desahucio y a sus casas del derribo. Ese desistimiento era lo que ella debía conseguir y, dada la nueva situación en el ayuntamiento, el tripartito que su acta hacía posible quizá pudiera hacer algo.

Más o menos así se lo comunicó a Carmen Nieves. Exactamente, le dijo:

—Voy a reunirme con Urbanismo y con el gabinete legal, a ver si puedo avanzar algo. No sé si tengo muchas armas para atacar, pero siempre puedo hacer algo de presión. Y, te lo digo ya, por si tienes dudas: si es por mí, ustedes se quedan donde están.

—Tú no sabes cómo te lo agradezco, mi niña —dijo Carmen Nieves, convirtiéndose por un instante de activista social forzada por las circunstancias en el ama de casa canaria que en realidad era—. Perdona si vine un poco de uñas, pero tú no sabes con la de políticos que me he reunido. Todos igual: me reciben, se hacen una foto conmigo y después, cuando pasan las elecciones, se olvidan de una.

—Pues yo me he reunido contigo después de las elecciones. Y, en cuanto a las fotos, como no quieras que nos saquemos un *selfie* con el móvil...

Compartieron una sonrisa. Y luego, en el silencio subsiguiente, Paula se permitió darle a Carmen Nieves unas palmaditas en el dorso de la mano que mantenía sobre la mesa.

—Ya vas a ver tú como todo se arregla. Todavía no sé cómo, pero se arreglará. —Retiró la mano, volvió a adoptar un tono formal y abrió su agenda—. ¿Te parece bien que nos veamos otra vez el lunes que viene, a la misma hora? —Carmen Nieves asintió—. Pues bien: el próximo lunes a las nueve —anotó—. De todos modos, si hago algún progreso durante la semana, te doy un telefonazo.

Cuando Carmen Nieves salió del despacho, llevaba una sonrisa en la mirada y dos besos en la mejilla como despedida de la primera política a quien ella había sentido cercana en muchos años.

Arte de lo posible

¿Qué es un hombre rebelde? Un hombre que dice no. Pero si niega, no renuncia: es también un hombre que dice sí, desde su primer movimiento.

Albert Camus: *El hombre rebelde*

Un día, ya muy lejano, Paula Mederos dijo que no. Lo dijo antes que otros, cuando aún iba a la facultad y en sus cabellos no había sospecha del mechón blanco que la treintena le había obsequiado. Dijo que no a seguir tragando, a transigir con el *statu quo*, a preferir la injusticia al desorden, a fingir que la desigualdad nada tenía que ver con la opresión. Y al decir no, dijo, al mismo tiempo, sí. Pero ¿cómo se pasa de formar parte de la protesta ciudadana, de ser una de esas rebeldes que protagonizan caceroladas, abucheos y sentadas, a asumir un acta de concejala, como había hecho hacía dos días?

Ese lunes, mientras pedaleaba hacia su primera mañana de trabajo en la concejalía, Paula había tenido tiempo de pensarlo. Quizá aquello estaba escrito desde sus tiempos de estudiante, cuando Boro la hacía cuestionarse, hacerse preguntas más allá de los márgenes del relato oficial de la historia reciente. O luego, en las largas, eternas discusiones políticas en el Secundino, que no solo le trajeron el reconocimiento de muchos compañeros de militancia sino también a Ricardo, quien era hoy su compañero, así, sin adjetivos ni demás modificadores. O acaso fue en cualquiera de las muchas causas que abrazó y que en ocasiones dieron sus frutos, pero en general la dejaban con ese sabor de boca que nos queda cuando el resuello nos impide ir más allá de la mitad del camino.

Paula Mederos. Historiadora. Joven. De origen popular. Sobradamente preparada. Curtida ya en mil batallas cuando llegó el **15M**, el momento en que la **indignación** tomó los **espacios públicos**: primero las redes, luego las calles, por último, la mentalidad de la ciudadanía. En aquellos tiempos, como todo aquel que tenía una conexión a **internet** y los ojos abiertos, Paula seguía los sucesos que habían nimbado de esperanza las **plazas de los países árabes** tras el suicidio de **Mohamed Bouazizi** (ahora casi nadie recordaba su nombre, pero aquel vendedor ambulante que se quemó a lo bonzo había conmovido al mundo). Y vio con alegría cómo la gente de su país descubría de pronto a **Stéphane Hessel** y salía a la calle para indignarse. Muy pocos le habían leído, como muy pocos habían leído a **José Luis Sampedro**, que hizo las veces de Hessel patrio, el veterano profesor de economía y escritor de hermosas novelas que vino a llenar de bonhomía y experiencia la tópica del movimiento neonato. Daba igual que no les hubieran leído, porque aunque no supieran lo que eran la plusvalía, la dialéctica o la ideología, todos sabían lo que era la indignación y, en consecuencia, llegaron a las plazas para quedarse. Y de paso (porque no basta protestar, porque al enemigo hay que conocerlo), se hicieron rápidamente con la terminología necesaria para hablar de economía, de derecho, de politología. Después de toda una vida gobernada por el viejo adagio de que no hay que

meterse en **política** porque la política es indeseable, de que hay que dejarla en manos de profesionales, descubrieron, o más bien reinventaron los viejos ritos de la **solidaridad colectiva**: las **sentadas**, las **cajas de resistencia**, la animadversión ruidosa, el aplauso mudo, la tolerancia hacia quienes, como ellos, estaban excluidos del discurso oficial por motivos tan diversos como injustos. Redescubrieron que uno no debe únicamente protestar por lo que afecta a su gremio o su vecindario; que la **protesta** solo tiene sentido real si se protesta por los intereses de los demás, por los intereses de todos. Redescubrieron la **desobediencia pacífica** activa, la ciudadanía crítica, la reivindicación constante e infinita de aquellos derechos esenciales que quienes gobernaban consideraban un privilegio. Descubrieron, en fin, la asamblea, el ágora, el **empoderamiento**.

Sus actuaciones y, sobre todo, las torpes reacciones de los poderosos y sus voceros a sueldo (estos intentaron resistirse reprimiendo, difamando, criminalizando, ridiculizando, lanzando estúpidos discursos que mezclaban los *argumenta ad hominem* y *ad verecundiam* pero sin hacer concesión alguna que permitiera evacuar la presión de aquella olla exprés que pitaba cada vez más) pusieron en evidencia las falacias del relato de la historia reciente, rompieron mediáticos pactos de silencio, hicieron que, por una vez, de la crítica no se salvara ni Dios y, por tanto, mucho menos quienes estaban por debajo de Él, incluidos reyes y padres de la Constitución.

Hicieron hincapié en que aquello no era una **crisis**, sino una **estafa**, y señalaron, con nombres y apellidos, a los **culpables** del marasmo en el que se había sumido la sociedad, que veía recortados sus derechos y, encima, era quien debía pagar la cuenta de los disparates del neoconservadurismo. Los estafados por las preferentes; los parados de larga duración que habían tenido que volverse a casa de la abuela, de cuya menguada pensión sobrevivían todos; los que habían sido arrojados a la calle después de pagar durante años hipotecas abusivas que no les hacían propietarios ni de un solo ladrillo de sus viviendas; los funcionarios públicos que habían visto cómo paulatinamente se enajenaba lo público para ponerlo en manos privadas incapaces de hacerlo funcionar, todos aquellos a quienes se acusaba de haber vivido por encima de sus posibilidades (cuando eran los otros, los acusadores, los que vivían a cuerpo de rey), se plantaron y dijeron: «Basta».

Y descubrieron que, en principio, era fácil organizar redes, cajas de resistencia, asesorías legales. Descubrieron que podían hacer funcionar el **movimiento** con estructuras flexibles que se movieran rápidamente a golpe de mail, de **tuit**, de mensaje en Whatsapp. Que si los grandes medios de comunicación no querían contar lo que realmente ocurría, un par de chicas y chicos con **móviles** y una conexión a internet podían contarlos en *streaming* mucho mejor que ninguna televisión. Que al viejo pragmatismo de la representatividad podían contraponer la **votación masiva en plataformas de la web**. No eran necesarios representantes, cúspides, planas mayores: la **horizontalidad** (una horizontalidad inclusiva, que no se dejara atrás a aquellos que siempre eran excluidos del discurso, una horizontalidad que garantizara la necesaria diversidad) era uno de los principios básicos de aquel nuevo modo de ganar la calle.

Ya nadie pudo impedir que llegara a los **medios de comunicación** oficiales el desencanto que se había respirado en la calle durante las últimas décadas.

Ninguno de los poderosos fue finalmente ajeno a la protesta, que había comenzado por defender el **estado del bienestar** y había acabado acariciando la **utopía** de poder cambiar realmente el estado del Estado.

Y aquí era donde había una bifurcación en el camino. Para Boro, el siguiente paso deseable hubiese sido la insurrección. Él siempre defendió rodear Las Cortes, pero con guillotinas. No habían faltado, según él, oportunidades para ello, pero todas se habían perdido y la rabia de determinados gestos había ido yéndose por el sumidero de la nube telemática donde habían surgido.

Hubo otros, en cambio, que entendieron que la nueva tarea era llegar a las instituciones, comenzar a batallar desde dentro mismo del sistema. No les resultaban suficientes las fórmulas asociativas que permitía el régimen democrático. Estas les habían permitido dejar de ser súbditos para convertirse en ciudadanos. Pero necesitaban, o creían necesitar, más. Y fundaron partidos y agrupaciones de electores que acudieron a las siguientes convocatorias electorales en solitario o combinadas con algunos de los pocos partidos cuya vocación social aún no era sospechosa.

Paula fue de estos. Aceptó formar parte de una agrupación electoral y, dentro de ella, creó una plancha de representantes que ganó unas primarias abiertas. Luego la agrupación llegó a un acuerdo de convergencia con una federación de izquierdas, un partido ecologista y lo que quedaba del partido comunista en su ciudad. La plataforma resultante se constituyó dos meses antes de las elecciones con el nombre de Las Palmas Avanza. Cuando comenzó la campaña, nadie conocía sus siglas y sus propios integrantes no estaban seguros de cuál sería su programa. Pero aun así, abrieron brecha en los hábitos de los votantes, de tal forma que, pese a que socialdemócratas, nacionalistas de izquierda y conservadores obtuvieron las mayorías, ninguna de estas fue suficiente para gobernar, y finalmente hubieron de contar con Las Palmas Avanza para cerrar un gobierno municipal tripartito. Ahora había un alcalde socialdemócrata, Ernesto Villegas; un nacionalista de izquierdas, Ramón Pérez, era primer teniente de alcalde y concejal de Obras Públicas y Urbanismo; y las matemáticas electorales la habían convertido a ella, a Paula Mederos, en segunda teniente de alcalde y concejala de Vivienda y Asuntos Sociales, algo que toda la progresía consideraba un triunfo. Además, otros dos miembros de Las Palmas Avanza (Aday Vieitiz y María Teresa Ramos) habían asumido concejalías de distrito. Para ser una agrupación recién creada, Las Palmas Avanza no podía pedir más.

La toma de posesión había tenido lugar el sábado. Durante el fin de semana, los periódicos se habían llenado de opiniones de analistas locales. Algunas interesadas, cuestionando la capacidad de aquella ensalada de partidos que hacía compañeros de viaje a nacionalistas y constitucionalistas, a ecologistas e igualitarios que remaban en el mismo bote que sectores moderados de la izquierda, jóvenes políticos no profesionales y viejos caimanes de la cosa pública insular. Otros medios, por el contrario, daban un voto de confianza al nuevo gobierno municipal y se felicitaban por el hecho de que casi todo el espectro progresista se hubiese puesto de acuerdo para arrebatar el poder a los partidos conservadores, en un fiel reflejo de lo que había ocurrido en las principales capitales del país.

Paula tenía sus dudas. Alimentadas, como siempre, por Boro, que le había recomendado

desde el principio que no formara parte de aquello. Pero también experimentaba confianza, nutrida esta por Ricardo, quien no había dejado de mostrarle su apoyo ni un instante desde el comienzo de la campaña.

Pero Ricardo estaba en ese momento trabajando, visitando a los usuarios a los que asistía. Y Boro andaría a esas horas dando la primera clase de la semana a un grupo de estudiantes tan soñolientos y resacados como él. Así que ni Ricardo ni Boro estaban allí con ella en aquel lunes soleado de mayo, después de llegar a las oficinas municipales y poner el candado a la bici. Ninguno de los dos la había acompañado al interior del edificio ni la había visto sacar su carné para identificarse en el registro de la entrada. Ninguno subió junto a ella en el ascensor ni fue testigo de las presentaciones con Clara, la administrativa que le había sido asignada como ayudante. Ninguno de los dos presenció la presentación diplomática, el apretón de manos algo frío, la sorpresa de la funcionaria al saber que ya había una cita fijada con Carmen Nieves.

Ahora, tras la partida de la representante de los vecinos de El Reguerillo, Paula llamó a Clara a su despacho.

Por la mañana casi no había tenido tiempo de fijarse en la mujer. Ahora le echó un buen vistazo a su humanidad enteca que se acercaba a los cuarenta, a sus ojos verdes y fríos en un rostro alargado que procuraba ser inexpresivo pero no conseguía disimular un rictus de disgusto en la boca ínfima. Pensó que aquella mujer habría trabajado mano a mano con los dos anteriores concejales (ambos conservadores) y que quizá se encontrase a disgusto trabajando con ella. De buena mañana, ya habían tenido un primer desencuentro cuando Clara intentó abrirle la puerta del despacho y Paula dijo que lo haría ella misma. El segundo había venido cuando la informó de que de un momento a otro vendría Carmen Nieves. Y el tercero, unos segundos antes de aparecer esta, cuando Clara le explicó que la caja con manzana en el logo que había sobre su mesa era un teléfono móvil y Paula le pidió que, por el momento, se lo llevara de allí, que ya hablarían de eso.

Ahora, sentadas a la mesa circular de reuniones (la había preferido porque quería un acercamiento a Clara y las mesas redondas, que nadie preside, son más propicias para algo así), dejó transcurrir unos segundos, en los que la funcionaria evitó mirarla, fingiendo estar ocupada acomodándose sus cabellos teñidos de rubio. Luego dijo:

—Tengo que pedirle disculpas por lo de esta mañana. Me da la impresión de que hice mal arreglando yo misma esa cita.

Clara se encogió de hombros e intentó disimular su disgusto respondiendo que no pasaba nada.

—Supongo que lo apropiado es que cuadre todas las citas con usted, ¿verdad?

—Eso evitaría citas dobles y malentendidos.

—Comprendo. Le prometo que a partir de ahora la avisaré de todo lo que vaya a hacer.

Clara asintió y sus labios se fruncieron en una especie de mueca aprobatoria.

—Me gustaría que me pusiera al tanto de cómo suelen trabajar aquí.

—No es complicado —dijo poniéndole delante una tarjeta—. Estos son mis teléfonos y mi correo. Usted me va avisando de las cosas que quiere y yo se las organizo. Y yo, al mismo

tiempo, la voy poniendo al tanto de lo que llega por correo. Y de la agenda oficial. Todo esto es importante, porque así podemos coordinarnos con el chófer, también.

—¿El chófer?

—Lo tiene a su disposición cuando haga falta.

—Pero yo ya tengo coche. Es un Seat Ibiza de segunda mano, pero todavía me lleva y me trae. Además, últimamente soy más de bici, para ver si bajo esto —añadió dándose unas palmaditas en la cadera.

—Lo use o no, lo tiene asignado igualmente.

—¿Y si lo rechazo?

—Se asignará a otra concejalía.

Paula lo meditó unos instantes.

—Una pregunta, Clara: ¿y si lo ponemos a disposición de los técnicos de la concejalía?

—Lo cierto es que no salen mucho de las oficinas.

Las cejas de Paula formaron un arco.

—¿Los técnicos de la concejalía de Vivienda y Asuntos Sociales no salen mucho?

—Que yo sepa, hacen más bien trabajo de oficina.

—No se preocupe, que a partir de ahora saldrán. O, por lo menos, yo tengo pensados un par de proyectos que van a hacer necesario que salgan.

Clara volvió a asentir. Paula, por su parte, se levantó, fue al escritorio y volvió con un folio donde había anotado unos nombres y números de teléfono.

—Me gustaría cuadrar citas con estas personas. Entre hoy y mañana, a ser posible. Si no, al menos durante la semana. Iba a llamarlas ahora, pero...

—Eso es trabajo mío, doña Paula. Déjeme la lista.

Paula se sentó de nuevo.

—Le iba a pedir otra cosa, Clara.

—Usted dirá.

—Vamos a trabajar juntas cuatro años, por lo menos. ¿Le importaría que nos tratáramos de tú?

Ahora los ojos verdes de Clara se clavaron en los de Paula.

—¿Cuatro años?

—Claro. Cuatro años. No tenía intención de dimitir a mitad de legislatura.

—No es eso. Es que pensé que querría... que querrías elegir tu propio equipo.

Paula entendió la seriedad, los gestos nerviosos, el aparente desapego que la ayudante había mostrado. Comprendió que Clara debía de haber pensado que, nada más llegar, ella la trasladaría.

—¿Y por qué? Tú te conocerás esto al dedillo. Y a primera vista pareces una persona muy competente. Más que yo, por lo menos.

—Pero el grupo municipal puede asignar a su propio personal y...

—Ya. Pero yo te prefiero a ti. Si no estás comprometida, claro...

Soltó una risita que Clara estuvo a punto de compartir.

—Clara, yo tengo un plan. Quiero cambiar cosas aquí. Hacer cosas nuevas. Para eso

necesito a gente como tú, que conozca los entresijos y me ayude con el trabajo.

Clara guardó silencio. La concejala sospechó que estaba pensando en algo y le pidió que lo dijera abiertamente. Tuvo que repetírselo varias veces, prometiéndole que no se enojaría, fuera lo que fuese. Finalmente, la ayudante dijo:

—Yo sé que tú vienes con mucha ilusión. Y con buenas intenciones. Lo que pasa es que yo ya he estado con dos concejales distintos, y ellos siempre dijeron algo similar: que querían cambiar las cosas, hacer cosas nuevas. Pero luego la realidad se impone. Y al final nada cambia.

Paula asintió, sonriente. Parecía estar escuchando hablar al mismísimo Boro detrás de su eterno botellín de cerveza.

—Entiendo, Clara. Yo sé que las cosas suelen ser así. No te vayas a pensar que me caí de un guindo. Pero te propongo una cosa: que me des una oportunidad.

—¿Yo? Yo no soy quién...

—Pues claro que sí. Vives aquí. Eres una votante, ¿no?

—¿Y si no te voté a ti?

—Mejor me lo pones. Mira, este va a ser mi primer proyecto personal: ganarte como votante para las próximas elecciones.

Volvió a reírse y esta vez la risa sí se le contagió a Clara. Y Paula comprobó que cuando se reía el rostro se le iluminaba y sus ojos dejaban de ser fríos.

—Te advierto que no soy de fácil convencer —se atrevió a decir la ayudante.

—Ya veremos... —dijo Paula con socarronería, antes de levantarse. Clara también se puso en pie—. Oye, por lo pronto, querría reunirme con los técnicos. ¿Podrías organizar una reunión para hoy?

—Pendientes están. ¿Te parece bien dentro de una hora?

—Perfecto.

—Y durante la semana, me gustaría ir visitando todos los centros municipales de zona. Servicios Sociales tiene un centro en cada concejalía de distrito, ¿verdad?

—Sí.

—¿Pues podrías cuadrarme reuniones con ellos, a una o dos por cada mañana?

—Muy bien. Los voy llamando para organizarlo.

Clara se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, se volvió.

—Ah, en un ratito vendrá un informático para configurarte el correo corporativo y ponerte al día con el programa.

—Bien.

—¿Y qué hacemos con el móvil?

—Ya tengo móvil.

—Sí, pero este es corporativo. La tarifa ya está pagada. Es un convenio con la compañía. Lo van a cobrar sí o sí.

—Está bien. Pillo el móvil. Pero no necesito uno de alta gama. Me gustaría algo más económico, ¿podrías enterarte de si puede ser?

—Luego bajo a preguntar.

El hambre y la fe

Si habuero omnem fidem ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum.

Epístola de San Pablo a los Corintios

Si tuviere tanta fe que trasladara los montes, pero me faltare caridad, nada soy. Algo así es lo que recordaba Miriam Delgado de sus tiempos de católica (que cesaron, más o menos, en su tercera o cuarta comunión). Ahora, al parecer, en la liturgia sustituían «caridad» por «amor». No sabía si esa traducción de «charitas, charitatis» por «amor» era exacta o no (su latín de bachillerato no daba para mucho más), pero no le parecía incorrecta: en su mente la caridad y el amor eran la misma cosa. Pero, por otro lado, la niña católica que aún vivía en su interior tenía serias disputas con la mujer progresista que también era, y esta última le decía que había que sustituir la *caridad* por *solidaridad*, que ambas palabras se resistían a la sinonimia: que la primera estaba cargada de conservadurismo, y la segunda rompía barreras entre clases.

Y todo esto lo pensaba ahora mientras conducía y escuchaba en la radio la tertulia. Lejos, en un estudio de radio de Madrid, el moderador preguntó si era posible que el país soportara el peso de un veintidós por ciento de la población bajo el umbral de la pobreza. El exministro respondió: «¿Un veintidós por ciento? No. Perdona, pero no: me vas permitir que te niegue la mayor. Yo dudo mucho que esos datos sean correctos: no creo que en este país haya trece millones de personas bajo el umbral de la pobreza. Yo, sinceramente, sospecho que las ONG juegan con las cifras, las exageran». Otro de los tertulianos (Miriam no supo o no quiso identificar cuál de ellos) preguntó si estaba seguro y el exministro, vistiéndose de inocencia con una pausa en la que fingió recapacitar, dijo al fin: «Pues yo diría que sí, que estoy casi seguro. Y, si lo pensamos bien, tiene su lógica: si yo me dedico, y me dedico por, digamos, humanidad, o sencillamente porque tengo esa vocación, a cuidar pobres, me interesa que haya muchos pobres. Porque si no hubiera pobres, ¿a qué me dedicaba?». Esta declaración despertó el asombro de otra tertuliana (una periodista que Miriam ya conocía de ese mismo espacio, y se llamaba Pilar, pero cuyo apellido era incapaz de recordar), que preguntó al exministro si tenía pruebas de eso. A lo cual él respondió que ni las tenía ni las necesitaba, que para eso le bastaban sus ojos, su experiencia y su sentido común. Miriam pensó en los ojos saltones y agotados del exministro, que se había cansado de ver en medios escritos y tertulias televisivas. Pensó en su papada, en su pelo plateado y sus trajes de sport. Pensó en las experiencias del exministro, que además había sido presidente de una comunidad autónoma y se había retirado de la política activa. Pensó en los consejos de administración de empresas multinacionales y en el consejo consultivo autonómico de los cuales formaba parte y se preguntó si sería muy común entre los suyos que las cifras se inflaran y se maquillaran. Casi cuando ya había llegado, entendió que eso debía de ser: que el exministro estaría tan

acostumbrado a mentir sobre la realidad y a convivir con quienes lo hacían que creería que todo el mundo hacía lo mismo. A él la disquisición entre caridad y solidaridad se la debía de traer floja, porque no le importaba carecer tanto de la una como de la otra. La peor forma de infamia es la de aquel que presupone infamia en todos y cada uno de sus semejantes, le había dicho Julio en una ocasión. Había sido hacía unos seis meses, en aquellas primeras semanas de trabajo en las que aún se llevaban estupendamente y tomaban juntos el café de media mañana. Ahora sus conversaciones se limitaban a las reuniones de seguimiento acerca de los usuarios o a asuntos intrascendentes. Algo se había roto entre ellos desde hacía ya tiempo y, aunque él continuaba confiando en la calidad de su trabajo y ella sabía que él era un buen hombre, no se tenían ya la confianza de los inicios. Pilar Comoseapellidara había sacado una ristra de estadísticas y las escupía sobre el exministro, a quien Miriam imaginó guareciéndose bajo la mesa del estudio de radio. Te lo mereces, por huevón, le dijo mentalmente antes de apagar la radio para concentrarse en aparcar. Aunque el coche era pequeño, aún le costaba estacionar en paralelo. Le hubiera encantado hacerlo en batería, pero eso, en el barrio de Vegueta un lunes a las ocho de la mañana, era más difícil que morderse un codo.

De todos modos, había tenido suerte y no había tenido que dejar su Ford Fiesta en el último rincón del quinto infierno, como en otras ocasiones. No hubo de caminar más de seiscientos o setecientos metros. Y aún no había recorrido la mitad del camino cuando vio la cola de **usuarios** ante la Casa de Todos. La mayoría hombres, pero también mujeres. Hombres y mujeres de mediana edad con ropas estropeadas o de segunda mano. Seres mal dormidos de pelo grasiento y manos ásperas que se aseaban como podían y guardaban una seriedad silenciosa con la que intentaban disimular el hecho de que hacían cola para desayunar una taza de café con leche, unas galletas, un bocadillo, lo que fuera, lo que hubiera ese día en la Casa de Todos. Debían de ser unos veinte o treinta. Y esperaban el segundo turno de comedor. El primero, el de los usuarios que pernoctaban en la **casa hogar**, comenzaba a las siete y media y debía de estar a punto de terminar.

Hubiese querido llevar hasta allí al exministro tirándole de la oreja, plantarlo en medio de aquella cola y ordenarle que repitiera lo que acababa de decir en la radio delante de aquellos usuarios que habían pernoctado en cajeros automáticos, entradas de garajes y zaguanes poco vigilados, o en casas de las que pronto serían **desahuciados**. Y delante de Adela, que estaba ahora mismo en la puerta avisándoles de que ya podían ir pasando.

Adela era **voluntaria** en la Casa de Todos desde el comienzo. Ya llevaba mucho tiempo allí cuando Miriam comenzó a trabajar. Viuda, con los hijos ya criados, muy devota y asidua a la parroquia de San Salvador, donde Julio Fuentes había sido cura párroco durante una década, había sido la primera en ofrecerse para ayudar en el proyecto. Y allí seguía, años después, encargada del comedor, donde no faltaba ni un solo día. Llegaba cada mañana a las siete y media, para organizar los desayunos, y no se marchaba de allí hasta las tres de la tarde. Tenía un carácter austero que la dulzura de sus ojos y la suavidad de los gestos de sus manos contradecían. A Miriam le constaba que sus hijos habían intentado convencerla de que ya estaba mayor para aquellas cosas, que era mejor que se quedara en casa, que ya había ayudado en la Casa de Todos muchos años. Pero ella siempre les contestaba que lo que hiciera ella con

su **tiempo libre** no era asunto suyo. «Estos —le había dicho a Miriam alguna vez, con socarronería— lo que quieren es que yo me dedique a cuidarles los niños. Y apañados van, porque yo ya aguanté todos los chiquillos que tenía que aguantar. **Ayudar** a esta gente es mucho más importante que ejercer de abuela». Miriam suponía que a la anciana no le faltaba razón y entendía que se sentía realizada dedicando sus mañanas a los usuarios de la Casa. Comprendía que, como ocurría con el resto de los voluntarios, Adela sentía que recibía más de lo que daba, que ayudar a los demás le hacía sentir bien consigo misma.

Para ella, en cambio, la Casa de Todos era un **trabajo**. No obstante, ella también estaba vinculada al **asociacionismo**, formaba parte de PLAT-ACCION (Plataforma de Colectivos Canarios por la Integración y Organizaciones de Defensa de la Naturaleza) y prestaba servicio voluntario en la AIDDI (Asociación para la Integración y Defensa de los Derechos de los Inmigrantes), así que había tenido suerte obteniendo aquel empleo como psicóloga. No cobraba demasiado (apenas ochocientos euros brutos), pero cotizaba a la Seguridad Social y ejercía la profesión para la que había estudiado en un sitio que tenía mucho que ver con sus tendencias solidarias. ¿Qué más podía pedir en la vida? Quizá solo que Boro dejara de ser ese tipo con el que se acostaba de vez en cuando y se convirtiera en algo más estable. Pero eso, quizá, más adelante. Por lo pronto, con verse con él una o dos noches por semana tenía suficiente.

Al pasar ante la puerta del comedor, Miriam saludó con un gesto mudo que Adela devolvió cariñosamente. Ambas sabían que la vieja tenía a esas horas mucha tela que cortar, que no era momento para pararse a saludar. Ya se verían por los pasillos, o sacarían hueco para tomar café juntas a media mañana.

Miriam continuó andando a lo largo de la fachada y entró por la puerta principal, donde sí intercambió dos besos con Eulogio. Era uno de los seis **voluntarios** que hacían el turno habitual de portería. El caso de Eulogio era especial, porque él mismo había sido usuario en la Casa. Albañil, alcohólico, había pasado por una época en que había perdido cosas en rápida sucesión: primero su trabajo, luego el amor de su mujer, después el afecto de sus hijos. Todo ello le había sumido en una espiral depresiva y alcohólica que estuvo a punto de costarle la vida. Cuando llegó a la Casa de Todos (esto se lo había contado Adela a Miriam), Eulogio era un saco de huesos que prácticamente no hablaba si no era para escupir un insulto. Hoy, sin embargo, vivía en un apartamento alquilado, trabajaba como encargado de mantenimiento en un colegio e incluso veía a sus hijos de vez en cuando. Los ratos libres los dedicaba a quienes estaban tan hundidos como él lo había estado. Hacía aquellos turnos de portería o chapuzas de mantenimiento. Siempre con una sonrisa puesta. Siempre sobrio y entregado únicamente al tabaco, el café y la Unión Deportiva Las Palmas, los únicos vicios que a sus cincuenta y tres años se permitía.

Miriam continuó andando hasta llegar a su despacho. Abrió la ventana para que la luz bañase la austera estancia y se sentó a su vieja mesa de contrachapado. Sacó su **portátil** para buscar las citas del día. Lo prefería al viejo Celeron, fruto de una donación, del que disponía en las instalaciones. De hecho, casi nadie usaba los ordenadores en la casa, si no era para impartir los talleres de informática a los usuarios. Necesitaban nuevos **ordenadores**, una **Intranet**, una

página web actualizada y tener presencia en las **redes sociales** para captar a patrocinadores y voluntarios. Pero Julio continuaba trabajando a la vieja usanza, haciendo fichas en papel, llamando por teléfono para resolver cosas que podían resolverse con un mensaje, haciendo **flyers** y **octavillas** que nadie leía. Lo había hablado con él varias veces, pero, aunque le daba la razón, él seguía en las mismas. Decidió no pensar en eso. La sacaba de quicio.

La primera cita sería en diez minutos, con Floro, un interno. Cincuenta y ocho años, alicatador en paro de larga duración, alcohólico, indigente.

Llamaron a la puerta y Miriam consultó el reloj. Demasiado temprano para Floro. Dio permiso y la puerta se abrió. Era Julio. Se quedó de pie ante el escritorio. Con una simple mirada, nadie hubiera dicho que era sacerdote. Por otro lado, como él solía decir, ¿cuál es la pinta exacta que ha de tener un cura? En todo caso, no había en Julio modales suaves, silencios introspectivos, sonrisas amables o discreción en la indumentaria. En ese momento, por ejemplo, llevaba unos pantalones vaqueros, una zapatillas deportivas y una camisa negra abierta y arremangada, bajo la cual se mostraba una camiseta roja. Dejaba crecer sus cabellos grises más allá del codo y su barba, recortada, ocultaba un rostro anguloso en el cual brillaban unos hermosos ojos azules. Algo más bajo que la media, se movía, sin embargo, con los andares elásticos y la agilidad de un hombre de diez o quince años menos.

—¿Cómo vas, mi niña?

—Buenos días, Julio. Aquí, organizándome. Tengo un usuario en diez minutos.

—No te robo mucho tiempo —dijo Julio, dejando sobre la mesa unas subcarpetas—. Era solo para ver si podías buscar tiempo para estos dos usuarios nuevos.

—Claro. Sin problema. ¿Internos?

—No. Del centro de día.

Miriam asintió. Abrió las subcarpetas y echó un vistazo por encima a las fichas. Luego miró en la agenda de su ordenador.

—Yo creo que pasado mañana podemos buscarles un hueco.

—Perfecto.

—Luego miro las horas exactas y te las llevo al despacho.

—Déjaselas a Marta. Voy a salir. Tengo una reunión con Garcisán.

Miriam no pudo reprimir un mohín de disgusto.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó el cura, amoscado.

—Nada, no pasa nada.

—No me fastidies, Miriam. ¿Qué pasa? —repitió.

—Nada, que no me gusta esa gente. Son unos jodíos **explotadores**. A los trabajadores los putean. Y las arcas públicas, las saquean: subcontrata por aquí, **pelotazo** por allá. Así que eso: no me gustan. Ni un pelo.

—Ni a mí. Pero no están las cosas para rechazar ayuda.

—¿Y tiene que ser de ellos? ¿De las mismas **empresas** que se hacen de oro utilizando a la gente que luego nosotros tenemos que atender?

Julio conjuró su exasperación con un suspiro.

—Siempre con el mismo rollo, Miriam. ¿Y de dónde vamos a sacar el **dinero** si no? Yo

comprendo que no te haga gracia. A mí tampoco me la hace. Pero ¿qué quieres que haga?

—Que busquemos por otro lado.

—No hay más lados. Las instituciones están sin un duro. No van a dar más de lo que dan. Cada vez hay más usuarios que atender y esto no puede funcionar tirando solo de voluntarios. Necesitamos dos trabajadores sociales más. Y también otro psicólogo.

—Yo puedo hacer unas horas más.

—¿Más horas? Mírate la agenda, Miriam: estás desbordada. Si te quemas, no vas a servir de nada. Y no es solo el personal: con las donaciones en especie, no es suficiente para mantener el comedor.

Miriam pensó un instante, buscando el modo de hacerle entender su incomodidad. Lo halló en una referencia evangélica:

—Pero Julio, ¿aceptar el dinero de Garcisán no sería algo así como tomar treinta denarios de plata?

Julio se puso las manos en la cintura y observó el rostro redondo y lindo de Miriam, sus cabellos castaños que se rizaban hacia los hombros, los ojos marrones y vivos que esperaban una respuesta.

—Mi niña: cuando sirven para comprar comida, da igual de dónde vengan los denarios. Primero hay que solucionar el hambre. Las cosas de la fe vienen después.

Lo abstracto y lo tangible

O todos o ninguno. O todo o nada.
Uno solo no puede salvarse.
O los fusiles o las cadenas.
O todos o ninguno. O todo o nada.

Bertolt Brecht: *Poemas y canciones*

Siempre que podían, Ricardo de León y Paula Mederos procuraban comer juntos. El hecho de que su piso estuviera en Canalejas, no lejos de la facultad y de la oficina de él en la sede de PLAT-ACCIÓN, había facilitado esta costumbre durante los seis años que llevaban conviviendo. Y el ayuntamiento tampoco quedaba demasiado lejos.

Ricardo había llegado antes que ella y había preparado un plato de pasta. Ahora lo consumían, sin saborearlo demasiado (no habría tiempo para la siesta: ambos debían volver a trabajar), en la mesa de la cocina, comentando lo que habían hecho durante la mañana. Ricardo había atendido a cinco usuarios (su trabajo consistía en asesorar a inmigrantes) y luego había tomado parte en una **reunión de la coordinadora de la plataforma**. En esa coordinadora, él y una compañera, Iballa, representaban a la AIDDI. Al parecer, en la reunión había salido precisamente el nombre de Paula.

—La gente está pensando en plantearte una reunión.

—Mira qué casualidad. Yo, hace un rato, tuve una entrevista en la que dije precisamente eso: que quiero plantear una reunión con el tercer sector, incluida PLAT-ACCIÓN. Por cierto: me entrevistó una chica joven y le tuve que explicar lo que es el tercer sector. No sé lo que pondrá al final, pero le di una clase completa.

—¿Y te entendió?

—Me miraba como si me entendiera, por lo menos.

Compartieron una carcajada. Luego Ricardo preguntó:

—Bueno, ¿y qué más hiciste durante el día, aparte de aleccionar a los medios?

—De todo. A primera hora me reuní con Carmen Nieves.

—¿La de El Reguerillo?

—Esa misma. Después tuve una reunión con Pablo Maroto, el de Antidesahucios. Pero eso ya te lo habrá dicho él, ¿no?

—Estuvo en la reunión de la coordinadora, pero casi no hablamos. Salió corriendo en cuanto terminamos.

—Sí, al mediodía tenía una vista, al parecer... Bueno, después me reuní con los técnicos de Vivienda. Y con los de la sede central de Asuntos Sociales. Luego tuve la entrevista y poco más. La mañana se va siempre enseguida.

—¿Y en general, cómo ves la concejalía?

—En general veo que estos sinvergüenzas que estaban hasta ahora tenían muchos privilegios y no daban un palo al agua. Y estaban completamente alejados de la realidad. Trabajo de campo cero. Con decirte que dos de las trabajadoras sociales me dijeron que nunca habían visto en persona al concejal...

—Joder...

—Y tienes que ver el despacho: entiendo que deba tener un escritorio, un par de estanterías y una mesa de reuniones. Pero además tiene sofás, pantalla plana... En fin: cosas que no pintan nada ahí... Por cierto, tengo móvil corporativo. Luego te doy el número...

—Está bien. Pero volviendo a lo nuestro, yo pensé... vaya, todos allí piensan eso: que te reunirías primero con nosotros.

—Esa era la idea inicial, Ricardo. Pero lo he estado pensando, y es mejor ir organizando ya una mesa del tercer sector.

—Bueno, en PLAT-ACCIÓN está la mitad de los colectivos. Somos como un montón y abarcamos muchos ámbitos.

En efecto, en PLAT-ACCIÓN se integraba una gran diversidad de **asociaciones y colectivos**. Algunos, de ámbito local, habían surgido en los últimos años, de manera reactiva, como la Plataforma Antidesahucios, la Asociación de Defensa de la Sanidad Universal o la Unión de Profesionales por la Enseñanza Pública. Otros llevaban años trabajando, como la Asociación para la Integración y Defensa de los Derechos de los Inmigrantes (la AIDDI para la que trabajaban Ricardo y su compañera Iballa), Babel (un colectivo que propiciaba el diálogo intercultural) o la Asociación Cecil (Asociación de Defensa de Personas con Discapacidad). Asimismo, muchos de los colectivos integrantes de PLAT-ACCIÓN eran **plataformas** que aglutinaban, a su vez, a multitud de asociaciones que tenían intereses comunes, como Acorán (que reunía a la mayor parte de los colectivos ecologistas de Canarias), Lilith (que hacía lo propio con las asociaciones feministas) o la OG (que representaba a la mayor parte de los colectivos de LGTB de la isla). Por otro lado, también estaban con la PLAT las representaciones locales de una miríada de **ONG** de ámbito nacional y aun internacional. Así que era cierto que reunirse con esa plataforma suponía ponerse en contacto con la mitad de las asociaciones del **tercer sector** en la ciudad.

—Sí, pero solo la mitad. También están Cáritas, los Bancos de Alimentos, CEAR, la Casa de Todos... ¿No es mejor convocar algo en lo que participen absolutamente todos? O, en fin, si luego no quieren participar, nadie los obliga, pero al menos darles la oportunidad de hacerlo...

Ricardo asintió.

—Tienes razón. Pero te va a costar más. Para reunirte con la coordinadora, solo tienes que dar un telefonazo o pasarte por la sede. Organizar una asamblea como la que estás proponiendo te va a costar un poco más. Y después de reunirlos a todos, habrá que ponerlos de acuerdo.

—Lo sé, pero vale la pena.

—Eso espero.

Tomaron el café en el sofá, fumando y charlando. Hacía meses que habían previsto aquella nueva situación: Paula con un cargo político, alejada durante un tiempo de la universidad y de

sus actividades en PLAT-ACCIÓN. Era lo que tocaba. Aun así, todo se les hacía un poco raro. Y la conversación (que derivó a facturas pendientes, a compromisos sociales que había que cumplir el fin de semana, a que casi se había acabado el aceite y alguien tendría que comprarlo), se les hacía pesada e inútil. Sobre todo a ella. Él se limitaba a seguir siendo el mismo tipo bajito de las gafas de pasta, el pelo negro cortado al dos y las camisas a cuadros; un hombre aparentemente manso, en cuyo cerebro había siempre una tormenta en la que se cruzaban la crítica a la realidad, los proyectos que podrían cambiar el mundo y las cuestiones del día a día que impedían cambiarlo, pero que era capaz de aparcarse todo aquello para sacar tiempo para hacer una transferencia, decir que sí a los amigos que les habían invitado a cenar y pasar a comprar aceite. Paula siempre había admirado aquella capacidad de él para estar al mismo tiempo en lo abstracto y lo tangible. Ella no sabía pensar sin olvidarse de que tenía la cafetera al fuego.

—¿Qué tienes esta tarde? —preguntó él cuando ya habían agotado los temas domésticos.

—Reuniones con técnicos. Me van a hacer el gran favor de venirse por la tarde al despacho. Claro, que a ellos también les interesa. Quieren ver a la nueva concejala perroflauta en persona y averiguar si va a vender a sus hijos a Venezuela para que los conviertan en carne para perros. ¿Y tú?

—Tengo tres citas con usuarios. La primera, a las cuatro.

Ambos consultaron el reloj. Eran las tres y media.

—Otra vez nos quedamos sin siesta —dijo Paula, acariciando el muslo de Ricardo, que estaba a su lado.

Él adelantó su cabeza hasta que el cuello de ella quedó al alcance de sus dientes.

—Siempre podemos irnos a la cama un poco más temprano esta noche —susurró antes de cerrar los dientes con suavidad sobre la piel de Paula.

Tercer sector

En una sociedad culta (...) la política es arte de cooperación, técnica para articular simbióticamente poderes, arte de propiciar que los ciudadanos quieran y puedan unos gracias a otros.

Rosario Miranda: *Común y corriente*

África Ferrer tiene, desde su época de la facultad, una costumbre: si dispone de tiempo suficiente, escucha completa la entrevista que ha hecho antes de comenzar a transcribirla. No consulta las notas que ha tomado mientras preguntaba, no busca con el avance rápido aquellas declaraciones que, en un primer momento, le parecieron posibles titulares. Simplemente, busca un lugar tranquilo (si está en la calle, en un hotel de otra ciudad, en la redacción) se pone los cascos y escucha completa la grabación.

Ahora no está en la redacción, ni en la calle, ni en otra ciudad. Se ha venido a casa (a ese apartamento pequeño y desordenado que llama casa), y se ha sentado en el sofá con un té verde. Pulsa en la grabadora el botón de reproducción y escucha las voces de Paula Mederos y la suya propia, con el ruido del tráfico de la calle León y Castillo como fondo.

Se oye a sí misma decir la fecha y la hora, y después: «Entrevista a Paula Mederos Fraile, concejala del área de Vivienda y Asuntos Sociales de Las Palmas de Gran Canaria». Luego hay una breve pausa (la necesaria para poner la grabadora sobre la mesa, comprobar que funcionaba y mirar en sus notas) e, inmediatamente, comienza la entrevista. Tras las primeras preguntas (resultados electorales, acuerdos del tripartito, valoraciones sobre los resultados nacionales de candidaturas similares), surgen las preguntas sobre el área concreta en la que Mederos es competente.

Pregunta: ¿Cuáles serán sus primeros pasos como concejala?

Respuesta: Hay algunos asuntos de urgencia que han quedado pendientes o se han manejado muy mal desde la anterior corporación. Para empezar, están previstos varios lanzamientos en los próximos días y esta concejalía va a hacer todo lo posible por intentar buscarles solución. También es urgente la situación de los vecinos de El Reguerillo. Ya me he puesto en contacto con sus representantes y, en estos momentos, estudiamos las medidas a adoptar. Y, mientras tanto, dada la situación de emergencia social que estamos viviendo, ya he dado los primeros pasos para reunirme con los representantes del tercer sector en la ciudad y organizar un plan adecuado. Porque entiendo que las iniciativas sociales precisan de su ayuda y su apoyo, y necesitan de una adecuada coordinación. Así que la convocatoria de una mesa del tercer sector es inminente.

Pregunta: ¿Qué entenderíamos por **tercer sector**?

Respuesta: La iniciativa social, la sociedad civil, el sector voluntario. Con «tercer sector» nos referimos a las organizaciones de carácter privado y no lucrativo, constituidas formalmente, que persiguen fines de orientación pública y social y que cuentan con personas voluntarias. Entiendo que la sociedad precisa de un **Estado** y de un **mercado**, pero también, y sobre todo, de un sector asociativo que represente a los intereses de la **sociedad civil**. Solo con la interacción de esos tres elementos, (Estado, marco económico y tercer sector) podemos avanzar hacia un **estado del bienestar**. Fíjese en que se remarca, por un lado, la índole **no lucrativa** y, por otro, el carácter **privado**. Esto último hace que el tercer sector se diferencie del Estado: no hablamos de organizaciones públicas, sino de organizaciones institucionalmente separadas del gobierno, organizaciones no gubernamentales.

Pregunta: ¿ONG?

Respuesta: Exacto: **ONG**. Pero comparten con el Estado su ámbito de trabajo, el espacio público. Que, claro está, con la aparición del tercer sector deja de ser exclusivo del Estado. Así que son de carácter privado, pero están interesadas en lo público, ya que sus actividades suelen estar enfocadas al **bien público**.

Pregunta: ¿Desde el ámbito privado persiguen propósitos de interés público?

Respuesta: Eso es. Por lo cual, sus relaciones con los **poderes públicos** se han ido haciendo cada vez más complejas. El **asociacionismo** y la participación voluntaria y comprometida, en nuestro país, tienen una gran tradición. Han crecido en número y en diversidad de intereses a lo largo del periodo democrático. De hecho, se podría decir que cuanto más se desarrolla la sociedad, cuantas más libertades tiene la ciudadanía a su disposición, más crece el tercer sector. Con toda lógica, porque sin esa intervención colectiva en lo público, cualquier sociedad democrática cojearía, en mi opinión. Por eso la separación entre el Estado y el tercer sector no significa que haya falta de relación o de **apoyo económico**, ni participación de funcionarios públicos en sus **órganos de gobierno**. Pero le propongo que le demos un repaso a la definición que le di hace un momento: los fines de las organizaciones del tercer sector son públicos, en el sentido más amplio posible. Lo que podríamos llamar el **bien común**.

Pregunta: ¿El bien común?

Respuesta: Un marco que va mucho más allá del ámbito estatal, porque engloba el bien común de todos los miembros de la sociedad, tanto los que tienen el estatus de ciudadano como los que no. Por otro lado, como son de carácter no lucrativo, las

organizaciones del tercer sector están alejadas del mercado: su fin no es obtener beneficios de la venta de bienes y servicios. No pueden generar beneficios económicos y, en caso de hacerlo, los reinvertirán en nuevas actividades con fines sociales.

Pregunta: Entonces, ¿podríamos entender que, por ejemplo, un grupo de bañistas que ayuda a los náufragos de una patera, formaría parte de ese tercer sector?

Respuesta: No. Eso sería una manifestación espontánea de solidaridad, pero no una organización del tercer sector. Estas están **constituidas formalmente**, así que están reguladas por estatutos y órganos directivos. Por eso asumimos que disponen de cierta estructura interna y de un determinado grado de institucionalización. Lo cual les proporciona mecanismos de gobierno y una cierta autonomía, haciéndolas capaces de controlar sus propias actividades.

Pregunta: Entiendo. Ya sé que me lo acaba de decir, pero quiero fijar bien la definición: ¿organizaciones del tercer sector serían entonces aquellas de carácter privado no lucrativo, constituidas formalmente, con fines públicos y sociales y que cuentan con personas voluntarias?

Respuesta: Sí. Y lo último es muy importante: el hecho de que cuenten con **personas voluntarias** nos hace ver que a menudo desarrollan sus tareas gracias a la participación y colaboración de personas altruistas, solidarias o interesadas en el bien común. Es inestimable el peso del voluntariado en estas asociaciones. Ellas y ellos representan el contacto del sector con la sociedad.

Pregunta: Ahora que hemos definido a qué se refería, volvamos a su proyecto. ¿Por qué ve tan importante la convocatoria de esa mesa del tercer sector?

Respuesta: Opino que los poderes públicos no pueden quedarse al margen de la actividad de estas asociaciones. Empezando, precisamente, por los ayuntamientos, que son la punta de lanza de la acción social en el país. Fíjese: las organizaciones del tercer sector potencian el **cambio social**, porque nos marcan las **vanguardias** de lo que serán los objetivos de la acción social; contribuyen a la cohesión social, ya que crean un espacio de encuentro, diálogo y mediación; son facilitadoras, o mediadoras, si usted quiere, con relación a los **conflictos colectivos**, porque detectan problemas y necesidades y hacen de altavoz de las demandas sociales, proponiendo actuaciones y apagando focos; acercan las políticas sociales a la gente, especialmente a quienes tienen menos recursos; promueven la innovación democrática e impulsan la participación ciudadana, funcionan como escuelas de democracia activa y, por último, participan en la definición e implementación de las políticas públicas.

Pregunta: Y ahí serían muy útiles para su área, ¿verdad?

Respuesta: Efectivamente: el tercer sector marca necesidades y posibles soluciones. Está ahí donde no llegan ni el Estado ni, por supuesto, las empresas. En la actualidad, estamos viviendo una situación de emergencia social. Por eso se hace imprescindible que las instituciones públicas nos coordinemos con las organizaciones del tercer sector para que lo que hacemos unas y otras sea una labor efectiva y organizada. Quiero empezar por convocar esa mesa y elaborar un diagnóstico, para, en cuanto sea posible, elaborar un plan de intervención social.

Pregunta: ¿Una elaboración de diagnóstico no se contradice un poco con la idea de urgencia?

Respuesta: Tiene razón. Pero en la práctica, espero que no sea así. Ya hemos dado algunos pasos en ese sentido y con la ayuda de las organizaciones, esa tarea podría estar realizada en menos tiempo del que parece.

Pregunta: Permítame que haga de abogado del diablo: ¿por qué es imprescindible esa mesa?

Respuesta: Yo no pertenezco a un partido político tradicional. De hecho, procedo del tercer sector. Y esa implicación con la acción social iba en nuestro programa. Entendemos la política desde la transversalidad, la cohesión y el avance social. La política social será contando con el tercer sector o no será.

África Ferrer pulsa el botón de pausa. Se quita los cascos. Se siente embotada. El día está siendo largo y lo será más, porque habrá de resumir mucho todo lo que ha dicho Mederos para que encaje en el artículo sin dejarse nada importante atrás. Nada es tan largo como escribir breve.

Mientras escuchaba la entrevista, ha tenido recuerdos de libros que ha leído, de conversaciones que ha tenido, de discusiones que ha mantenido (algunas muy acaloradas) con amigas, compañeros de facultad, amantes y medio novios. Comprende que Paula Mederos la mirara como si ella fuera idiota cuando le preguntó qué entendía por tercer sector. Pero aquí la periodista es ella y ella es quien sabe qué preguntas ha de hacer y cómo hacerlas. Ese arte de la ingenuidad es el que le sirve normalmente para desenmascarar a los farsantes, vendedores de humo e improvisadores que abundan entre los políticos. Y hoy le ha servido para entender que Paula Mederos no es ninguna de esas cosas, sino una mujer con las ideas claras y las mejores intenciones del mundo. Lo que no sabe (y eso se lo dicta la experiencia que ya atesora en la sección de Política y Sociedad) es si la van a dejar llevar hacia delante su proyecto.

Va a la cocina y deja en el fregadero la taza de té ya vacía. Aún quedan veinte minutos de entrevista y todavía no ha llegado al tema de los presupuestos. En su teléfono, consulta el mensaje que ha recibido de Talavera. Le pregunta cuándo tendrá la entrevista. Le responde que

no antes de la noche. Vuelve al sofá y aprieta nuevamente el botón de reproducción.

Peor para los hechos

La razón práctica es aquella que —a diferencia de la razón teórica— siempre puede alegar que «peor para los hechos», puesto que nada hay que la obligue a resignarse ante lo dado.

Javier Muguerza: *Desde la perplejidad*

Encontrárselo era una suerte, porque eso le ahorraba una llamada. Eso fue lo que le dijo Paula a Ramón Pérez cuando se lo topó en el ascensor de personal del ayuntamiento. El político le sonrió, le dio dos besos, y le dijo, en broma, que él siempre estaba disponible para ella siempre que no fuera para pedirle perras.

—Lo de pedirte dinero ya se andará —correspondió ella a la chanza—. No: quería hablarte de lo de El Reguerillo.

Pérez enarcó las cejas, asintió y se quedó mirando los números de los pisos que iban iluminándose en el panel.

—Eso está judicializado, Paula. Y te lo digo claro: yo estoy con las familias. Pero ahí no tenemos mucho que hacer.

Paula señaló una de las subcarpetas que llevaba bajo el brazo.

—Si estás con las familias, echa un vistazo a esto. Y luego dime que no tenemos mucho que hacer.

El ascensor había llegado a la sexta planta, donde ambos tenían sus oficinas.

—Vente para acá —invitó Ramón guiando por el codo a Paula.

Por el camino se cruzaron con un conserje, dos secretarias y el responsable de prensa de Alcaldía. Con todos hubo saludos, con algunos, bromas, pero procuraron no pegar la hebra. Cuando al fin estuvieron en el despacho de Ramón, tomaron asiento a su mesa de reuniones. Era una gran mesa de cristal, con espacio para ocho personas. Ramón abrió la carpeta y se puso las gafas.

Paula, mientras él leía, se levantó y echó un vistazo a los libros que había en la estantería cercana. Luego observó a Ramón, que vestía de esport, con gasto pero sin elegancia: una americana informal sobre una camisa a cuadros y unos pantalones de pinza de color azul marino que se daban de hostias con el negro de la chaqueta. Su cabeza entrecana continuaba inclinada sobre los papeles y de vez en cuando se rascaba la sien. Justo cuando Ramón se quitó las gafas y volvió hacia ella sus ojos grises y redondos, Paula estaba pensando que Ramón Pérez hubiese podido ser su padre, si su padre hubiera sido un cincuentón que llevaba en política desde antes de salir de la facultad, y no un taxista de sesenta.

—¿Te das cuenta, Ramón? Cosmos no ha movido un dedo en los tribunales en contra de los vecinos. Siempre ha sido el ayuntamiento. Todas las denuncias, todas las órdenes de desahucio han sido promovidas por los servicios jurídicos nuestros.

—De la corporación anterior —corrigió Pérez.

—*Eran* de la corporación anterior. Ahora son los nuestros. Con lo cual, lo tenemos muy fácil: no hay más que decir a los abogados del ayuntamiento que den marcha atrás.

El concejal meneó la cabeza.

—Tan fácil no es.

—¿Por...?

—Porque existe ya un acuerdo con Cosmos para la cesión de los terrenos. Hay un contrato en firme y una cláusula de cancelación. Sería una indemnización muy potente.

—¡Joder! Cuando sea mayor, quiero ser como el cabrón de Simón Calero: el señor quiere un centro comercial y el ayuntamiento le hace un contrato a medida, se lo concede y, además, le hace el trabajo sucio. Y si al final no hace el centro comercial, encima pasa por caja.

—Esto es lo que hay. Con esta gente que estaba antes, las cosas se hacían así. Pero eso se pintó de otra manera: supuestamente, era el ayuntamiento quien quería modernizar la zona, y abrió un concurso para adjudicar las obras y la explotación. En teoría, Simón Calero no promovió nada. Así que esto es lo que hay.

—Ya. En teoría... Pero, en la práctica...

—Las teorías son muy bonitas, pero los hechos son los hechos.

De pronto, Paula se quedó callada. Una idea le había iluminado la mente.

—¡Que se jodan los hechos! ¿Tienes los papeles del concurso de adjudicación por ahí?

Ramón Pérez se encogió de hombros, probablemente más por ganas de no estar buscando papeles que porque no los tuviera a mano. Pero la jugada le salió mal, porque Paula se puso a buscar entre sus carpetas, diciendo que no importaba, que ella misma debía de tener una copia entre la documentación. Y, efectivamente, allí estaba. Cuando encontró la página que le interesaba, señaló con el dedo.

—¡Me cago en la puta! Fíjate. —Puso ante Ramón la página a la que se refería—. Solo se presentaron tres empresas. Cosmos, Canaria de Fomentos y Canicons.

—Sí, y la mejor oferta fue la de Cosmos.

—De acuerdo. Pero ¿no te suena de nada Canicons?

—Sí, tienen urbanizaciones por ahí, por el sur.

—De hecho, ha salido más de una vez en los papeles, por vulnerar la normativa medioambiental. Los de Acorán les metieron un pleito. Por eso la conozco. Y por eso sé que Calero forma parte del consejo de administración.

—Manda cojones...

—Y lo de la otra empresa es más gracioso todavía. Canaria de Fomentos tiene como administrador único a Federico Llorente. ¿Y sabes cuál es el segundo apellido de Federico Llorente?

—A ver...

—Calero. Federico Llorente Calero. Esta criatura es sobrino de Simón Calero. El hijo de la hermana, creo. Vamos, lo que viene a ser un hombre de paja de los de toda la vida.

—Vale, pero ¿qué me estás queriendo decir con todo esto?

—Que podemos pedir la impugnación del concurso. Es más: podemos denunciar esto.

—¿Un pleito más para el ayuntamiento?

Paula se puso en jarras y arrugó la frente.

—O sea: que contra los pobres podemos pleitear todo lo que haga falta, pero contra los ricos no, ¿verdad?

—No es eso, Paula, coño. Pero ahora mismo estamos recién llegados, no sé cómo...

—Mira, Ramón: si no quieres denunciar esa irregularidad porque no es momento, me parece muy bien. Pero hay que paralizar lo de El Reguerillo sí o sí. Si no, ¿para qué coño estamos aquí?

Ramón se levantó, fue hasta el balcón y miró a través de la puerta acristalada. Se rascó la cabeza ante los edificios que se extendían desde allí hasta los riscos de la Ciudad Alta. Observó también el cielo, que se había ido tiñendo de un gris que no amenazaba lluvia, sino el calor húmedo de la panza de burro.

—Te diré lo que podemos hacer —dijo volviendo hacia la mesa—. Por el momento, hablo con el gabinete legal para que paralizen el desalojo. Que retiren las denuncias y dejen la cosa en *stand by*. Y de paso, les digo que vayan viendo lo del concurso, para estar preparados para el momento en que Calero reclame.

—Que reclamará, de eso no te quepa duda —apostilló Paula.

—Sí, eso seguro. Pero si la cosa es como dices tú, el servicio jurídico tiene con qué defenderse.

—¿Y por qué no damos nosotros el primer paso?

—Por lo que te dije: en Urbanismo tenemos ya demasiados pleitos por cosas que se hicieron mal en su momento. Si me cargo con más problemas, no vamos a poder avanzar nada. Y tengo encima la revisión del Plan de Ordenación.

—Entiendo.

—Pero no te preocupes, compañera —dijo Ramón Pérez, poniéndole una mano en el hombro—: a poco que podamos, la gente de El Reguerillo se queda en su casa.

Paula Mederos salió de allí satisfecha y no esperó a llegar a su despacho para telefonear a Carmen Nieves Álvarez. Lo hizo desde su móvil, mientras recorría el pasillo.

Ramón Pérez, en cuanto se quedó a solas, cerró la puerta y utilizó también su móvil, pero no para llamar, sino para enviar un mensaje a Simón Calero. El motivo de este fue confirmar la cita que tenían ese día para almorzar. Habían quedado, desde hacía días, en El Fogón, un restaurante del monte. Ahora Ramón confirmó la hora y acabó diciéndole que no dejara de ir porque tenía cosas que contarle.

Mientras desayunaba un pisco, África leyó en el periódico la entrevista a Paula Mederos. Se cabreó porque había cuatro erratas y porque, de las fotos que había hecho, había salido publicada la que menos le gustaba. Ella no era una fotógrafa profesional, pero el día anterior no había ninguno disponible. Y sin foto no hay entrevista. Sin embargo, Talavera le había respetado el titular («La política social será contando con el tecer sector o no será») y hasta una de las entradillas, lo cual era una novedad en los años que llevaba trabajando para *El Periódico*.

Acabó su cruasán y avisó al camarero de que salía a la puerta para terminarse el café con leche fumándose un cigarro. Pero antes de que se levantara del taburete, sonó un mensaje instantáneo en su móvil. Era Marcos. «Qué haces hoy a mediodía?», preguntaba. «En principio nada», contestó. «T apetece comer? Yo invito», escribió Marcos, seguramente desde su mesa

de trabajo en la Ciudad de la Justicia, escaqueándose en un descanso entre vistas. «Dónde?», quiso saber ella. «En El Fogón. T va a gustar». «A las dos?». «Dos y media. Te paso a buscar. Bsos».

Marcos era lo más parecido a un novio que tenía África desde que había salido de la facultad. Se habían conocido en los juzgados, donde ella cubría una vista y él era secretario y, por tanto, una fuente. Le sacaba unos años (casi diez), pero era un tipo simpático, divertido a sus horas. Escéptico con respecto a cualquier tipo de idealismo, era, no obstante, un tipo con buen gusto, cuya colección de discos de jazz había logrado sobrevivir casi intacta a dos divorcios. También era buen conversador, se entendían bien en la cama y, de vez en cuando, entre semana, la sorprendía con una invitación a comer en algún sitio agradable. Y conocía muchos. Sobre el restaurante al que irían hoy (El Fogón), ya le había hablado antes: en el campo, con buen asador y carne de primera división. Por la tarde solo tenía que entregar un artículo y conducía él, así que incluso podría permitirse tomar un par de vinos.

Mira tú, para ser miércoles, no pinta tan mal el día, se dijo a sí misma cogiendo la taza de café con leche y metiendo la otra mano en su bolso para buscar el tabaco.

El Fogón estaba situado en una antigua mansión en el Monte Lentiscal. La mayor parte de la casa había sido aprovechada como comedor, pero en días agradables, la mayor parte de los clientes pedía mesa en la enorme terraza en la que las mesas se alternaban con los parterres, las fuentes y los robles que circundaban la tapia repleta de buganvillas. La especialidad eran las carnes a la brasa y las parrilladas de verduras.

Simón Calero no tuvo que reservar mesa porque los martes no había demasiada clientela. Aun así, él hubiese podido elegir la mesa que le diese la gana. O la terraza entera. Ahora, tras compartir una ensalada con Ramón Pérez, les acababan de traer el segundo plato: un vacío para el empresario y un entrecot para el concejal. Todo ello regado con Ribera del Duero. El cielo estaba encapotado, pero no llovería.

En una mesa cercana había una familia que debía de estar celebrando la orla de uno de los chicos mayores. Y cerca de la entrada se había sentado una pareja. Él era algo mayor que ella. Y el cuerpo de ella había atraído las miradas de ambos hombres al llegar. Solo su cuerpo, no su rostro, y eso se les revelaría, a la larga, como un error. En todo caso, ahora ya no miraban a la chica. Ahora se concentraban en las noticias que Pérez le había traído a Calero.

—Y de este tamaño están las cosas —dijo el concejal.

—Y de ese tamaño se deben quedar —repuso el otro. Ramón Pérez le interrogó con la mirada y Calero dejó los cubiertos apoyados a ambos lados del plato—. Vamos a ver, querido: esto es más sencillo de lo que parece. Tú le dices que sí, que ya hablaste con los servicios jurídicos. Así ella se queda tranquila y hasta da la cara por el ayuntamiento delante de la gente de El Reguerillo.

Pérez comenzó a comprender:

—Pero en realidad, la cosa se queda como está.

—Eso es. Yo calculo que en una o dos semanas llegará por fin la orden de desahucio. Y cuando llegue, ¿quién va a quedar mal?

Calero volvió a coger el cuchillo y el tenedor, cortó un trozo de carne sanguinolenta y comenzó a masticarlo lentamente.

—No me parece mala idea. Pero ¿y si le da por hacer declaraciones? Tú ya sabes cómo es.

—Pues que las haga. Es más: cuanto más diga, peor para ella. Además, yo me adelanté a la jugada: ya hablé con la gente de *La Prensa* y con el amigo Tato Villar para que le den leña sin tino a esa muchacha.

—¿Y qué hay de lo otro? De lo del concurso, digo...

—Mira: eso a ti ni te va ni te viene porque es de la corporación anterior. Villegas y tú están fuera de ese trato. Ahora bien, si sale, que lo dudo mucho, saldrá dentro de bastante tiempo. Porque quien lo podría sacar serían ustedes. Y ustedes y yo ya hemos llegado a un acuerdo.

—Pero pon tú que salga...

—Vale. Pon que salga: una vez limpia la parcela, o, todavía mejor, con el centro comercial terminado, ¿quién va a echar eso abajo? ¿Tú te crees que es la primera vez que intentan meterme a mí un pleito?

—No, ya sé que no.

—¿Y sabes de que haya perdido alguno? Aquí lo que furula es la política de hechos consumados. Con el centro comercial trabajando y dando puestos de trabajo, como mucho, dentro de diez años me cae una multa. La pago y a tomar por culo. Pero una cosa sí te digo: dentro de diez años no, dentro de uno, nadie se va a acordar de quién cojones era la jipi esta.

Pérez miró a la mesa cercana a la puerta, donde la chica, que podía ver de frente, estaba trasteando con su móvil. Pensó en el tipo que estaba con ella: le costaría ligársela con aquel interés que tenía la piba puesto en el cacharro.

África Ferrer, en cambio, mientras les sacaba fotos desde lejos con su móvil a él y al empresario, le explicaba a Marcos la suerte que había tenido.

—Simón Calero comiendo con Ramón Pérez. Joder, Marcos, qué potra. Lo bueno de ser una don nadie es esto: que ellos no tienen idea de quién soy yo, pero yo sí sé quiénes son ellos.

—Bueno, da igual quiénes sean, ¿no? —dijo Marcos.

—Puede que dé igual quiénes sean. Lo que no es normal es que estén comiendo juntos. Te digo yo que en esa mesa se está cocinando un caldo gordo. Y cuando rompa a hervir, yo voy a ser la tía que tenía fotos de cuando lo pusieron al fuego.

—O sea, que te di una alegría trayéndote.

—No lo sabes tú bien. Te debo una de las grandes.

—Lo tendré en cuenta.

África le tocó un muslo por debajo de la mesa y, al mismo tiempo que un cosquilleo le subía por la pernera, Marcos la escuchó susurrar:

—Ya sé que lo vas a tener en cuenta. Y, si te portas bien, a lo mejor este favor te lo pago hoy mismo.

O la insumisión fiscal

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución; es decir, el derecho a negarse a la obediencia y poner resistencia al gobierno cuando este es tirano o su ineficiencia es mayor e insoportable.

Henry David Thoreau: *La desobediencia civil*

—**M**e rebelo, luego somos, dijo Albert Camus.

Tras decir esto, Boro (a esas horas, el profesor don Salvador Galván Santana), miró las expresiones del alumnado de primera fila y vio en sus rostros jóvenes y aburridos la más evidente expresión de la inopia. En algunos, sin embargo, creyó adivinar un guiño de curiosidad. Concretamente, una chica corpulenta con el pelo teñido de rosa frunció el ceño intentando retener el nombre, y anotó algo. Boro no recordó en ese momento cómo se llamaba la chica, pero decidió dirigirse a ella:

—Camus. C. A. M. U. S. Lo dijo en un libro titulado *El hombre rebelde*, pero yo te recomiendo, además, sus novelas. Son muy buenas.

La alumna asintió, sonriente e hizo una rectificación en sus notas. Entonces, Boro (don Salvador Galván Santana) volvió al hilo de su discurso. Bajando de la tarima comenzó a pasear por el largo pasillo.

—Yo creo que lo que **Camus** quiere decir es que cuando nos rebelamos contra algo que consideramos injusto, nos convertimos en miembros coherentes y activos de una sociedad. El poder, por supuesto, siempre dirá lo contrario, pero es cuando decidimos actuar en contra de la **injusticia** cuando se nos puede llamar, de forma más exacta, ciudadanos. El ser humano se ha **rebelado** siempre. Piensen en Espartaco, un esclavo tracio que encabezó una **rebelión de esclavos** contra los romanos. Piensen también en la **Revolución Inglesa** de 1688 (la Gloriosa), en la **Revolución Francesa**, en la **Guerra de la Independencia** norteamericana, en la Revolución Mexicana. Todas estas fueron siempre **acciones violentas**. Las masas tomaban las armas, asaltaban cárceles, cuarteles y palacios, degollaban, incendiaban, linchaban. Sacaban a los poderosos a la calle y los paseaban por las ciudades, arrastrándolos entre insultos, escupitajos y pedradas y luego acababan con ellos a golpe de cuchilla o de soga. O a tiro limpio. Y con frecuencia dejaban pudrirse en la plaza los cadáveres de aquellos que los habían matado de hambre o a latigazos durante años.

Regresó hacia la zona de la tarima. Mencionar la violencia siempre daba resultado. Había visto encenderse algunas miradas, ciertas cabezas se habían alzado, varias manos habían empuñado bolígrafos para tomar nota.

—Pero precisamente a golpe de **revueltas** y de **revoluciones** (en esta asignatura descubrirán que una revuelta y una revolución no son la misma cosa), se va consolidando paulatinamente entre los siglos XVIII y XIX lo que denominamos el **Estado-Nación**, cuya función primordial

es **mantener el orden y regular las relaciones entre grupos sociales**. Por eso el Estado se va a convertir en el objetivo común y punto de apoyo de la acción colectiva de los grupos, segmentos y facciones sociales que están en conflicto. De alguna manera, la historia de los Estados-Nación es la historia de una tensión constante entre estos y las sociedades civiles que se integran dentro de ellos.

Fue a la pizarra para trazar un esquema con los conceptos que enunció a continuación.

—¿Cómo **penetra el Estado en la sociedad**? Principalmente, a través de tres cosas. La primera, la **guerra**: los estados reclutan tropas, constituyen ejércitos permanentes. Hacen la guerra contra sus vecinos. Nada cohesiona más a un grupo que un enemigo exterior común. Si ampliamos esto, vemos que se establecen **policías y cuerpos de seguridad**, cuya función teórica —aquí soltó una risita mefistofélica— es mantener la paz al monopolizar el uso de la fuerza. Segunda vía de penetración: la **recaudación de impuestos** y el control financiero. Esto me parece bastante evidente: el Estado controla las finanzas públicas, al menos en teoría. —Soltó otra risita, aún más diabólica—. Por último, la **provisión de alimentos** y el control de los descontentos.

Los tres ítems (guerra, recaudación de impuestos, provisión de alimentos) quedaron encerrados en una llave. Se volvió hacia el aula. De los que tenían ordenador portátil (ocho), solo dos estaban tecleando (y nunca podría asegurar que estaban tomando apuntes); del resto, solo la chica gruesa del pelo rosa y un par de muchachas de la segunda fila movían sus bolígrafos sobre el bloc.

—Yo creo —dijo—, que les conviene tomar apuntes de esto, porque les va a caer en el examen sí o sí.

Los rezagados se pusieron a tomar apuntes inmediatamente.

—El Estado penetra en la sociedad, crea un modelo de roles e identidades básicas, regula de forma explícita las relaciones entre los diferentes actores de la sociedad. ¿Por medio de qué? ¿Quién puede ponerme un ejemplo de regulación explícita de las relaciones entre los diferentes actores de la sociedad?

Se quedó esperando. Solo se alzaron tres manos. Una de ellas fue la de la chica del pelo rosado. Boro le dio paso con una inclinación de cabeza.

—Las constituciones de los Estados. **Las leyes**, en general.

—Muy bien. Eso es.

La chica sonrió, se ruborizó ligeramente, anotó algo más en su cuaderno. Boro (don Salvador Galván Santana) prosiguió con su explicación:

—El desarrollo y la expansión de toda esta estructura que es el Estado constituye una forma de **control social**. Así que, lógicamente, la tendencia de los ciudadanos organizados y en conflicto será la de oponerse a ella. Sin embargo, sobre todo si saben lo que les conviene, utilizarán las propias estructuras y mecanismos del Estado para oponerse a este. ¿Ejemplos?

De nuevo se alzaron unas pocas manos. De nuevo la chica del pelo rosado estaba entre ellas. Pero Boro decidió dar una oportunidad al flacucho de las gafas de pasta de la tercera fila.

—**Peticiones masivas**.

—Muy bien. ¿Más?

—**Manifestaciones** —apuntó también el gafapasta.

Boro asintió. Señaló a una piba que alzaba la mano al fondo.

—**Huelgas.**

—Así es —dijo Boro, antes de dar paso a su favorita del día—. La huelga es un arma poderosa: no solo interrumpe la producción, sino que puede alterar las actividades del resto de los grupos sociales.

—¿Y a usted eso le parece bien? —preguntó el gafapasta.

—A mí me parece que si uno quiere conseguir sus objetivos, debe usar las armas a su alcance. Y la **alteración del orden** puede llegar a ser un arma efectiva.

—**Insumisión fiscal** —dijo la chica del pelo rosa.

Boro se quedó en silencio unos segundos. Luego dijo:

—No es muy frecuente hoy en día, principalmente porque somos unos cagones y nos aterra quedarnos sin el coche y el ordenador, pero así es: la insumisión fiscal. Hubo en una ocasión un ciudadano norteamericano al que todos ustedes deberían leer, **Henry David Thoreau** —anotó el nombre en la pizarra— que en 1846 se negó a pagar sus impuestos porque estaba en contra de la guerra contra México. Y también en contra de la esclavitud. Así que dijo algo así como: «No con mi dinero» y le hizo una peineta a los recaudadores de impuestos de su zona.

—¿Y qué pasó? —preguntó una alumna que llevaba un *piercing* en la nariz.

—Por supuesto, lo metieron en la cárcel. Pagó las consecuencias de mantener su postura ética. Él no era el único que estaba en contra de la guerra y de la esclavitud, pero le importó tres pimientos que los demás no hicieran nada. Él hizo algo. Tuvo que asumir, claro está, las consecuencias de hacerlo. Pero lo hizo. Si quieren saber más sobre esto, Thoreau escribió un ensayo muy breve, y muy interesante, explicando su postura. Se titula *La desobediencia civil*.

—Pero ¿paró la guerra? —preguntó uno de los que tecleaban en el ordenador.

—No, qué coño iba a parar nada él solo... —Hubo risas al fondo de la clase. A Boro le fascinaba aquella infantil capacidad de su alumnado para escandalizarse cuando él soltaba una palabrota—. Pero yo estoy seguro de que él, en la cárcel, dormía a pierna suelta, con la conciencia muy tranquila. Cosa que sus vecinos seguro que no podían decir. Lo que sí que siempre me he preguntado es qué hubiese ocurrido si, no digo ya todos, sino simplemente la mitad de los contribuyentes de Estados Unidos hubiese hecho lo mismo: negarse a pagar sus impuestos hasta que se firmara la paz y se aboliese la esclavitud. ¿Hubiera habido tribunales suficientes para tantos procesos judiciales? ¿Hubiese habido bastantes celdas para todos? ¿Hubiera podido sobrevivir financieramente ese Estado si la mitad de sus contribuyentes se negase a pagar? ¿Quién hubiera financiado esa guerra, entonces?

—**El poder del ciudadano** —dijo la chica del pelo rosa, y Boro, por un momento, deseó haber sido el padre de esa chica.

—Ahí está: el poder del ciudadano. El Estado sabe bien que los ciudadanos tienen mucho poder potencial, así que la represión se vuelve cada vez más sutil a medida que se complejizan las sociedades. El Estado, por supuesto, **reconoce la acción colectiva** como legítima, pero al mismo tiempo, los costes de la acción colectiva son cada vez más altos. Un ejemplo: todos tenemos **derecho a la huelga**, ¿verdad? Pero la legislación laboral actual se lo

pone muy fácil a los empresarios que deseen represaliar a sus trabajadores por secundar un paro. Al mismo tiempo, los estados pueden disponer leyes para restringir los **derechos de reunión y de asociación**, y controlar la **negociación colectiva**. Y no olvidemos que, si las cosas se ponen feas para quienes tienen el poder, la policía siempre milita a su lado. Pero dejando a un lado a nuestros simpáticos chicos de uniforme, con el desarrollo de las democracias liberales, la protesta colectiva ya no tiene, al menos en teoría, que recurrir al motín o a la revuelta en las calles. Se supone que existe un **repertorio de formas de protesta**, dentro del marco del Estado, y una serie de canales por medio de los cuales la ciudadanía descontenta puede desarrollar sus acciones. Todo ello disminuye el **grado de violencia de la acción colectiva**. La acción colectiva pierde de esta forma la radicalidad, se institucionaliza, por decirlo así.

—Pero —volvió a saltar el gafapasta— ¿por qué hay que oponerse al Estado?

—Buena pregunta. Los Estados, se supone, han ido inventando diferentes sistemas de acceso al poder político. Ya no hay que formar parte de una oligarquía para tener poder. —La chica del pelo rojo soltó una risita de suspicacia. Se la devolvió, añadiendo—: Al menos en teoría. De alguna forma, todo Estado tenderá a organizar el **acceso al poder** de forma que responda a una lógica democrática. Y luego implementará **instrumentos** destinados a solucionar los diferentes problemas sociales. El problema es: ¿es el Estado capaz de solucionar todos los problemas? Y, en cuanto a nosotros, ciudadanos, ¿nuestra participación en política debe limitarse a **votar** una vez cada cuatro años? Esto es: ¿yo voto a mis representantes y luego me olvido completamente de participar en la vida pública? ¿Qué clase de ciudadano soy, entonces? No, amigas y amigos: un país, una sociedad, necesita gobernantes, necesita leyes y necesita, en este mundo capitalista en el que vivimos, algún tipo de organización económica. Pero también, y sobre todo, necesita algo que justifica y equilibra la existencia de todas estas otras cosas: una **sociedad civil**. Esto es, que sus ciudadanos se organicen bajo agrupaciones jurídicas (si es el caso de que viven en una democracia que se lo permite) para defender sus intereses.

—¿Y si no viven en una democracia? —dijo la chica del pelo rojo.

—Entonces, tachen la alusión a lo jurídico pero dejen todo lo demás. En cualquier caso, estas **agrupaciones de intereses** que conforman la sociedad civil han ido evolucionando también según lo hacían las formas de gobierno. Al principio defendían solo intereses privados de **gremios** de artesanos o profesionales. Luego fueron entendiendo que debían irse uniendo, defendiendo intereses comunes. Según se expandía el Estado, se ampliaban la diversidad de los objetivos y la complejidad de las estructuras organizativas de la sociedad civil. Y es en la defensa de esos intereses comunes como la sociedad civil va empujando al poder político a avanzar. Por medio de la presión que sobre el Estado ejerce lo que llamamos la acción colectiva. ¿Y saben qué es lo bonito de todo esto? Que cuando una **acción colectiva** obtiene algún resultado beneficioso, no lo obtiene solo para quienes han llevado a cabo la acción, sino para la sociedad en su conjunto, incluidos sus oponentes.

Boro hizo una pausa. Se había desviado completamente del tema (el desarrollo del Estado-Nación y las revoluciones nacionalistas del XIX), pero llegados a ese punto, le daba igual.

Prefería tratar temas así con esas chicas, esos chicos, aquellas cabecitas en las cuales, si podía al menos hacer funcionar a una, residía el futuro. Su apuesta, por supuesto, era la gordita del pelo rosa. Ante su pupitre fue donde se paró para decir a toda el aula:

—Ustedes estudian Historia. Pues bien: la historia de las sociedades es siempre la **historia de la opresión y la injusticia**, la historia de la lucha contra ellas. Y esta lucha no cesa nunca, porque cuanto más se desarrolla la moral, cuanto más se avanza en el hallazgo de valores, de cosas buenas para la raza humana (y esos hallazgos siempre los hace la sociedad, no sus dirigentes), más se refinan los **mecanismos de opresión**. Por eso las **formas de la protesta** van también cambiando. A tirones, reaccionando contra la forma que adopta la opresión en cada momento y lugar: Espartaco derramó sangre con una espada tracia; Pancho Villa y Emiliano Zapata empuñaron una carabina 30-30; Mahatma Gandhi utilizó la resistencia no violenta y la huelga de hambre y Rosa Parks decidió no cederle el asiento a un blanco. Y cada uno de ellos consiguió ciertos avances en la consideración y el respeto por eso que llamamos el ser humano. Esas luchas, esas batallas, esas acciones contribuyen a modificar las **dimensiones de la sociedad**, las oportunidades que los individuos tienen dentro de ella. Ustedes ya cuentan con ese repertorio y pueden seguir los pasos de Espartaco, Zapata o Gandhi: pueden empuñar armas blancas o de fuego, o elegir la resistencia pasiva. Pero no hay que ser Gandhi, Zapata o Espartaco: hay cientos, miles de formas de decir no; si aspiran a que la sociedad mejore, puede que les toque utilizar otras armas, como organizar acciones e influir en la opinión pública por medio de las redes sociales.

—O la insumisión fiscal —apuntó la chica del pelo rosa.

—O la insumisión fiscal —confirmó él, sonriendo, sintiéndose, como solo se sentía una o dos veces al año, contento de ser, además de Boro, el profesor don Salvador Galván Santana.

Lanzamiento

Un gobierno libre es un gobierno que no hace daño a los ciudadanos, sino que por el contrario les da seguridad y tranquilidad.

Stendhal: *Del amor*

Esa mañana hubo un nuevo **lanzamiento**. Cuando el secretario del juzgado llegó con la orden judicial y la Policía Local para desalojar de su vivienda en el barrio de Schamann a Benita Sánchez Marín (jubilada de setenta años, viuda y con solo un hijo, que estaba en prisión), quien no había podido hacer frente al pago de una deuda con un prestamista, la comitiva se encontró a unas cuarenta personas sentadas a la puerta del edificio. Entonces se avisó a la Policía Nacional y acudieron al lugar dos dotaciones completas de la UIP.

Lo normal, lo que suele ocurrir en estos casos, lo que todos habían visto una y otra vez en televisión. Lo que sucedía con tanta frecuencia que ya ni la televisión acudía. Únicamente había por allí un par de periodistas: África Ferrer, de *El Periódico*, César, el de *Canarynews* (un digital) y la acostumbrada dotación de la Agencia EFE. Sin embargo, ese día hubo una novedad: la concejala de Vivienda y Asuntos Sociales se presentó allí. Primero habló con el secretario judicial. Después, con los agentes locales. Por último, habló con el subinspector de la UIP que estaba a cargo de la operación. De este logró arañar unos minutos, que empleó en dialogar con Pablo Maroto, de la Plataforma Antidesahucios. Maroto, que estaba sentado en primera fila entre los del zaguán, se levantó y se apartó para hablar con ella.

—No hay manera —dijo Paula—. Puedo ponerme yo también en medio con ustedes, pero les va a dar igual.

—Eso ni de coña —opinó Pablo—: si acabas en comisaría les vas a dar una disculpa a los fachas para ponerte a parir en los medios. ¿Qué más soluciones hay?

—Solo se me ocurre una: desalojar.

—¡Joder!

Pablo acompañó esa expresión con un puñetazo a la fachada del edificio.

—Pero a la calle no va a ir —dijo Paula—. Espera un momento.

Se alejó unos pasos y llegó hasta la esquina, donde aguardaban dos trabajadoras del área. Una de ellas era la asistente social que llevaba el caso de Benita y su hijo. La otra había llegado al lugar con Paula.

Pablo las vio hablar, vio cómo las asistentes sacaban sus móviles y hacían llamadas, vio cómo volvían a hablar. Finalmente, Paula fue a hablar con el secretario del juzgado. Esa conversación no fue tan breve, pero pareció dar sus frutos, porque cuando se separaron, el secretario fue a hablar con los antidisturbios y Paula se encaminó hacia el portal.

—Ven conmigo —le dijo a Pablo.

Juntos fueron pasando entre los que estaban sentados y los que estaban en la escalera. Gente

de todas las edades, pero la mayoría jóvenes, que no conocían a Benita de nada, pero habían decidido acudir allí para intentar impedir el lanzamiento. Cuando llegaron a la puerta de casa, fue Pablo quien llamó. Se escuchó la voz de una chica preguntando quién era.

—Abre, soy yo —contestó Pablo.

La chica abrió. Por el gesto sombrío en los rostros de su compañero y de Paula adivinó que las cosas no iban bien.

Se abrieron paso por entre la docena de activistas que inundaban la reducida vivienda y entraron en el dormitorio, donde Benita estaba sentada al borde de la cama.

Paula se agachó hasta quedar frente a ella. Procuró hablarle dulcemente.

—¿Cómo está, Benita? Me llamo Paula Mederos.

—Sí, mi niña. Ya sé quién es. Yo le voté.

Paula le sonrió.

—Muchas gracias. Mire, vine a ver qué se podía hacer para que la dejen a usted en su casa. Pero, por el momento, no puedo hacer mucho. Llegamos tarde y ya todo está decidido.

—Ay, no me diga eso, mi niña... —dijo la anciana, echándose las manos a la cara—. Ay, Jesús, qué desgracia... ¿Y qué voy a hacer yo ahora, con...?

Paula la tomó por los hombros.

—No se me agobie, Benita, que algo sí que se puede hacer. Mire: por el momento, la mandamos a un hotel.

—Y sus cosas —terció Pablo—, yo hablo con los muchachos que están aquí ayudando y las sacamos y se las guardamos en el local de la asociación.

—Pero, si va a entrar la policía y... —intentó protestar Benita.

Ahora fue Paula quien dijo:

—Por eso no se preocupe, Benita. La policía no va a entrar aquí. Yo ya hablé con ellos. Nos van a dar tiempo para hacer las cosas bien. Toda la mañana si hace falta. —Benita pareció serenarse un poco—. Y usted se viene con Susi, ¿se acuerda de Susi?

—¿La asistente social?

—Eso es. Pues Susi la va a llevar a un hotel. Usted prepare la maleta con las cosas que necesite para unos cuantos días.

—¿Y cuánto tiempo voy a estar en el hotel?

—No sé, pero no mucho.

—¿Y después me podré venir otra vez a casa?

Paula y Pablo se miraron. Ella decidió que lo mejor era la sinceridad.

—Mire, Benita, lo cierto es que no lo sé. Vamos a intentar hacer algo con su caso, porque yo no lo veo normal. Esta es una vivienda social, así que no deberían tener derecho a hacerle esto. Lo que pasa es que usted ya sabe cómo son los tribunales. Pero si no podemos hacer nada, no se preocupe, que en la calle no se queda: en el ayuntamiento le buscamos otra vivienda... Puede que incluso mejor que esta. Ahora lo importante es que usted esté tranquila y que hagamos las cosas bien.

La vieja se quedó en silencio, se dejó tomar las manos por Paula y miró hacia la mesilla de noche, a un Fray Martín de Porres de plástico que debía de estar allí desde mucho antes que

Paula naciera. Ya no lloraba. Ya no decía nada. En su interior, el alivio por la ayuda que le prestaban debía de estar luchando con el dolor por tener que dejar su casa de toda la vida.

La chica de la puerta, que se había quedado junto a ellos, debía de ser quien más confianza tenía con ella, porque enseguida empezó a animarla, a decirle que ya vería qué bien iba a estar en el hotel. Como las marquesas, decía, sin tener que cocinar ni limpiar ni nada. Eso es lo que le hace falta a usted, Benita, que la traten a todo trapo un par de días. Venga, dígame qué ropa se va a llevar, que yo la ayudo. Cosas así. Cosas que se dicen a quienes ya no tienen más esperanza a la que aferrarse para fingir que la vida continúa.

Pablo Maroto explicó la situación a la gente del piso, que recibió sus palabras con aspavientos, con puñetazos a la pared, con una rabia que preñaba sus palabrotas. Luego bajaron a la calle e hicieron lo propio con quienes estaban en el zaguán.

Pablo organizó a los suyos y, de pronto, todos se pusieron en movimiento, alguien dijo que iría a buscar un furgón, dos chicas avisaron de que se iban al local de la asociación para hacer hueco para las cosas de Benita.

Las trabajadoras sociales vinieron junto a Paula y ella le indicó a Susi que subiera para estar con la anciana. A la otra, Encarna, le dijo:

—Este caso es muy irregular. Una vivienda social no puede ser objeto de embargo así como así. Hay que hablar con los servicios jurídicos.

La trabajadora social asintió, se apartó y sacó su móvil. Mientras, Pablo le dio a Paula el nombre y el número de móvil de la abogada de la plataforma que había llevado el caso. Paula los anotó en una hoja de libreta, la arrancó y se la dio a Encarna.

—Que hablen con esta persona.

La otra paró de hablar por teléfono, tapó el auricular con la mano y le dijo:

—Me dicen que esto no es de nuestra competencia.

—¿Con quién estás hablando?

—Con Paco, el jefe de servicio.

—Pásamelo, por favor.

Tomó el teléfono.

—¿Paco? Soy Paula Mederos, la concejala de Vivienda y Asuntos Sociales. Se lo voy a repetir, por si no le ha quedado claro: Vivienda y Asuntos Sociales. Y usted es el jefe de los servicios jurídicos del área de Vivienda y Asuntos Sociales. Si el embargo irregular de una vivienda social donde vive una anciana no es de nuestra competencia, ¿quiere decirme de quién es?... ¿Cómo que no sabe? Pues si no sabe, entonces es que sí es de su competencia. La compañera Encarna le va a dar el nombre de una abogada que ha llevado el caso hasta ahora. Usted la conocerá porque es de la Plataforma Antidesahucios. Yo voy ahora para el ayuntamiento. Si cuando llegue ahí usted todavía no la ha llamado, prepárese... No, no lo estoy amenazando, ya sé que es un funcionario, pero tengo mil formas de joderle la vida mientras esté en el cargo. Y me tomaré la molestia de ensayarlas todas. Así que es mejor que nos llevemos todos bien: yo hago mi trabajo y usted hace el suyo... ¿De acuerdo?... Muy bien, perfecto. Buenos días.

Le devolvió el teléfono a la trabajadora y durante un rato deambuló de un lado a otro. Los

miembros de la plataforma se dedicaban a sacar a la acera las cosas de Benita, a la espera de que llegara el furgón. Se despidió de Pablo, de Encarna, del jefe de la UIP, cuyos subordinados se habían quitado el equipo antidisturbios y se limitaban a hacer guardia. Algunos de los agentes hasta resultaban cordiales y uno de ellos ayudó a uno de los activistas a recoger una caja que se le había caído. Por último, hizo unas declaraciones a los tres periodistas, informando de la solución provisional adoptada y de que su área estudiaría con detalle este caso, a todas luces injusto. Cuando los periodistas se fueron (Paula intercambió un saludo cariñoso con África, agradeciéndole la entrevista que le había hecho hacía unos días), pensó en la insuficiencia de todo lo que había hecho y, finalmente, se consoló pensando que al menos esta vez la cosa no había terminado en una carga policial.

Por último, se despidió del secretario del juzgado y de los agentes locales. Uno de ellos, un veterano de unos cincuenta años, le dio las gracias y ella le preguntó por qué se las daba. El hombre respondió:

—Por preocuparse por estas cosas.

—Es mi obligación.

—No. Usted ha cumplido más allá de su obligación.

El guardia y ella se habían ido apartando. Ahora nadie oía lo que decían. El agente se atrevió a decir:

—Yo cumplo con mi obligación. Y mi obligación hoy era venir aquí a echar a una pobre vieja a la calle por culpa de un usurero. Lo hubiera hecho. Pero después me hubiera quedado jodido y no hubiera podido dormir. Usted lo evitó. O por lo menos ha conseguido que no tenga que pasarme la noche pensando dónde estará durmiendo la señora. Por eso le doy las gracias.

Se quedaron mirándose un instante y se regalaron una media sonrisa. Después Paula caminó dos calles hasta el hueco libre en el que había dejado su Ibiza. Se metió en el coche, metió la llave en el contacto, se quedó un momento mirando a la más absoluta nada y luego, de pronto, su impotencia explotó en un llanto irreprimible.

Las buenas intenciones

Porque la bondad de nuestros actos no depende solo de nuestra buena intención, sino que es objetiva y real, y porque en buena parte el resultado y alcance de nuestros actos escapa a nuestro control, estos constituyen, por lo general, un tejido de logros y malogros.

José Luis López Aranguren: *Ética*

—**E**l problema es la **financiación** —dijo Miriam, encendiendo la luz de la mesilla. Les había anochecido mientras hacían el amor. Y ahora, en medio de la conversación que había comenzado cuando Boro le preguntó qué tal iba la Casa de Todos, la psicóloga necesitaba verle la cara para saber si hablaba en serio o había en él ese sarcasmo que a ella tanto le atraía pero tanto odiaba en ocasiones.

—Claro: queremos hacer **caridad**, pero que la pague Papá Estado.

—No es caridad; es **solidaridad**.

—Mira, mi amor, no me jodas: si proviene de un cura, es caridad.

—Bueno, al margen de tus prejuicios de ateo inseguro, si organizaciones como la Casa de Todos no asisten a esos usuarios, ¿quién lo va a hacer?

—Pues Papá Estado, que para eso está. ¡Coño! Como si no lo hubiéramos hablado mil veces: para los de arriba es más fácil darles una limosna a ustedes y sacudirse el asunto de encima, que cumplir con su puta obligación.

—Vale. En eso estamos de acuerdo. Pero si Papá Estado no lo hace, alguien tendrá que hacerlo.

—Pero date cuenta del absurdo, tía: Papá Estado no lo hace; lo hacen ustedes; pero para continuar haciéndolo, acaban dependiendo del mismo que tiene la responsabilidad. Y que crea la situación, dicho sea de paso.

Miriam se sentó en la cama, dándole la espalda, para coger un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo de sus vaqueros. Fue al salón y volvió con un cenicero que dejó sobre la mesilla de noche, antes de volver a tumbarse en la cama exhalando la primera bocanada de humo. Todo esto lo había hecho completamente desnuda, y Boro disfrutó del cuadro, aunque ella hubiese hecho esa pausa únicamente para buscar algo con qué oponérsele. En realidad, Miriam compartía muchas de las reticencias de Boro, pero en esta discusión le tocaba defender la labor de la Casa de Todos. Al fin y al cabo, no en todo tenía razón Boro. Y, además, le encantaba discutir con él.

—Julio comenzó con la Casa de Todos antes de que todos estuvieran tan mal como están —dijo—. Cuando nadie se fijaba en lo que le ocurría a la gente que estaba tirada en la calle, él ya se pasaba la noche por ahí, recogéndolos, dándoles techo y comida, buscándoles trabajo. Pregunta por ahí, por los barrios: la imagen de Julio es impecable.

—Sí, de imagen está bien, para ser cura —dijo Boro cogiéndole el cigarrillo, dándole una calada, devolviéndoselo—. Y yo no dudo del buen corazón de Julio. Carajo, lo conozco de toda la vida y sé que el tío lo hace de buena ley, con la mejor intención del mundo. Pero para empezar, Julio no es un **profesional**. No es un trabajador social, no es un psicólogo. Su preparación es teológica.

—Ya.

—Y por otro lado, lleva toda la vida haciendo eso. Él y sus beatas llevan veinte años. Se pierde visión, quieras o no quieras. Eso del **poder carismático** no me va.

—No es poder, Boro.

—Vale, llámalo liderazgo. Pero es liderazgo carismático. Tú lo sabes perfectamente. ¿O me vas a decir que todo lo que se decide en la Casa de Todos no pasa por la visión personal de Julio? —Miriam guardó un silencio elocuente—. Y la visión personal de Julio es la de un cura, joder. Y en cuanto a las beatas...

—¿Qué pasa con las beatas? Bastante hacen...

—No digo que no, pero llegan hasta donde llegan. Tú misma me cuentas cosas que a mí me ponen de los nervios. Como el otro día, cuando lo de esa tal Concha.

Concha era una de las voluntarias que echaban una mano en la Casa de Todos. A espaldas de Miriam, había aconsejado a uno de sus pacientes que intentara hablar con su exmujer para que le permitiese ver a sus hijos. Lo que Concha no sabía era que el usuario, además de estar en tratamiento por un cuadro maniaco-depresivo, tenía una orden de alejamiento por violencia de género. El resultado había sido una tremenda bronca que se había zanjado con una agresión y había finalizado con el usuario detenido. Miriam había tenido una discusión terrible con Concha por aquel asunto, y el propio Julio se vio obligado a pedir a Concha que en el futuro se abstuviese de tratar con los pacientes de Miriam sin consultarlo primero con ella. Ahora lamentó habérselo contado a Boro en su momento, porque el caso ilustraba muy bien uno de los mayores inconvenientes que, en opinión de ambos, presentaba el trabajo en la organización.

—Pero eso es lo normal cuando se trabaja con **voluntarios**, Boro. Uno trabaja con los recursos humanos de los que dispone. Y la gente que echa una mano hace lo que puede. No se le puede pedir más. Está claro que lo ideal será ir incluyendo cada vez más profesionales en el equipo. Pero lo pintes como lo pintes, son los voluntarios el alma de todo esto. Sin voluntariado, ¿qué sentido tiene?

Boro le echó un brazo por encima, acariciándole el pelo.

—Mira, cariño: yo sé que Julio, que todos ustedes, hacen lo que pueden y que más de uno tiene que agradecerles no haberse muerto de hambre. Pero así no vamos a salir de esta.

—Así, ¿cómo? ¿Qué quieres decir?

—Que la Casa de Todos solo está apagando un fuego. En el fondo, le están haciendo el **juego al sistema**. El sistema jode a los usuarios, los pone en la indigencia y, justo antes de que aparezcan los cadáveres y empiecen a apestar en las puertas de los bancos, llegan ustedes y lo evitan. Y lo peor es que parece que estuvieran haciendo algo bueno, cuando lo que hacen es, en realidad, **invisibilizar toda esa pobreza** que podría indignar del todo a la gente para

empujarla a hacer algo de una puta vez.

Miriam apagó el cigarrillo y se incorporó hasta enfrentársele.

—¿A hacer algo? ¿Otra vez con la jodida teoría de la revolución? ¿Y después qué? ¿Tomamos el Palacio de Invierno? Espabila, Boro: yo sé que tienes razón en muchas de las cosas que dices, pero eso de la revolución no va a ningún lado. Yo, por lo menos, llevo toda la vida esperándola. Y, hasta que llegue, no podemos dejar morir de hambre a la gente. Así que me da igual si quien hace algo es un cura y unas cuantas beatas. Yo creo que sitios como la Casa de Todos son necesarios. Y estoy orgullosa de trabajar allí.

—Pues claro que sí: no te digo que no tengas que estar orgullosa. Lo que tú haces está bien. Pero en el fondo, sitios con ese planteamiento son más inútiles que un economista en medio de un huracán.

—Vete a la mierda, Boro. Será mejor lo que tú haces: estar todo el día criticando a los demás sin hacer nada.

—Sin hacer nada, no.

—Sin hacer nada. O si no, dime qué haces.

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—A recuperar las fuerzas para que podamos echar otro polvo —dijo tomándola por la cintura.

Ella lo rechazó, medio en broma, pero finalmente fue cediendo al abrazo y a la mordedura de sus labios en su cuello. Ya seguirían discutiendo más tarde.

Plan de Intervención Social

Reorganizar la amistad
es la cuestión más urgente,
y una sola religión
no sirve para este asunto:
sacar la luz de la tierra
y de toda conflicción,
de raspares y rascares
bajo la lucha de clases.

Roberto Matta: *Discurso sobre los derechos humanos*

Carmen Nieves Álvarez salió de su segunda reunión con Paula Mederos aún más contenta que de la primera. Salió de allí con la promesa de que el proceso de desalojo quedaba paralizado, por el momento. Como en la anterior ocasión, la acompañó hasta la puerta. En cuanto Carmen Nieves se fue, Clara le recordó que ya casi eran las doce y que la reunión con los colectivos era a las doce y media.

—Pepe Luján no va contigo. Me dejó recado de que te espera allí —le dijo finalmente.

Pepe Luján era el responsable de prensa. Paula hubiera preferido que no hubiese prensa en aquella primera reunión.

—Desde Alcaldía se han empeñado.

Ambas ya sabían que la estrategia del nuevo consistorio era la promoción de noticias positivas, avances en la gestión.

—¿Y tú? ¿Te vienes? —preguntó Paula.

El rostro de Clara mostró una expresión de sorpresa.

—¿Yo?

—Sí. Me gustaría que vinieras.

—Pero ¿yo qué pinto ahí?

—Bueno, a mí me apetece que sepas de primera mano lo que vamos a hablar ahí. Si salimos ahora podríamos ir caminando. Así nos damos un paseo.

Así fue: pasearon por el centro de la ciudad bajo el cielo azul que durante días se había ocultado tras la panza de burro. Una inmensa bandera lapislázuli cubría la ciudad, estampada, aquí y allá, de nubes blancas y lentas.

Para la reunión había sido elegido el antiguo salón de actos de un sindicato, en los viejos edificios de la calle Primero de Mayo. El objetivo era que cupieran cómodamente los representantes de todas las asociaciones y colectivos que quisiesen participar. También los trabajadores y trabajadoras sociales de área. En la segunda fila, la gente de PLAT-ACCIÓN. En la primera, Julio Fuentes y representantes de otras organizaciones cristianas. Por allí estaban también los periodistas y varios ciudadanos ociosos que se habían enterado no se

sabía bien cómo.

Paula se negó a ocupar la silla que le habían preparado en la tarima. Prefirió hablar desde abajo, frente a la primera fila de asientos. Tampoco utilizó el micrófono. Tras comprobar que todos podían oírla, explicó que quería hacer algunos cambios en la política de colaboración entre la institución y las organizaciones del tercer sector.

—La cuestión es que estamos ante una situación de **emergencia social**. Pero lo que deseo proponerles es una **política** que subsista más allá de las emergencias; la creación de un vínculo que el día de mañana, gobierne quien gobierne, nadie pueda echar abajo. Eso sí, sin olvidarnos de que hay que actuar ya. La compañera Encarna les va a repartir unas fotocopias con el primer esbozo de lo que queremos hacer.

Encarna comenzó, en efecto, a repartir los juegos de fotocopias. No eran más de diez páginas, pero allí estaba contenido el germen de todo el proyecto.

—Hubiéramos querido hacerles llegar esta propuesta antes de la **reunión**, pero no hemos tenido tiempo de preparar las fotocopias. Esta tarde lo tendrán todos en su correo electrónico y podrán valorarlo y discutirlo con sus asociaciones y colectivos. La cuestión es la siguiente: desde el ayuntamiento, desde mi área concreta, deberíamos ser los primeros en detectar, en mediar y en intentar solucionar situaciones. Pero estamos desbordados. Ustedes, que integran el tercer sector en la ciudad, son nuestros ojos, nuestros oídos. Y nuestras manos. Y ahí también tenemos un problema: algunas de sus asociaciones se han unido y trabajan de manera coordinada, comparten información y se organizan más o menos bien. Pero otras no: pese a sus buenas intenciones, tienen serios **problemas de comunicación** tanto a nivel externo como con las instituciones públicas y el resto de asociaciones. Además, algunas necesitan medios para acceder a las **nuevas tecnologías** y modernizarse. Así que necesitamos que se comuniquen bien entre ustedes y que luego se coordinen con mi área. Solo haciendo un trabajo en equipo con ustedes vamos a poder vertebrar una red de ayuda efectiva. Así que les propongo un Plan de Intervención Social. Ofrecemos ayuda directa por parte del ayuntamiento, la eliminación de trabas burocráticas a la hora del acceso a servicios que ya son susceptibles de obtención, pero que a veces dependen de la voluntad de la institución. Yo sé que muchas veces se retrasan o no llegan esos servicios. —Se dirigió directamente al representante de una de las sedes de barrio del Banco de Alimentos—. Manolo: leí hace unos meses que la sede de ustedes había tenido un problema, que les habían hecho una donación de casi una tonelada de frutas y verduras pero no disponían de camión para ir a buscarlas. ¿Qué pasó con eso?

El hombre se levantó para responder.

—Solicitamos el alquiler de un camión al ayuntamiento. Nos dijeron que sí, pero hubo que hacer mucho papeleo. Cuando llegó el camión, aquella comida ya no servía para nada.

Manolo volvió a sentarse.

—Ese es un ejemplo de las situaciones que hay que evitar. Si este plan se pone en marcha, la próxima vez bastará con que Manolo dé un telefonazo. Será un funcionario el que se encargue de todo ese papeleo. Y en menos de veinticuatro horas el camión estará donde deba estar. Iballa y Ricardo, por ejemplo, trabajan con el colectivo inmigrante. Esas personas muchas veces se ocultan de las instituciones por miedo a acabar en el CIE. Pero la AIDD es un

instrumento muy útil de detección de problemas. Y podría poner en contacto a nuestra red asistencial con esa realidad. Sé que Lilith actúa en diversos campos. Está en contacto con centros de acogida de mujeres y menores víctimas de violencia machista. Muchas de esas mujeres necesitan soluciones urgentes de vivienda, económicas y laborales. En eso podemos ayudar. Pero también podríamos echar un buen cable para organizar las charlas de orientación que imparten en los centros de enseñanza media. Sé que hubo un acuerdo para eso con el Gobierno de Canarias, pero, ¿cuántas charlas han dado?

La representante de Lilith no se levantó para hablar. Solo elevó la mano con tres dedos extendidos y dijo:

—Tres charlas. Eso fue lo que consiguieron en todo un curso escolar.

—Tres charlas —repitió Paula—. En un área tan importante como es la prevención de la violencia de género. Pues bien: Asuntos Sociales podría encargarse de organizarles un calendario que cubra todos los centros. Por lo menos los que estén en la ciudad. Y hasta podríamos intentar ponernos de acuerdo con otros municipios de la isla.

—Pero el ayuntamiento también tenía aprobadas una serie de charlas similares —dijo la chica de Lilith—. Presentaron la campaña el año pasado, con octavillas, carteles, logos y demás fanfarria. Sacaron a gente del paro durante tres meses y la pusieron a dar charlas.

—Sí, pero yo no le veo sentido a contratar trabajadoras o trabajadores sociales que no han trabajado nunca en ese ámbito si ustedes ya disponen de gente preparada que puede hacer esa labor. Y en cuanto a la fanfarria, estuve viendo lo que se gastaron en eso y me dio hasta vergüenza ajena. No: todo eso se va a reinvertir en trabajo de campo. Incluso, si podemos **liberar** a un par de personas del colectivo de ustedes para que se dediquen exclusivamente a la prevención en los centros, mejor.

Hubo murmullos y Paula hizo una pausa. Después dijo:

—Eso es otra cosa que me gustaría cambiar. Se acabó lo de gastarse dinerales en publicidad y marketing dándole buena imagen a las cosas que se supone que hace el ayuntamiento, pero que en realidad no hace. Todo eso se reinvertirá en tareas de calle. También propongo que ocurra lo mismo con las subvenciones fijas a determinadas asociaciones. ¿Por qué? Porque hasta ahora, según he visto en los presupuestos, hay una gran disparidad entre la subvención directa anual que reciben algunas asociaciones y la que reciben otras. Y el ayuntamiento podría reinvertir todo ese dinero en una acción integral en todas las zonas y todos los colectivos usuarios.

Ahora el murmullo fue mayor. Hubo algún gesto de descontento. Paula intentó aplacarlo:

—No quiero decir que se vayan a retirar las **subvenciones**. Lo que digo es que van a revisarse. Porque si queremos sacar adelante este proyecto, tendremos que conseguir recursos económicos de algún lado. Y ustedes saben perfectamente que el área de Asuntos Sociales siempre es la menos beneficiada en los presupuestos.

Julio Fuentes se puso en pie.

—Paula: aprecio mucho lo que intentas hacer. Y no te digo que en la Casa de Todos no necesitemos de esos servicios que propones, ni que no vayas a contar con nuestra ayuda. Pero nosotros sobrevivimos gracias al patrocinio mixto entre empresas privadas y administraciones

públicas. Y, desde hace años, ha sido tradición que el ayuntamiento asigne una subvención anual. ¿Me estás diciendo que van a retirar esa subvención?

—No: te estoy diciendo que tenemos que revisarla. Que tenemos que arrimar todos el hombro para que en esta ciudad las cosas empiecen a funcionar como deben, para que no haya familias que tengan que llegar a los últimos extremos mientras se tramitan sus ayudas, para que los orientadores que trabajan contigo no pasen meses esperando a ver si por fin hay respuestas para las ayudas que necesitan tus usuarios.

—A mí no me hables de arrimar el hombro, Paula. Yo ya arrimaba el hombro cuando tú todavía llevabas pañales.

—Eso me consta, Julio. Pero entenderás que «la tradición» no me parezca un criterio válido para calcular el monto de una asignación anual.

Fue ahora Brito quien se levantó, sin que Julio se hubiera sentado aún. Y a él fue a quien se dirigió:

—Julio: yo creo que nadie pone en duda que ustedes hacen una labor importante. Pero creo que no es bueno que nos cerremos en banda a la primera antes de oír lo que tiene que decir Paula.

—No digo yo que no, Brito, pero en la Casa de Todos necesitamos de esa asignación anual. Sin ese dinero, no íbamos a poder salir adelante.

—Entonces, igual es que deberías replantearte cómo estás organizando tu trabajo.

—¿Qué quieres decir con eso, Brito?

—Quiero decir que si existe tanta dependencia de la asignación, a lo mejor tu asociación está montada más como un cliente de la administración que como una representación de la sociedad civil.

Se hizo un silencio y el rostro de Julio comenzó a enrojecer de rabia. Brito entendió que el comentario había sido doloroso, e intentó arreglarlo.

—Igual me he explicado mal, Julio. Mira: de los que estamos aquí, ninguno rechaza la ayuda pública, si eso nos ayuda a conseguir nuestros fines. Pero tenemos que aprender a sobrevivir sin esa ayuda pública, porque ella depende de los criterios de quienes gobiernan. Y quienes gobiernan, muchas veces, no solo se hacen los locos, sino que van a por nosotros porque les resultamos incómodos. En tu caso no, claro. Pero los colectivos LGTB, o la gente de Acorán ya han tenido más de un choque con políticos. Y los seguirán teniendo.

—Mal no te explicas, Brito. Ya sé que, para ustedes, nosotros somos clientes. Pero nos enfrentamos a la administración cuando tenemos que hacerlo. No estamos todo el día enfrentados simplemente porque sí.

—Porque sí, no. Porque toca.

—¿Y quién decide cuándo toca? ¿Tienes una Ouija para hablar con Stalin?

Brito soltó una risita sarcástica y a nadie le cupo duda de que estaba a punto de hacer una alusión a una supuesta capacidad de Julio Fuentes para tener línea directa con Dios, pero Paula estuvo más rápida.

—Bueno, vamos a calmarnos todos —terció—. Brito, Julio, les voy a pedir por favor que se sienten. Creo que si leen el documento que les dimos, se harán una idea de en qué consiste el

plan. —Brito y Julio se sentaron, pero ambos agacharon la cabeza, de mal humor. Por supuesto, se habían dejado cosas que decirse—. Está todo explicado, incluidas las orientaciones presupuestarias. Lo único que les pido es que lo lean, que lo piensen y lo discutan con sus colectivos. Y que luego elaboren propuestas, piensen qué cosas pueden mejorarse en el plan, con qué elementos están de acuerdo y con cuáles no. Y, por favor, lo único que les pido es que todo esto lo hagan sin egos, sin personalismos, sin enfrentamientos con otros grupos: no piensen en los intereses de sus asociaciones, sino en los de sus colectivos usuarios, que son los que importan. Me gustaría que pudiéramos vernos nuevamente dentro de diez días. Creo que es tiempo suficiente para que lo discutan en sus asambleas.

Cuando se disolvió la reunión, no todos se marcharon. Pepe Luján le coordinó un par de entrevistas rápidas a Paula. La última fue con África Ferrer. «Acabaremos haciéndonos amigas», le dijo Paula al terminar. Brito y Julio se habían quedado en un rincón cercano a la puerta. Evidentemente, prolongaban su rifirrafe. Ricardo se acercó a Paula, que estaba aún junto al escenario, con Clara, y se los señaló con la mirada.

—Estos, hoy, acaban a hostia limpia.

—Por lo menos las que reciba Brito estarán consagradas —dijo Paula—. Bueno, ¿cómo lo viste?

—¿La reunión? Podría haber terminado peor. Con una concejala linchada, o algo así.

Compartieron una risotada. Paula reparó en Clara y los presentó. A él como su pareja. A ella como su ayudante. Clara estaba más acostumbrada a que la llamaran secretaria, pero ya se había hecho a que Paula la llamara así.

—¿Qué le ha parecido este ganado, Clara? —preguntó Ricardo.

—Todavía lo estoy procesando —respondió ella, sonriendo.

Ricardo correspondió con una sonrisa irónica. Luego se dirigió a Paula:

—Chiquilla, yo me voy para casa, para ir haciendo la comida. Esta tarde tengo usuarios desde las cuatro. ¿A qué hora vendrás?

—No sé si llego a comer contigo. Come solo.

—Vale, nos llamamos.

Se dieron un beso rápido y, antes de irse, Ricardo besó también a Clara en la mejilla. Cuando pasó junto a ellos, Julio y Brito continuaban enzarzados. Ricardo, de coña, les dijo que no discutieran más, que se dieran un besito.

Ambos se rieron y lo insultaron en broma. Salieron también juntos, pero sin dejar de discutir.

Cuando se despidieron las trabajadoras sociales, cuando Pepe Luján y los últimos periodistas se hubieron marchado, cuando no quedaba ya nadie allí salvo el bedel del edificio, Paula cogió su bolso.

—¿Volvemos juntas para el ayuntamiento? —preguntó Clara.

—Claro.

Salieron al ruido del tráfico de Primero de Mayo y cruzaron para bajar hacia Triana por la calle San Bernardo.

—¿Cómo lo ves, Clara? —preguntó Paula mientras caminaban una junto a la otra.

—¿El qué?

—Lo que intento hacer.

Clara tardó unos pasos en responder.

—Va a ser muy difícil poner de acuerdo a gente tan diferente. Demasiada **diversidad**. Demasiados intereses encontrados. Demasiadas formas distintas de encarar el trabajo. Pero si lo consigues, será lo más grande que se ha hecho en esta ciudad. Nunca se habrá hecho tanto con tan poco dinero.

Paula asintió, tremendamente satisfecha.

Al cruzar Viera y Clavijo pudieron ver a Brito y a Julio sentados en la terraza de una cafetería. Continuaban discutiendo. Pero compartían una cerveza.

—Son como niños —dijo Paula—. Los conozco desde hace años y siempre son los mismos: incapaces de ponerse de acuerdo. Pero juntos hasta la muerte.

—Hay una cosa que me preocupa en tu proyecto, Paula.

—¿Qué?

—El nombre que le pusiste: Plan de intervención social.

—¿Por qué?

—Es largo. Así que la gente utilizará las siglas y las pronunciará como un acrónimo. Y ese acrónimo será: PIS.

—Joder.

Ratas con corbata

Creo que para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser un buen hombre, o una buena mujer: buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias. Y convertirse, inmediatamente, desde el primer momento, en parte de su destino. Es una cualidad que en psicología se denomina «empatía».

Ryszard Kapuscinski: *Los cínicos no sirven para este oficio*

En el minúsculo apartamento de África Ferrer, en la estancia que hace las veces de cuarto de estar, comedor y escritorio, la única pared digna de tal nombre está decorada con una reproducción de la portada de *Le Petit Journal* del lunes 4 de junio de 1894, que da cuenta de un fusilamiento colectivo: «Six anarchistes fusillés à Barcelone», reza el pie de la ilustración, en la que un pelotón apunta contra una fila de hombres vestidos con camisas blancas, con los ojos inútilmente vendados, porque dan la espalda a sus verdugos.

África estudió *Le Petit Journal* como ejemplo de **periódico popular del XIX**: planteado como un diario de entretenimiento, no debía pagar sello al gobierno del Segundo Imperio, y eso, unido a su formato reducido (de cuatro páginas) le permitía salir a un precio de solo cinco céntimos. Publicaba contenidos cercanos al pueblo llano y novelas seriadas. Así que podía contar noticias como aquella y hacerlas llegar a su millón de lectores. Su contribución a la **difusión de las ideas** había sido recompensada por el **aumento de las tiradas**. «El periódico divulga el movimiento; el movimiento expande el mercado de los medios. Un bonito *quid pro quo*», decía su profesor de Historia del Periodismo que lo ponía como ejemplo de imaginación, de vanguardia en su momento y, sobre todo, de cómo el **abaratamiento del papel** y la **alfabetización** habían contribuido a la difusión de los **medios impresos**. Y con ellos, de las ideas revolucionarias. Según él, la **revolución burguesa** se había llevado a cabo años antes gracias a la difusión de la *Enciclopedia*, así como la lucha obrera en Rusia solo fue posible gracias a la difusión de *Iskra* y *Rabócheie Dielo*, los periódicos en los que mencheviques y bolcheviques polemizaban en los años previos a la revolución. Con Talavera habían hablado alguna vez sobre ello. Él, siempre en su línea, opinaba que el profe exageraba la importancia de aquellos medios. Pero ni siquiera el jefe de redacción podía negar que ayudaban a la gente a percibirse como colectividad y en el mismo nivel que otros segmentos: el obrero sabe leer igual que el patrono. Si ambos leen el mismo periódico, las diferencias entre ellos son económicas. Además, un periódico puede servir para denunciar las desigualdades, las injusticias, las contradicciones del sistema.

Sí, pero también para ocultarlas, como le había hecho notar Talavera, perro viejo en la profesión, desencantado y cínico. Eso lo habían aprendido pronto los poderosos. Al principio,

se dedicaban a censurar los periódicos, a clausurarlos. Pero cuando vieron que con eso no era suficiente, que la gente se revelaba contra la mordaza, optaron por una estrategia más inteligente: crear sus propios medios o controlar los independientes por medio de la economía. La concentración empresarial en el sector tampoco era una mala idea.

A esto oponía África que así habían nacido los medios independientes, abrazando siempre las nuevas tecnologías: las radios libres, las televisiones locales, los blogs, los periódicos digitales. Y así el poder, respondía Talavera, los había intentado controlar también: una combinación de trabas económicas y burocráticas y el desembarco de una miríada de medios alternativos patrocinados por los grandes poderes económicos (que son los que controlan *de facto* a los poderes políticos) hacía peligrar esas ventanas que permitían que entrara el aire fresco. Pero nos queda Twitter, había dicho África, para intentar darle una estocada al jefe. Talavera, sin embargo, la placaba bien: nos queda Twitter para decir que hoy es sábado, cuando es sábado; para decir que en la tele están dando *Pulp Fiction* o para soltar un cabreo por una ley que nos va a durar cinco minutos, hasta que la ley se apruebe y no haya nada que hacer.

Así que sí, *Le Petit Journal* presidía aquella pared y a África continuaba gustándole mirar aquella portada y sentir que su oficio continuaba teniendo alguna utilidad. Pero todo esto, tras las charlas con Talavera, se mezclaba con la agridulce sensación de que, en el fondo, no servía de mucho. Aunque ella se esforzaba en buscar motivos para seguir ejerciéndolo, hechos que pudieran darle argumentos para contradecir al resabiado jefe de redacción.

Ahora mismo lo tenía muy presente, mientras en su ordenador procesaba las fotos que les había hecho a Simón Calero y Ramón Pérez. Consultó en la hemeroteca y leyó varios artículos en los que Pérez se mostraba muy beligerante con Calero y con el trato de favor que se le daba por parte de la anterior corporación. Todo esto, en los últimos meses, en fechas previas a la campaña electoral.

También dio con un artículo de fondo escrito por Tato Villar. Hablaba de la necesidad de modernizar la zona en la que estaba ubicado el barrio de El Reguerillo. De las trabas burocráticas que habían retrasado esa supuesta modernización. Del interés personal de quienes vivían en aquellas viviendas que un día habían sido sociales pero ahora estaban habitadas por los hijos y nietos de aquellas personas que en su día las necesitaron y que hoy habían ascendido socialmente y no necesitaban vivir allí. De hecho, en el artículo, Tato Villar llegaba a arrojar la idea de que para algunos de ellos su vivienda en El Reguerillo era, probablemente, una segunda residencia.

Inexacto. Falaz, como mínimo. Embustero, en fin. Infame. Ella había coincidido en una redacción con Tato Villar. Solo habían trabajado juntos un par de meses, pero le habían bastado para calar al individuo de sobra: un trepa que era la voz de su amo; un ambiciosillo que vendía su pluma al mejor postor y era capaz de rebuscar en la basura para convertir un rumor en una verdad, mintiendo como un bellaco si eso convenía a su amo de turno. África era joven aún, pero ya bien a los Tato Villar de este mundo, mercaderes de la palabra que la ponían siempre al servicio de los más poderosos en sus trabajos de supuesta investigación, en tertulias radiofónicas o televisivas, en columnas, como aquella, que mezclaban mentiras con

medias verdades con el único fin de arrojar sombras sobre personas honradas, y que permitían ocultar la falta de honradez de las ratas con corbata que les llenaban el plato de lentejas. Los Tato Villar siempre llegaban lejos: acababan siendo responsables de importantes gabinetes de prensa, directores de medios o, incluso, miembros de consejos de administración de grandes y opacos grupos empresariales.

Volvió a mirar las fotos. En realidad, solo eran eso: las fotos de dos tipos comiendo. Dos tipos que concentraban cierta cantidad de poder en la ciudad. Uno de ellos disponía de poder político. Otro, de poder económico, lo cual le convertía en el más poderoso de los dos. Se preguntó cómo podía venderle a Talavera un reportaje en el que pudiese incluir aquellas fotos. Y, finalmente, se respondió que lo conveniente, por el momento, era guardarlas, esperar el momento adecuado para que encajasen en algún tipo de rompecabezas.

Vieja política

El que engaña siempre encontrará quien se deje engañar.

Nicolás Maquiavelo: *El príncipe*

Paula Mederos invirtió media hora de la mañana en leer el dossier de prensa que le había enviado Pepe Luján. Algunos medios daban como una noticia excelente la reunión con el tercer sector en la ciudad. Otros, en cambio, hablaban de ello como si se tratara de una bufonada o, algo todavía peor, un gesto de cara a la galería. Tato Villar (lo había visto por allí durante la asamblea) no se privó de escribir una columna sobre el tema en *La Prensa*. Pepe Luján se había permitido subrayar un párrafo:

«Este periodista no acaba de entender bien si el proyecto de la nueva titular de Vivienda y Asuntos Sociales está guiado por la ingenuidad o por un intento de control de la actividad de la sociedad civil. En cualquiera de los dos casos, la oposición frontal de algunos de sus representantes —como el padre Julio Fuentes, quien desde hace años defiende a los más desfavorecidos desde la Casa de Todos— es un síntoma de que su idea de hacer PIS sobre las ONG nace torcida hacia la izquierda desde el principio, desde presupuestos populistas y con un tufillo demagógico digno del más rancio chavismo. Pero, al margen de esto, no es tiempo de proyectos, ni de ideas a largo plazo. La ciudad necesita actuaciones urgentes en el área de la señora concejala y no que esta se dedique a sus experimentos de ingeniería social. Confiemos en que sus socios de gobierno, políticos profesionales con larga experiencia y mucha más medida, logren hacérselo entender a la señora Mederos y que la cordura vuelva a imponerse. En caso contrario, la acción social de este municipio podría verse abocada a un desastre humanitario de proporciones bíblicas».

Fin de la cita. Y fin de la paciencia de Paula. Pidió a Clara que cuadrara una reunión con el alcalde. Esa misma mañana si podía ser.

—Precisamente la secretaria del alcalde me acaba de llamar para lo mismo —respondió Clara—. ¿Puede ser dentro de media hora?

—Perfecto.

Cuando Clara se volvió a su escritorio, Paula hojeó el ejemplar de *La Prensa* que tenía sobre su mesa, junto con el resto de los periódicos del día. No tardó demasiado en localizar anuncios publicitarios de Cosmos. Uno de la constructora y dos de distintos negocios que Calero tenía en el sur de la isla: unos apartamentos y un centro de ocio. Calero ni siquiera se molestaba en disimular. En más de una ocasión, había sido visto en público con Tato Villar. A Paula no le cupo duda de que aquel ataque directo del periodista tenía que ver con su apoyo a las familias de El Reguerillo. Justo en ese momento, la telefoneó Ricardo para preguntarle si había leído la prensa.

—Releyéndola estoy.

—¿Qué vas a hacer?

—Por lo pronto, verme con Ernesto, a ver qué opina.

—¿Qué opina?

—Sí, a ver si puedo contar con su apoyo.

—Más le vale apoyarte. Te necesita para la gobernabilidad.

—Sí: eso díselo a Las Palmas Avanza. Tengo que ir con cuidado.

—Lo entiendo, pero no te dejes pisar, Paula. Los colectivos te apoyan.

—No todos.

—La mayoría. Llevo un rato haciendo llamadas: Brito, los de Acorán, la gente de Lilith...

—¿Y Julio Fuentes?

—No: con Julio no hablé.

—Pues entonces no son todos.

—En fin: sabes que estoy aquí para lo que sea.

—Lo sé, mi amor. Te llamo después de reunirme con este hombre.

—Está bien.

Casi no había terminado de colgar, cuando volvió a sonar el teléfono. Era Boro. También había leído los periódicos.

—Del cabrón este del Tato Villar te puedo contar un par de historias —dijo.

—Con historias no hago nada, Boro.

—Pero siempre te viene bien saberlas. Al enemigo hay que conocerlo. Hoy no es miércoles, pero nos vemos esta noche en el Secundino.

—Se dijo. Me va a venir bien tomarme un botellín.

Cuando entró en el despacho del alcalde, se encontró con que Ramón Pérez también había sido convocado a la reunión.

Villegas, un cuarentón alto, de cabeza afeitada y cuerpo de gimnasio, imitaba a Varoufakis en sus gestos, pero a nadie se le ocultaba que en sus actuaciones era bastante menos temerario.

Mantuvo su amable cortesía de seductor políticamente correcto mientras recibía a Paula y la invitaba a sentarse con él y con el primer teniente de alcalde. Este mostró también una sonrisa meliflua.

—Qué bueno que tú también me quisieras ver, Ernesto —dijo Paula nada más sentarse—, porque precisamente te iba a pedir una reunión. Es por lo del Plan de Intervención Social. ¿Viste los periódicos?

Ambos hombres asintieron.

—Incluido lo que escribió el Tato Villar —dijo el alcalde.

—¿Y qué les parece?

—A mí me da igual —dijo Ramón.

—Y a mí me resbala —dijo Villegas—. Hagamos lo que hagamos, en *La Prensa* siempre nos van a criticar. Ese plan iba en el programa y nadie te lo va a intentar echar por tierra. Te apoyamos en todo.

—El problema es otro —dijo Pérez.

—A ver si nos entendemos. —Ernesto Villegas le puso delante una carpeta con documentos—. Esto es solo una estimación, pero son los presupuestos que vamos a tener que proponer,

vistos todos los informes técnicos.

—Las arcas están vacías —intervino Pérez cuando Paula comenzó a leer los papeles.

—Y la anterior corporación dejó comprometida casi la mitad de los presupuestos para el año que viene. Así que no vas a poder contar con la cantidad que acordamos.

Los dos hombres guardaron silencio. Le permitieron leer las tres páginas de cifras antes de preguntarle qué opinaba. Paula dio un suspiro, cerró la carpeta y dijo:

—Esto es más o menos un sesenta por ciento de lo que habíamos hablado.

—Sí, pero fíjate en que el resto de las partidas también descienden.

—Pero no tanto, Ernesto. En infraestructuras, la reducción será de un diecisiete por ciento, como mucho.

—Pero es inevitable —dijo Ramón.

—Paula, yo te prometo que el año que viene intentaremos aumentar la partida, pero este año no podemos hacer más.

Paula hizo rápidos cálculos. No tardó en entender que la única forma de comenzar con el plan era suprimir algunas subvenciones. Entre ellas, la de la Casa de Todos. Se imaginó a sí misma diciéndoselo a Julio. Y la idea no le pareció nada agradable.

—Está bien —dijo finalmente—. Veré cómo me las ingenio. Pero quiero estar segura de que ustedes me van a apoyar.

Por supuesto, en todo, no faltaba más, vinieron a decir sus socios de gobierno.

—De acuerdo, entonces. Y una cosa más —añadió, dirigiéndose al alcalde—: Sé que cuento con Ramón, pero ¿cuento también contigo para que me apoyen en lo de El Reguerillo?

Hubo un cruce de miradas casi imperceptible entre los dos hombres. Luego, Ernesto Villegas la miró a los ojos y le dijo:

—Sé cuál es tu postura y coincido plenamente con ella. Los servicios jurídicos están estudiando el tema para intentar dar marcha atrás.

Cuando Paula se marchó, Villegas y Pérez se quedaron en el despacho. Nada más cerrarse la puerta, Villegas dijo:

—La que se va a montar mañana.

—Ese no es nuestro problema. La posición oficial tiene que ser que ha ocurrido a pesar de todos nuestros esfuerzos.

—Etcétera.

—Etcétera.

—Pero a Paula la vamos a meter en un lío —dijo el alcalde.

—Ella se lo buscó. Nadie la mandó a dar entrevistas diciendo que la postura del ayuntamiento había cambiado.

Se hizo un silencio, durante el cual Villegas agachó la mirada. Pérez agregó:

—Mira, Ernesto, hablemos claro: no podemos hacer nada sin Las Palmas Avanza. Pero esta chica ha entrado aquí como un elefante en una cacharrería. ¿Quién es el segundo de la lista de Las Palmas Avanza?

—Vieitez, ese pibe joven —recordó Villegas.

—Pues mira, parece un tipo más dócil. Con él se puede hablar. Yo no voy a hacer nada

directamente para que caiga Paula y a ti tampoco te conviene hacerlo. Pero a nadie le va a venir mal que ella salga del ayuntamiento. Esto iba a estar bastante más tranquilo y seguiríamos teniendo la gobernabilidad.

—¿Y tú crees que simplemente con lo de El Reguerillo...?

—No, solo con eso no. Pero también está la que va a liar Julio Fuentes. Eso va a cabrear a mucha gente que apoya a Paula.

Durante el resto de la mañana, Paula concedió varias entrevistas telefónicas a radios y periódicos. Hizo declaraciones acerca de la postura del ayuntamiento acerca del asunto de El Reguerillo y también defendió su Plan de Intervención Social. En la última, entró en directo en una tertulia de radio en la que participaba, entre otros, Pablo Maroto, con quien también hablaron sobre los recientes desahucios. Maroto apoyó las acciones de la concejala y le agradeció lo que él definió como «cambio de sensibilidades en la institución con respecto a los dramas sociales que nos estaba haciendo vivir la crisis».

No sabía, como tampoco lo sabía Paula, que al día siguiente, el barrio de El Chorrillo se convertiría en zona de guerra.

El Secundino II

- Lo que te digo: el Tato Villar este es una puta rata.
- Pues no me estás contando nada nuevo.
- Vale, te cuento algo nuevo: no solo se lleva muy bien con Calero. También es muy amigo de tu amigo, Ramón Pérez.
- Eso sí es nuevo.
- No se dejan ver mucho en público juntos, pero tienen línea directa.
- ¿Y tú cómo sabes eso?
- Porque no es la primera vez que juegan a eso. En la época de La Laguna, cuando estábamos todos en la Facultad, ya eran la uña y la mierda. Lo que le contabas a uno, lo sabía el otro enseguida. Y, además, se hacían de intermediarios. No te extrañe nada que Calero y Pérez se manden mensajitos a través de Villar.
- ¿Calero y Pérez?
- Y Villegas.
- Yo, de Villegas, me fío.
- Pues no creo que hagas bien, Paula. Ese, antes de llegar a ser candidato, se pasó diez años de dirigente de las juventudes de su partido. Vieja política estándar de la de toda la vida. Ahora lo pusieron en el partido porque hace falta ofrecer caras nuevas, pero es lo de siempre. Y yo me equivoco mucho o entre todos estos te están preparando una jugarreta.
- Bueno, sea como fuere, ahora ya estoy montada en el burro.
- Pues, hale, burro.
- Sí, señor: hale, burro. Aunque sea con menos presupuesto, voy a seguir adelante con el Plan de Intervención Social.
- Sí: el PIS.
- Vale ya de cachondeos, coño.
- La verdad es bonita: con el nombre no acertaste.
- Me da igual el nombre. Lo que hay que hacer es ponerlo en marcha.
- La semana que viene es la próxima reunión, ¿no?
- Sí. En la **reunión** de ayer lo que hice fue informar a los **representantes**. Ahora ellos habrán de reunirse con las **juntas directivas** y comunicarlo a los **socios**.
- ¿Y las juntas directivas no podrían decidir por su cuenta? Eso ahorraría tiempo.
- Sin ese paso previo, no se puede hacer nada. No tendría sentido. Lo que da sentido a una **ONG** es esa **base social**. Sin eso, ¿qué es lo que diferencia a una ONG de una organización que busca gestionar servicios sociales?
- Ya, eso me lo sé: es el **compromiso ciudadano** de quienes buscan cambiar la realidad lo que da sentido a las asociaciones —recitó Boro..
- Así me gusta, carajo, que te estudies las lecciones que te da tu alumna.

—No eres la única que me da lecciones últimamente. La Miriam está hecha una Rosa Luxemburgo.

—Te mereces una tía así: que te dé caña, te lleve la contraria y no se calle ni debajo del agua.

—Ni debajo del agua, tú lo has dicho.

—Oye, Miriam que trabaja con Julio, ¿cómo ve todo esto?

—Llevamos un par de días sin hablar. Pero ella no está del todo contenta con cómo gestiona Julio la casa. ¿Por qué no le das un telefonazo?

—No. Me sentiría como si estuviera intentando joder a Julio. Y tampoco va de eso la cosa.

—Entonces, ¿de qué va?

—De que su modelo de gestión no es tan útil como otros. Y de que el ayuntamiento no va a poder continuar sosteniéndoselo, si quiero sacar adelante el plan. Y, aún menos, después de la reducción de presupuesto que me van a hacer. Si por lo menos pudiera arañar un diez por ciento más... Pero no hay manera.

—¿Y eso ya se lo dijiste?

—Lo llamé esta tarde y se lo comenté.

—¿Y qué tal se lo tomó?

—Imagínate. Acabó colgándome el teléfono.

—Bueno, acabará saliendo adelante. Y tú también. Todos vamos a salir adelante.

—Muy optimista te veo yo a ti.

—Tengo mis días.

—Pero ¿cómo estás tan seguro de que saldremos adelante?

—No lo sé. Si fuera Julio, diría que porque Dios no se queda con lo de nadie. Pero Dios hace tiempo que no se pasa por mi barrio. Así que, supongo que es porque sé que Julio tiene buenas intenciones y tú también las tienes.

—De buenas intenciones está el infierno empedrado.

—Sí, pero mira, últimamente veo algo que hacía tiempo que no veía. Lo he estado pensando y me parece interesante.

—¿El qué?

—Que durante años he visto que el espacio público estaba dominado por quienes solo buscaban lucro y poder. Y en los últimos tiempos veo a gente que se moja por los demás, de buena fe. Precisamente cuando peor le está yendo a este país, cuando todo parece desmoronarse, cuando vuelve a ocurrir que la gente pase hambre, veo que el personal ha vuelto a recuperar la fe en que las cosas pueden cambiar.

—Carajo, Boro: no te reconozco. Miriam es un portento.

—No solo es culpa de Miriam. También es un poco culpa tuya.

—¿Mía?

—Sí. Tuya. Y de Ricardo. Y de Brito. De todos estos pringaos de PLAT-ACCIÓN. Incluso hasta culpa del curita, de Julio. Puede que me esté equivocando y que acaben todos quemados y yéndose a la mierda. Pero por una vez, la gente ha entendido que vivir en una **democracia** es más que votar cada cuatro años y darles permiso a dos o tres trepas para que te caguen la vida.

Por una vez, la gente está empezando a darse cuenta de que no hay una línea tan gruesa entre su esfera privada y la esfera pública y que una depende de la otra. Ojalá no me equivoque.

—No. Ojalá no te equivoques. Pero ¿y tú?

—¿Yo qué?

—Tú también vas a hacer algo.

—Yo estoy muy quemado ya, Paulita. Me pasé la juventud de manifestación en calabozo.

—Pero eres un tío respetado. Y tu experiencia podría ser muy útil.

—No me toques los huevos, Paulita. No te aproveches de mi momento de debilidad. Y págate una birra, coño, que esto está ya caliente como meado de burro. Perdón: como PIS.

La mujer del César

... lo peor que el príncipe tiene que temer de un pueblo que no le ama es el ser abandonado por él; pero si le son contrarios los grandes, debe temer no solamente verse abandonado, sino también atacado y destruido por ellos; porque teniendo estos hombres más previsión y astucia, emplean bien el tiempo para salir de aprieto...

Nicolás Maquiavelo: *El príncipe*

#MederosMiente. #MederosFalsa. #MederosDimision. Eran los tres **hashtags** predominantes en **Twitter** esa mañana. Comenzaron a tuitarse a las nueve y media y a media mañana la red era ya un clamor en contra de Paula. Muchos la llamaban hipócrita, vendida, pijajipi, facha disfrazada. Algunos llegaban a llamarla cabrona. Los más moderados lanzaban la pregunta de si había mentido o la habían engañado, pero al fin, entendían que ninguno de los casos justificaba que estuviese en el puesto que ocupaba.

El motivo de toda aquella virulencia era que, en aquella mañana, los periódicos en papel reproducían sus declaraciones del día anterior, en las que afirmaba que el ayuntamiento paralizaría el desalojo de El Reguerillo, pero a las ocho de la mañana un ejército de policías había llevado a cabo ese mismo desalojo. Las declaraciones de Carmen Nieves Álvarez y algunas imágenes difundidas por los medios digitales y las televisiones (una anciana llevada en volandas por dos miembros de la UIP, un joven con la rodilla de un agente en la nuca, una niña llorando) habían acabado de encender a los usuarios de las redes. A las nueve de la mañana, el hashtag iba camino de convertirse en una de las tendencias en España.

Paula, que a las ocho de la mañana había entrado en una reunión con varios técnicos en una concejalía de distrito, no se enteró de nada hasta las nueve y media, cuando al salir miró su teléfono móvil, que hervía. Obvió la docena de llamadas perdidas y llamó directamente a Carmen Nieves Álvarez, pero esta no contestó. Tampoco le respondieron en sus móviles ni Ernesto Villegas ni Ramón Pérez. Avisó a Clara de que iba a subir a El Reguerillo. Ella ya estaba al tanto de las malas noticias.

—Te llamé en cuanto lo vi, pero...

—No importa. Oye, hazme un favor, estoy intentando ponerme en contacto con Carmen Nieves, pero no hay manera. ¿Puedes seguir intentándolo tú?

—Claro que sí. Paula...

—Dime.

—¿Estás segura de que es bueno que subas?

—No se me ocurre qué otra cosa hacer. ¿Sabes si el alcalde está en el despacho?

—Hoy está en Tenerife.

—Qué casualidad. ¿Y Ramón Pérez?

—En el despacho no lo vi. Pero si quieres, intento localizártelo.

—Por favor, si no te importa.

Entró en el coche pero, antes de arrancar, decidió darle un telefonazo a Pablo Maroto.

—Buena te la jugaron —dijo el otro, a modo de saludo. De fondo, se oían gritos y sirenas.

—Coño, menos mal que alguien se ha dado cuenta. ¿Dónde estás? ¿En El Reguerillo?

—Dónde si no.

—En media hora estoy ahí.

—Ni se te ocurra. Aquí la cosa está muy caliente.

—Pero tengo que dar la cara.

—Sí, para que te la rompan. Me ha costado dios y ayuda que esto no se convirtiera en un motín. Ahora están empezando a tranquilizarse los ánimos, pero hay dos detenidos y la gente está muy cabreada. Si vienes, se va a montar buena otra vez.

—¿Y entonces qué hago, Pablo?

—No lo sé. Pero yo, en tu lugar, no venía aquí ahora mismo.

—Pablo, me tienes que hacer un favor.

—Dime.

—Estoy llamando a Carmen Nieves Álvarez y no me coge el teléfono. ¿Está por ahí?

—Sí. Pero ahora mismo está liada hablando con la policía.

—Pablo, por favor: dile que me llame. Tiene que saber que...

—Paula, ahora mismo no. Luego intento hablar con ella, ¿vale?

—Vale.

Paula decidió que lo mejor sería ir al ayuntamiento. Pasó por su despacho y puso al día a Clara. Después le preguntó si ella creía que había hecho bien en no ir a El Reguerillo.

—Yo qué voy a saber. Pero si me pides opinión, me parece que sí.

—¿Pudiste localizar a Ramón Pérez?

—Según la secretaria, parece que está. Pero reunido.

—Muy bien —dijo Paula, saliendo al pasillo y recorriendo los treinta metros que la separaban del despacho de Ramón Pérez.

Una vez allí, su secretaria le repitió que estaba reunido.

—Cuando acabe, si quiere, le digo que la llame.

—No, no hace falta —dijo Paula. Se sentó en el sofá del vestíbulo y sacó un libro de su bolso—. Lo espero aquí.

—Pero —dijo la secretaria— yo creo que no es necesario. En cuanto él termine...

—No se preocupe. No tengo nada que hacer el resto de la mañana.

Dicho esto, sacó su móvil y llamó a Clara. Le dijo que estaba al otro extremo del pasillo, en la oficina de Ramón Pérez y le pidió que suspendiera todas sus reuniones del día. Todo esto lo dijo con voz alta y clara, para que la secretaria pudiese oírlo. Se puso a leer y, con el rabllo del ojo, vio a la mujer escribiendo un email. Poco después de enviarlo, la puerta del despacho se abrió y salió Ramón a recibirla. Muy cordial, la hizo pasar. En el despacho no había nadie más.

—Pensé que estabas reunido —dijo Paula sin usar el asiento que Pérez le ofrecía.

—Una vídeo-conferencia. Lo que son los adelantos, ¿eh?

—Sí. A propósito, tú tienes cuenta de Twitter, ¿no?

—A mí esas cosas me las lleva un becario.

—Bueno, pues dile a tu becario que te informe de que me están diciendo de todo menos bonita por culpa de ustedes. ¿A qué ha venido eso de desalojar El Reguerillo?

—Espera, Paula, no te me sulfures. Yo te dije que iba a hacer todo lo posible, pero que dependíamos del servicio jurídico. Y al servicio jurídico se lo pasé, para que lo estudiara.

—Pues se deben de haber pasado la noche empollando.

Pérez se encogió de hombros.

—Y qué casualidad que haya sido hoy, ¿no? Con Ernesto en la isla de enfrente.

—Yo qué sé, Paula. Las cosas vienen como vienen.

—Ya. Cuando se trata de apalear al pobre.

—Bueno, bueno... Ya salió el populismo.

—Dime qué piensas hacer, qué piensas decir a la prensa. Tú o Ernesto.

—¿Nosotros? ¿Por qué tenemos que decir nada? Eso es una decisión que tomó la corporación anterior.

—Yo sí me mojé en el tema, Ramón.

—Nadie te mandó.

Paula guardó silencio. Luego, sencillamente, añadió:

—Entiendo.

Se fue del despacho sin decir adiós. Se encerró en su oficina (era la primera vez que Clara veía aquella puerta cerrada desde que había comenzado la legislatura) y, sentada al escritorio, se dedicó a vigilar las redes sociales en el ordenador mientras contestaba a las llamadas perdidas. Una de ellas era de Aday Vieitez, su compañero de filas en Las Palmas Avanza. Decidió comenzar por esa.

—Chiquilla, ¿cómo estás?

—Imagínate. ¿Viste la que se ha montado?

—Por eso te llamaba. Por eso y porque anoche tuve una llamada muy extraña.

—¿Quién te llamó?

—Ramón Pérez.

—¿Y eso?

—Ahí está lo raro: según él, no me llamaba para nada en particular. Me dijo que hacía tiempo que no hablábamos, me preguntó cómo me iba, qué tal todo en mi distrito. Hasta me preguntó por la familia. Muy amable. Muy simpático. Y me dio mala espina.

—Te tanteaba.

—Lo más probable. No le di importancia, la verdad. Pensaba comentártelo la próxima vez que nos viéramos, pero esta mañana, al ver la encerrona que te habían hecho, até cabos.

Paula también comenzaba a atarlos. Entendió cuál era la jugada: quitársela de encima, presionarla hasta hacerla dimitir y que acabara reemplazándola en el cargo Aday, a quien suponían más maleable. Pero ese tiro, al menos, lo habían errado: Aday no llegaría a los veintiocho años, pero tenía dos carreras y era perro viejo en intrigas políticas. De hecho, tenía más experiencia que ella en la militancia. Su aspecto de mosquita muerta había engañado a

aquellos dos sinvergüenzas.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Aday.

—Todavía no hay plan. Estoy pensando la jugada.

—Cuando la tengas pensada, avisa. Y mientras tanto, cuenta conmigo para lo que sea, Paula. A estos cabrones hay que ponérselo difícil.

—Eso pienso hacer. Por lo pronto, ¿tú podrías convocar una reunión urgente de Las Palmas Avanza?

—¿Asamblea?

—Asamblea general extraordinaria.

—Eso está hecho. ¿Para cuándo?

—Lo antes posible.

—Necesito al menos dos días. Pero me pongo ya con la cosa.

La siguiente llamada que Paula respondió era de un número que no tenía grabado en la agenda. Al otro lado de la línea, respondió África Ferrer.

—Ay África, lo siento, pero por ahora no pensaba hacer declaraciones.

—Lo entiendo. No la llamaba para pedirle declaraciones. Bueno, si usted me las quiere dar, yo encantada. Pero yo la llamé porque hay algo que creo que tendría que ver, sobre todo teniendo en cuenta lo que pasó esta mañana. ¿Hay alguna dirección de email que solo pueda ver usted, para mandárselo?

—Pues claro que sí. Anote.

Vela de armas

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

Mario Benedetti: Poemas del alma

Había costado, pero al fin, al terminar el día, ahí estaban frente a frente Carmen Nieves Álvarez y Paula Mederos, gracias a Pablo Maroto, que había organizado la reunión en el local de PLAT-ACCIÓN. Allí, en el pequeño despacho de Ricardo, hablaban las dos mujeres mientras Brito, Maroto y el propio Ricardo compartían un cortado. No era hora (ya habían dado las nueve), pero la alternativa era una cerveza que ninguno de ellos juzgó apropiada.

Sobre la mesa de reuniones, el ordenador portátil de Brito permanecía encendido y ellos hablaban sobre lo que habría de hacerse en el caso de El Reguerillo. Movilizar a la gente de PLAT-ACCIÓN era un buen plan. Sí, pero ¿para hacer exactamente qué? Por lo pronto, para plantarse en el barrio, para volver a ocupar los edificios, para impedir los derribos, que nadie sabía con precisión cuándo comenzarían, pero eran inminentes. ¿Y eso no traería un problema de orden público? Pues claro, pero no se puede preferir la injusticia al desorden, lo tenían más que hablado.

—Pero ahora Paula tiene un cargo público —dijo Brito—, y sigue siendo socia de la plataforma.

—¿Y qué? —dijo Ricardo.

—Que se le van a echar encima todos los que dicen que o ellos o el caos. Y en este caso, van a tener razón. Se va a jugar el puesto.

Sin que lo advirtieran, Paula y Carmen Nieves habían salido del despachito y habían podido oír las últimas frases.

—Pues me lo juego, qué se le va a hacer —dijo Paula.

—No, hay otras soluciones —dijo Brito, orientando hacia ella la pantalla del ordenador. Mostraba el PDF del Boletín Oficial correspondiente al pliego del concurso.

—Eso no va a servir de nada. Cosmos tiene dinero para pagar abogados durante años. Y mientras tanto seguirá construyendo —dijo Maroto.

Paula pensó un momento y luego dijo:

—No si conseguimos que esto se difunda lo suficiente como para que el ayuntamiento se ponga en evidencia si no retira las licencias.

—¿Y cómo lo vas a conseguir?

—Déjalo de mi cuenta. Y si quieren ir organizando alguna acción, denme un par de días. Quiero reunirme con Las Palmas Avanza y ver si cuento con el apoyo de todos.

Paula acompañó hasta la puerta a Carmen Nieves. Después volvió a la mesa de reuniones.

Le preguntaron cómo había ido la charla.

—Bien, dentro de lo que cabe —respondió Paula sirviéndose lo que quedaba de la cafetera—. Por lo menos, ha entendido que estoy del lado de ellos, que me la jugaron. Por supuesto, a ellos les da lo mismo que yo estuviera en el ajo o no: van a dormir fuera de casa igualmente. Ahora lo que toca es ver cómo le devolvemos la puñalada a los cabrones estos. ¿Estaban hablando de liarla en El Reguerillo?

—Sí, pero yo no sé si conviene —dijo Brito.

—Yo creo que sí —opinó Ricardo.

—Yo propongo que le demos a Paula ese par de días de margen —dijo Maroto—. Y mientras tanto, que movamos las redes sociales. Hoy se cebaron con Paula. Organicemos mañana un contraataque.

Paula, que no se había sentado, no tuvo que dar las gracias en voz alta. Simplemente, apretó con una mano el hombro de Pablo Maroto.

Aquella noche, Paula y Ricardo volvieron a casa sobre las diez, pero no se acostaron pronto. Permanecieron hablando sobre lo que había ocurrido hasta medianoche. Luego hicieron el amor, con un ansia que parecía querer derramar su frustración sobre las sábanas. Y después, desnudos y agotados, volvieron a hablar sobre todo aquello. Hacia las dos de la madrugada, Ricardo decidió que no les iban a pasar por encima, que iban a plantear batalla. Ella, él y los suyos, que eran muchos y que representaban a toda la gente honrada de esa maldita ciudad.

—A partir de mañana vamos a luchar.

—A lo mejor ya estoy cansada de luchar, Ricardo.

—Ni de coña. Casi no hemos empezado. A partir de mañana vamos a ser como los caballeros andantes —repuso él, fingiendo que empuñaba una espada, intentando que ella sonriese. Lo consiguió a la tercera estocada.

—Entonces, hoy es como si estuviéramos velando las armas.

—Exacto. Y ahora, deberías dormir. Mañana vas a tener un día muy largo.

Legión de ángeles

Todo lo que escribiera debería sumergirse en el nuevo proceso, y serle útil, contribuir a su avance. Una vez más, el periodismo era aquí el arma adecuada.

Rodolfo Walsh: *El violento oficio de escribir*

A primera hora de la mañana, Julio Fuentes recibió una llamada de Simón Calero. Sorprendido, escuchó su oferta. Pero tras colgar el teléfono, sintió que algo no andaba bien. Por eso fue a la oficina de Miriam, que acababa de llegar y aún no tenía usuarios.

Cuando se sentó ante ella y le dijo que tenía que consultarle algo, ella intentó disimular su sorpresa y le preguntó de qué se trataba.

—¿Sabes quién acaba de llamarme al móvil?

—Ni idea.

—El mismísimo Simón Calero.

—¡Vaya!

—La verdad, no sé cómo diantre consiguió mi número.

—¿Y qué quería?

—Hacernos un regalo. Una donación.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente como para no necesitar otra hasta diciembre.

—Demasiado. ¿A cambio de qué?

—Aparentemente, de nada. Dijo que se había enterado por la prensa de que el ayuntamiento recortaría la subvención y que le llegó al alma.

—Ahí está. Van a por Paula Mederos. Después de lo que pasó ayer con El Reguerillo, ahora la van atacar por ahí. Imagina el titular: «Cosmos hace lo que no hace el ayuntamiento. Calero, benefactor de la Casa de Todos». Y una gran foto de Calero dándote un cheque.

Julio Fuentes asintió varias veces antes de decir:

—Una manzana envenenada, ¿verdad?

—Y podrida.

—Eso sí que sería tomar treinta denarios de plata. Precio de sangre.

—Tú lo has dicho. ¿Qué vas a hacer?

El cura se levantó, dio un gran suspiro y dijo:

—Por lo pronto, darle un telefonazo a Paula para avisarla de lo que ha intentado este hombre —Miriam dio una palmada de satisfacción: ese era el Julio que ella conocía, el justo, el que contaba con los demás. Nada que ver con el de las últimas semanas, obcecado por la obtención de recursos y ciego a su procedencia—. Luego, hacer cuentas, a ver de dónde podemos sacar el dinero. Porque si la concejalía lo va a invertir en el plan de intervención, habrá que ver de dónde sale. Pero por lo pronto, a Calero le dije que sí, que haga el anuncio.

—¿Y eso?

Julio mostró una expresión traviesa:

—Porque me lo voy a pasar muy bien desmintiéndole. Es un pecadito que voy a tener que confesar, pero qué carajo, a veces hay pecados que vale la pena cometer.

Miriam le mostró una sonrisa.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con lo que va a hacer Mederos?

—Bueno, muy de acuerdo, no. Por lo pronto, la redistribución de presupuestos que me comentó nos crea un problemón. Pero puede que a la larga sea bueno para todos. La cuestión es de dónde conseguir fondos para este año.

—Podemos organizar una campaña de recaudación de donativos. Yo te puedo ayudar en eso en los ratos libres. Y si te ves apurado para pagarme en alguna ocasión, yo puedo aguantar un poco. Tengo ahorrado para tirar un mes o dos.

—Con eso contaba —dijo Fuentes, riéndose.

—Ya lo decía mi padre, que no hay que fiarse de los curas —repuso Miriam, riéndose también.

—Pero no te preocupes mucho. Tengo un arma secreta —le dijo guiñándole un ojo antes de irse.

Cuando Julio salió de la oficina, Miriam se alegró de haberlo defendido en las discusiones con Boro. Y lamentó los roces que habían tenido en los últimos tiempos.

Miriam aún no lo sabía, pero el cambio de actitud de Julio estaba relacionado con la discusión que había tenido con Brito. Esta se había prolongado más allá de mediodía, del almuerzo ligero que habían pedido en una terraza, de la copa de licor de hierbas que habían pedido después. A media tarde, tras mucho discutir, Brito había acabado diciéndole, con voz gangosa pero con una lucidez impropia en la mirada: «Hermano: nunca vamos a tener una oportunidad como esta. Toca que arrimemos todos el hombro y hagamos fuerza, o si no, vamos a seguir teniendo lo de siempre por los siglos de los siglos: una política social improvisada cada vez que llegue alguien nuevo. Si ahora nos ponemos las pilas, mañana podemos ser como una especie de legión de ángeles. ¿Te gusta la expresión? Claro que te gusta. Una legión de ángeles que trabaje coordinada y junta. Y por el problema de gestionar la casa mientras tanto, no te preocupes: no estás solo». Esa era el arma secreta con la que contaba Julio: que no estaba solo.

Ahora recordaba esas palabras de Brito mientras buscaba en su móvil el número personal de Paula Mederos.

—Seguro que de alguna rueda de prensa. O nos habremos cruzado por ahí; la ciudad no es tan grande —dijo África Ferrer la segunda vez que Ramón Pérez insistió en que su cara le sonaba, en que seguro que la conocía de algo.

—Debe de ser eso —dijo el concejal, aunque sin tenerlas todas consigo.

Por lo demás, la entrevista ya estaba a punto de finalizar y África insistió en que quedaran claras las declaraciones que Pérez le había hecho.

—Entonces, por puntualizar: ¿afirma usted que poco pueden hacer con la situación de El Reguerillo?

—Como le dije, tenemos las manos atadas. Y es una lástima que la corporación anterior gobernara teniendo en cuenta más el interés de una empresa privada que el bien común. Pero

intentar dar marcha atrás a ese proceso supondría un gasto legal que la institución no puede permitirse. Así que la opción más sensata es minimizar el impacto de esa actuación y procurar que sea lo más beneficiosa posible para la ciudad. Al fin y al cabo, en el futuro, podría servir para revitalizar comercialmente la zona y proporcionar puestos de trabajo. Eso, en el contexto actual, no podemos olvidarlo.

—¿Y no intentó solucionar las cosas antes del desalojo? Me refiero a si no se entrevistó con Simón Calero para intentar convencerle de que diera marcha atrás.

—En ningún momento. Con esa persona que usted dice no he tenido nunca contacto personal. Aunque la conversación se estaba grabando, África anotó palabra por palabra esta última frase y la subrayó, mientras pensaba: «Ya te tengo donde quería, cabrón».

Cuando salió del despacho de Pérez (este aún insistió una vez más en que la conocía de algo, en que su hocico le sonaba, en que caras como la suya no se olvidan), la periodista reprimió la tentación de irse directamente al de Paula Mederos. Se conformó con enviarle un mensaje que decía: «R. P. niega verse con S. C. En un par de horas publico entrevista».

Tomó la guagua para volver a la redacción pensando que podría salpicar las declaraciones de Pérez con algunas frases de la nota de prensa que había enviado Alcaldía esa misma mañana. En ella se hablaba más o menos en los mismos términos: el desalojo y derribo de El Reguerillo era inevitable; la corporación anterior es el mismísimo Diablo; esperemos que, dentro de lo malo, al menos se generen puestos de trabajo; a ese señor no lo conocemos de nada. También escribiría hacia el final del artículo un parrafito, dando cuenta de las irregularidades en el concurso de concesión y aclarando que, forzosamente, Villegas y Pérez tenían que conocerlas. La ventaja del digital era que podría incluir un enlace al Boletín Oficial.

El artículo le iba a quedar fantástico y comenzaría a difundirse en la versión digital de *El Periódico* a eso del mediodía. Cuando por la tarde comenzaran a divulgarse en internet las fotos de Pérez comiendo con Calero, ella tendría la excusa perfecta para escribir, sobre la marcha, un artículo confrontando ambas cosas. Ni siquiera tendría que proponerlo: Talavera, en cuanto viese lo que se cocía en las redes, le ordenaría hacerlo. Ese artículo, que tenía ya a medio escribir, supondría un escarnio público para Pérez, acaso su muerte pública. Pero África no se engañaba. Seguro que su partido se limitaría a ponerlo en segunda fila, en algún rincón en el que no molestara. Y lo sustituiría otro u otra con la misma falta de escrúpulos. Sin embargo, no todos los días se tiene la satisfacción de contribuir a ganar una batalla en la guerra contra la ignominia.

Así que pensó que podría irse preparando para celebrarlo y le envió un mensaje a Marcos: «No hagas planes para sta noche. T invito a cenar».

Realpolitik

Los guerreros superiores atacan mientras los enemigos están proyectando sus planes. Luego deshacen sus alianzas.

Tsun Zu: *El arte de la guerra*

Cuando la asamblea de Las Palmas Avanza concluyó, cuando casi todos hubieron abandonado el salón de actos del colegio donde había tenido lugar, cuando ya solo quedaron Paula, Ricardo y Aday Vieitez, este último se acercó a la pareja con el teléfono móvil en la mano.

—Mejor no habría podido salir, ¿verdad?

Ambos asintieron. Paula había salido fortalecida tras el debate. Muy pocos se habían opuesto a su postura, que era también la de Aday y otros candidatos. Y los que en un principio se habían mostrado reacios, habían mostrado su acuerdo tras ser informados de los detalles del asunto.

Pero Aday, que en el último rato se había dedicado a mirar algo en su teléfono, traía noticias aun mejores.

—Mira la edición digital de *El Periódico*.

Paula y Ricardo se sentaron al borde del pequeño escenario y Ricardo buscó en su tableta digital la página web de *El Periódico*. Inmediatamente, entendieron a qué se refería Vieitez. Allí estaba la entrevista a Ramón Pérez. Pero también otro artículo incluyendo las fotos que «fuentes anónimas» habían enviado a la redacción. Inmediatamente, Ricardo buscó otros periódicos digitales de la isla. Casi todos reproducían aquellas fotos, vinculándolas con el asunto de El Reguerillo.

En algunos de estos periódicos se recogía también una noticia de agencia, que informaba de la decisión de la Obra Social del Grupo Cosmos de patrocinar con una considerable cantidad anual a la Casa de Todos, que «vive en la actualidad duros momentos por causa de la desidia municipal».

Paula, por su parte, miró su teléfono móvil. Tenía seis llamadas perdidas. Todas realizadas desde el teléfono personal de Ernesto Villegas. Les mostró el registro y tanto Aday como Ricardo abrieron mucho los ojos.

—Esto marcha —dijo Ricardo.

Al ver que Paula se guardaba el móvil, Aday le preguntó:

—¿No le vas a devolver la llamada?

—Ni de coña. Que se cueza en su propio jugo hasta mañana.

Esa misma noche, Las Palmas Avanza hizo llegar a todos los medios y agencias una nota de prensa informando de que, vista la actuación de la corporación municipal en el asunto de El Reguerillo, absolutamente incompatible con el programa que se había comprometido a ejecutar durante la campaña electoral, y tras debatirlo en asamblea general extraordinaria, esa agrupación de

electores revisaría los términos del acuerdo tripartito en el ayuntamiento de la capital.

A las nueve y media de la mañana del día siguiente, el alcalde, Ernesto Villegas, y el primer teniente de alcalde y concejal de Urbanismo, Ramón Pérez, tuvieron una reunión en el despacho del primero. A las diez en punto, el segundo salió de ese despacho, dando un portazo.

A las diez y cinco, Clara entró en la oficina de Paula Mederos.

—Dice el alcalde que si puedes acercarte un momento.

Paula alzó la cabeza por encima de la pantalla de su ordenador, mostró una sonrisa y le dijo que iría en cinco minutos.

Luego continuó leyendo las declaraciones de Julio Fuentes a una agencia de noticias. Concretamente, releía con fruición un determinado párrafo, que decía: «La Casa de Todos no necesita del dinero de magnates que intentan comprar una buena imagen que no se merecen. Simón Calero, por medio de sus empresas, explota, echa a las personas de sus hogares y hace negocio con aquello que es de todos. Las personas que vienen a la Casa de Todos serán pobres, pero gracias a Dios, aún conservan la suficiente dignidad como para no tener que aceptar dinero corrompido. Por suerte, contamos con toda la ayuda del área de Asuntos Sociales del ayuntamiento y, en caso necesario, con el apoyo del resto de ONG de la isla».

Cuando entró en el despacho del alcalde, este la esperaba tras su escritorio. Ninguno de ellos se molestó en disimular: Villegas estaba molesto y ella muy satisfecha. No obstante, ambos se contuvieron.

—Siéntate, por favor, Paula.

Paula tomó asiento frente a la mesa.

—Pepe Luján está convocando una comparecencia para las doce, en las Casas Consistoriales —dijo el primer edil.

Ernesto Villegas hizo una pausa teatral. La prolongó todo lo que pudo, pero Paula Mederos no le dio el placer de escucharla preguntar por el contenido de la comparecencia, así que al fin, dijo:

—Voy a anunciar que Ramón Pérez me ha presentado su dimisión como teniente de alcalde y concejal de Vivienda. Diré que la acepto. La siguiente en la lista del partido de Ramón es Consuelo Martín. ¿Te llevas bien con ella?

—Es una mujer seria.

—Supongo que en tu idioma eso quiere decir que sí. En esa comparecencia, para que no se asocien las dos cosas, no lo voy a anunciar, pero dentro de un momento me reúno con los servicios legales para ver cómo podemos impugnar el concurso de adjudicación de El Reguerillo y paralizar el derribo. Dar marcha atrás con todo eso, vamos. ¿Estás contenta?

—¿Cuándo podrán volver las familias a El Reguerillo?

—Espero que lo antes posible. En cuanto se pueda, lo anuncio.

Paula negó lentamente con la cabeza.

—¿Cómo que no? —preguntó Villegas.

—A quien pusieron en evidencia fue a mí. Creo que lo justo es que sea yo quien lo anuncie.

—¿Con nota de prensa o con comparecencia?

—Con una comparecencia. Y estaría bien que asistieran Consuelo y tú. Eso contribuiría a dar una imagen de unidad. ¿No te parece?

—De acuerdo. Para ti la perra gorda. ¿Algo más? ¿La remunicipalización de servicios, por ejemplo?

Paula rio ante este último sarcasmo.

—Todo se andará. Ya hablaremos de eso cuando vayan cumpliéndose las concesiones y no nos salga por un pico. Pero hablando de presupuestos, podrías pensarte lo del presupuesto de Asuntos Sociales. Una reducción de la reducción. Un diez por ciento no va a arruinar a nadie.

Villegas meditó unos instantes.

—Habría que hacer cálculos. Te prometo intentarlo. No puedo hacer más.

—Con que lo intentes me basta.

—¿Vendrás luego a las Casas Consistoriales?

—Por supuesto. ¿Y Ramón? ¿No va a ir?

—Ramón va a estar alejado de la vida pública durante unos días. Creo que se va a Fuerteventura. Tiene casa allí. Le gusta ir a pescar. Volverá cuando todo se haya olvidado. Porque todo se olvida, ¿sabes? Con lo rápido que va el mundo, pasado mañana ya nadie se va a acordar de todo esto de las fotos y de El Reguerillo. En fin, creo que con esto llegamos a un acuerdo, ¿no? ¿Podremos volver a trabajar en equipo?

—Siempre que sea en equipo de verdad, claro que sí. Lo que no aguantaré es que me vuelvan a hacer la cama, Ernesto.

—Eso, Ramón. Yo ahí no tuve nada que ver.

Paula lo estudió con la mirada y decidió jugársela:

—¿Tú te crees que yo no sé que Calero habló contigo como habló con Ramón?

Ernesto Villegas vio el órdago y subió la apuesta, diciendo con ironía:

—¿Ah, sí? ¿Tienes fotos de eso también?

—Yo no. Pero sé quién las tiene.

Se sostuvieron la mirada en silencio durante unos segundos. Luego el alcalde desvió la suya hacia el escritorio y enrojeció ligeramente.

—No soy hombre que responda bien a los chantajes, Paula. Podemos entendernos, pero déjate de esas mierdas.

—Pues entendámonos. —Paula se echó hacia delante en el asiento y se apoyó sobre la mesa—. Teníamos un acuerdo, un proyecto. Limpiar este ayuntamiento, toda esta puta ciudad, de malas mañas. Que volviera la política de verdad, con mayúsculas, y no esos trapicheos que se hacen para tener contentos a los poderosos de siempre. Gobernar para la ciudadanía. Con la ciudadanía. Llevemos adelante ese acuerdo. Cero corrupción. Cero egoísmos. Tu proyecto no es exactamente el mío, pero podemos trabajar juntos, si nos lo montamos bien. ¿Qué me dices?

—Qué te voy a decir. Me parece cojonudo —dijo Ernesto Villegas. Sin embargo, luego se cruzó minuciosamente los dedos de ambas manos y añadió—: Pero escúchame bien: esta vez te salió bien la jugada, pero esto no siempre es tan fácil ni tan rápido. En menos de quince días en el cargo, ya has jugado la mejor carta que tienes: la de la gobernabilidad. Y es una carta que no puedes jugar dos veces, porque la próxima vez que Las Palmas Avanza haga un anuncio como el de hoy, la gente que les votó va a comenzar a pensar que son unos irresponsables, unos jipis. Por supuesto, yo también tendría mucho que perder, pero mi partido tiene una base

sólida, lleva décadas en esto y tiene una organización que le permitiría sobrevivir a cien problemas como ese. Ustedes no. Así que, a partir de ahora, vamos a hacer como dices y todo irá bien. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Paula se levantaba para irse cuando Villegas, con gesto más relajado, le señaló la pantalla de su ordenador.

—¿Viste las declaraciones de Julio Fuentes?

—Dejan bien al ayuntamiento, ¿no?

—A Asuntos Sociales.

—Que pertenece al ayuntamiento.

—Bueno, como sea. Pero el Simón Calero debe de tener un cabreo del carajo.

—A Simón Calero que le frían un huevo.

El Secundino III

- Y así fue la cosa, Boro. Como en una película de mafiosos.
- Muy bien, Paulita. Ya cogiste todas las malas mañas de la *Realpolitik*: mentirosa, extorsionadora, manipuladora de la opinión pública.
- Pero fue por una buena causa.
- Eso dicen todos: «El fin justifica los medios». Pero los medios condicionan el fin, amiga mía.
- Eres el espíritu de la contradicción, Boro. A ver si ahora me los vas a defender y todo.
- No, qué carajo los voy a defender. Pero fíjate que fuiste más ladina que ellos.
- No me quedó otro remedio. Y fue solo por esta vez.
- No. Habrá otras veces. Intentarán volver a jugártela. Estos y los que vengan. Porque, aunque estos se acabaran, vendrían otros. Siempre hay un Villegas, un Ramón Pérez, un Simón Calero. Te lo dije cuando me dijiste que te ibas a presentar y te lo vuelvo a decir ahora: salte de ahí. Tu sitio no está en una concejalía, sino en la calle.
- No me jodas, Boro: puedo hacer cosas buenas.
- Sí. Pero ¿a costa de qué? Un día te vas a mirar al espejo y no te vas a reconocer. Ya no serás la Paula que se unía a sus hermanos para hacer cosas buenas por los demás, sino una tía que está tan dentro del sistema que ni se acuerda de por quién lucha.
- Joder, Boro, eres un triste.
- Y tú una ingenua. Pero te dejo que me invites al último botellín.
- ¿El último?
- Sí, mañana madrugo.
- ¿Te pusieron clases los jueves?
- No. Es que quedé con Julio Fuentes.
- ¿Tú, con Julio?
- Sí. ¿Qué pasa? Voy a echarle una mano. ¿No puedo o qué?
- Pues claro que sí. Pero ¿cómo ha sido eso?
- La Miriam, que se empeñó.
- Ay, que te tiene pilladito.
- Bueno, ¿te invitas el botellín o qué?

Estrecha colaboración

El estado del humano
en el sepultado estado
en que está cualquier Estado
está en deplorable estado.

Roberto Matta: *Discurso sobre los derechos humanos*

«Solo en estrecha colaboración con la sociedad civil podremos salir adelante en la presente coyuntura. Pero es más: debemos pensar en el futuro. En que el día de mañana nuestra ciudad esté lo suficientemente preparada para ocuparse de los suyos cuando estos la necesiten». Esta fue solo una parte del extenso discurso que el alcalde Ernesto Villegas pronunció tres semanas más tarde, en la presentación del Plan de Intervención Social de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

Villegas habló extensamente sobre la labor que realizan las ONG, la figura del voluntariado, la importancia de dotar de **infraestructuras adecuadas** y de medios que permitiesen la progresiva **profesionalización** de algunos de sus integrantes, de cómo los poderes públicos no podían dar la espalda a esa realidad.

Al acto, que tuvo lugar en las casas consistoriales, asistieron representantes de prácticamente todas las organizaciones del tercer sector. Entre los periodistas que lo cubrían estaba África Ferrer. Sentada junto a Villegas, Paula Mederos la buscó con la mirada en medio de las palabras del alcalde y, sin que nadie llegara a percatarse, ambas mujeres intercambiaron un guiño.

Para entonces, las familias de El Chorrillo habían regresado a sus casas hacía ya dos semanas y el ayuntamiento había iniciado una demanda por prevaricación y trato de favor contra los responsables de la anterior corporación. El asunto, no obstante, ya había salido de las portadas, y solo en algunos medios, aparecía de cuando en cuando alguna columna, dando cuenta del proceso judicial, que se preveía largo y tedioso.

Lo que sí dio para un reportaje fue el anuncio de la Casa de Todos de su ampliación, con un nuevo centro de día en el barrio de Jinámar. Lo elaboró África Ferrer para *El Periódico* y apareció dos días después de la presentación del plan. Clara estaba terminando de leerlo cuando Paula salió del despacho para asistir a una reunión. Le mostró el periódico y le dijo:

—Me parece que estás a punto de ganarte una votante.

Bajó al aparcamiento y cogió el coche. En el primer semáforo, había un hombre flaco, con ojos apagados y piel del color de la ceniza. El hombre portaba un cartel toscamente dibujado en un cartón y lo exhibía aprovechando que el disco estaba en rojo. El cartel decía: «Parado de 48 años. Tres hijos. Una ayuda para comer, por favor». Paula, pensando en los contenidos de la reunión a la que se dirigía, apenas se percató de su presencia. El semáforo cambió a

verde y el Ibiza pasó junto a él, casi rozándole.

ÍNDICE QUE TE AYUDA A LOCALIZAR CONCEPTOS CLAVE

15M 12, 24

Abaratamiento del papel 108

Acampada en plazas 11

Acceso al poder 77

Acción colectiva 78

Acción violenta 72

Agrupación de intereses 78

Alfabetización 108

Alteración del orden 75

Apoyo económico 54

Asamblea 11

Asociaciones y colectivos 47

Asociacionismo 39, 54

Aumento de las tiradas 108

Ayuda 39

Barricada 11

Base social 122

Bien común 54

Bien público 53

Bouaziz, Mohamed 24

Caja de resistencia 25

Cambio social 56

Camus, Albert 72

Caridad 89

Casa hogar 38

Compromiso ciudadano 122

Conflicto colectivo 56

Control social 74

Crisis 25

Culpables de la crisis 25

Democracia 124

Derecho a la huelga 76

Derechos de reunión y de asociación 76

Desahucio 17, 20, 21

Desobediencia pacífica 25

Difusión de las ideas 108

Dimensiones de la sociedad 79

Dinero 42

Diversidad personas ONG 104

Email 128, 131

Emergencia social 97

Empoderamiento 25

Empresa 42

Espacio público 124

Estado 53, 73

Estado del bienestar 26, 53
Estado-Nación 72
Estafa 25
Explotador 42
Financiación ONG 89
Flyer 40
Formas de la protesta 79
Grado de violencia de la acción colectiva 77
Gremio 78
Guerra 73
Guerra de la Independencia 72
Hashtags 125
Hessel, Stéphane 24
Historia de la opresión y la injusticia 78
Horizontalidad jerárquica 26
Huelga 74
Indignación 24
Infraestructuras adecuadas ONG 153
Injusticia 72
Instrumentos del Estado 77
Insumisión fiscal 75
Internet 24
Intranet 40
Invisibilización de la pobreza 92
Juego al sistema 92
Junta directiva 122
Lanzamiento 81
Ley 74
Liberar 99
Manifestación 74
Mantenimiento del orden 72
Mecanismos de opresión 79
Medios de comunicación 26
Medios impresos 108
Mercado 53
Motín 11
Móvil 26
Negociación colectiva 76
No lucrativo, tercer sector 53
Nuevas tecnologías 97
Octavilla 40

ONG 47, 53, 122

Ordenador 40
Órgano de gobierno 54
Página web 40
Pelotazo 42
Penetración del Estado en la sociedad 73
Periódico popular del XIX 108
Petición masiva 74
Plataformas 47
Plazas de los países árabes 24
Poder carismático 91

Poder ciudadano 76
Poder público 54
Policías y cuerpos de seguridad 73
Política 97
Portátil 40
Privado, tercer sector 53
Problemas de comunicación ONG 97
Profesionalización personal ONG 153
Protesta 25
Provisión de alimentos 73
Rebelión 72
Rebelión de esclavos 72
Recaudación de impuestos 73
Reconocimiento estatal de la acción colectiva 76
Red social 13
Regulación relaciones entre grupos sociales 72
Repertorio de formas de protesta 77
Representante ONG 122
Reunión ONG 97

Revolución 12, 72
Revolución burguesa 108
Revolución Francesa 72
Revolución Inglesa 72
Revuelta 72
Sampedro, José Luis 24
Sentada 25
Sistema 14
Sociedad civil 53
Sociedad justa 14
Socios 122

Solidaridad 25, 89
Subvención 100

Tercer sector 48, 53
Thoreau, Henry David 75
Tiempo libre 38
Trabajo 39
Twitter 125
Usuarios de las ONG 37
Utopía 27
Vanguardia 56
Violencia 12

Voluntario 38, 39, 56, 92
Votación masiva en plataformas web 26
Whatsapp 26

ÍNDICE QUE TE AYUDA A APRENDER

El siguiente índice es un resumen sintético de los contenidos teóricos que aparecen ilustrados y/o explicados a lo largo de la novelette. Si seguimos cualquiera de las páginas indicadas, llegaremos a un punto del texto donde se desarrolla el tema al que se hace referencia, ya sea mediante la inclusión del propio término literal o a través de conceptos que explican dicho tema.

La acción pública colectiva

1) Democracia y acción colectiva 11, 77

- a) **Sistemas democráticos a lo largo de la historia:** acceso al poder político e instrumentos para solucionar problemas sociales. 77
- b) **Límites de la acción estatal:** ¿el Estado es capaz él solo de solucionarlo todo? ¿Basta con el derecho a voto? 77
- c) **Sociedad civil:** organización de ciudadanos bajo agrupaciones jurídicas para defender sus intereses. 77
- d) **Derecho de asociación en democracia:** necesario para que se constituya una sociedad civil. 11

2) Características de la acción colectiva 12, 72, 74, 78

- a) **Características generales:** confrontación y diversidad. 12
- b) **Desafío colectivo:** obstrucción actividad social, alteración orden. 74
- c) **Objetivo común:** justifica riesgos. 12
- d) **Solidaridad e identidad colectiva:** frente a sensación de peligro, pérdida de libertad o injusticia. 72
- e) **Mantenimiento del desafío:** “acción colectiva” antes del derecho de asociación. 78
- f) **Nuevas oportunidades políticas para todos:** como resultado de la acción colectiva de determinados grupos. 78

3) Repertorios de la acción colectiva 11, 13, 13, 24, 25, 26, 72, 74, 78, 79, 81, 123, 125

- a) **Características de los repertorios de la acción colectiva 78, 79**
 - **Prototipo de motín:** a partir de conflictos pasados. 78
 - **Repertorio general de acción colectiva:** esquemas de protesta compartidos. 79
 - **Cambio social:** modifican las futuras oportunidades sociales. 79
- b) **Repertorio tradicional (hasta s. XVIII). 11, 72**
 - **Características:** acción violenta, directa, breve, específica y local. 11, 72
 - **Conflictos:** demanda pan, creencias religiosas, reivindicación tierra y muerte injusta. 11
- c) **Nuevo repertorio (s. XVIII-XX):** boicot (EE.UU), petición masiva (Inglaterra) y barricadas (Francia). 11, 74
- d) **Repertorio en las redes sociales digitales (s. XXI) 11, 13, 13, 24, 25, 26, 81, 123, 125**
 - **Irrupción de los nuevos movimientos sociales:** p.ej, movimiento 15-M. 13, 24, 123
 - **Características de los nuevos movimientos sociales:** 25, 26, 81
 - **Organización:** estructuras ágiles, diversas y horizontales. 26
 - **Finalidad:** denuncia directa de los culpables de la crisis. 25
 - **Acción pública:** veloz capacidad de movilización. 81
 - **Repertorios:** 11, 13, 125
 - **Potente ciberactivismo** (teléfonos móviles). 13, 125
 - **Fuerte y continúa presencia en internet** (blogs). 13
 - **Acciones públicas colectivas en la calle** (ocupación de plazas). 11

4) Medios impresos y acción colectiva 108

- a) **Aparición medios impresos (s. XVIII y XIX):** alfabetización, descenso precio papel. 107
- b) **Difusión problemas sociales y sentimiento colectividad:** diarios populares, panfletos, cafés, salones, clubes de lectura. 108
- c) **Retroalimentación prensa-movimientos sociales:** la prensa hace circular la idea del movimiento y a la vez el movimiento expande el mercado de los medios. 108

5) Asociaciones y acción colectiva 78

- a) **Antes del nuevo repertorio de acción colectiva:** organizaciones corporativas y comunales, defensa de privilegios. 78
- b) **Después del nuevo repertorio de la acción colectiva:** asociaciones de un número más grande y diverso de personas. 78

6) Estado y acción colectiva 11, 14, 13, 72, 72, 74, 76, 77, 92

- a) **Aparición y funciones del Estado-Nación:** s. XVIII-XIX, mantenimiento orden y regulación grupos sociales. 72
- b) **Penetración del Estado en la sociedad:** a través de la guerra, impuestos y provisión de alimentos. 73
- c) **El Estado se convierte en el objetivo común:** amortiguar su poder controlador, pero a la vez trampolín para impulsar reclamaciones. 11, 14, 72, 74
- d) **Disminución del grado de violencia de la acción colectiva:** 11, 13, 76, 77, 92
 - **Represión sutil del Estado:** urnas en lugar de barricadas. 76
 - **Herramientas del Estado para garantizar el control social:** ley, policía y negociación colectiva. 11, 76
 - **Integración del repertorio de la acción colectiva en la política:** de la insurrección a la huelga, la manifestación y los grupos de presión. 76
 - **Arma de doble filo:** más oportunidades institucionalizadas de protesta, menos indignación y radicalidad. 13, 77, 92

La gestión del conflicto en el tercer sector

7) ¿Qué se entiende por organizaciones del tercer sector? 53, 54

- a) **Sinónimos:** tercer sector, economía social, sociedad civil, sector voluntario, sector independiente, tercer sistema, tercera dimensión, iniciativa social... 53
- b) **¿Qué no es este sector?** 53, 54
 - **Dos negaciones:** no gubernamental, no lucrativo. 53, 54
 - **Pluralismo del bienestar:** provisto por el estado, el mercado y el sector asociativo. 53
- c) **Una definición amplia:** el tercer sector está formado por organizaciones de carácter privado y no lucrativo, constituidas formalmente, que persiguen fines de carácter público, y que cuentan con voluntarios. 53, 54

8) Características de las organizaciones del tercer sector 47, 56, 90, 97, 98

- a) **Según los ámbitos de actuación:** comunitario, social, cultural, cooperación internacional, ambiental. 47, 98
- b) **Según las consecuencias de sus actuaciones:** cambio social, cohesión social, detección de problemas o necesidades, acercamiento de las políticas sociales a la gente, innovación democrática, participación ciudadana, colaboración en políticas públicas. 47, 56, 90, 97

9) Puntos fuertes y débiles de las organizaciones del tercer sector 40, 42, 45, 89, 90, 91, 97, 99

- a) **En los órganos de gobierno y de participación** 91, 97
- b) **En el equipo de trabajo** 90
- c) **En relación con los recursos económicos** 42, 89, 99
- d) **En relación con la comunicación** 45, 97
- e) **En relación con las nuevas tecnologías y la modernización** 40, 97

El tercer sector y sus lógicas de funcionamiento

10) Personas 92, 104

- a) **El “alma” del tercer sector:** las personas son los actores. 92
- b) **Diversidad de personas:** punto débil (compleja gestión de la diversidad), pero fortaleza (representa muchas de las caras de nuestra sociedad). 104

11) Colectivos de usuarios 37

a) **Personas destinatarias:** adicciones, mujeres, gente mayor, infancia, juventud, personas discapacitadas, personas inmigradas, cuarto mundo, salud. [37](#)

12) Personas remuneradas y voluntariado [38](#), [39](#), [99](#), [153](#)

a) **Definiciones:** [38](#), [39](#)

- **Personas remuneradas:** profesionales de los equipos técnicos de las entidades. [39](#)

- **Voluntariado:** personas que de forma altruista ponen su tiempo y experiencia al servicio de las entidades. [38](#), [39](#)

b) **Tendencia hacia la profesionalización:** más recursos económicos, más complejidad problemas sociales. [99](#)

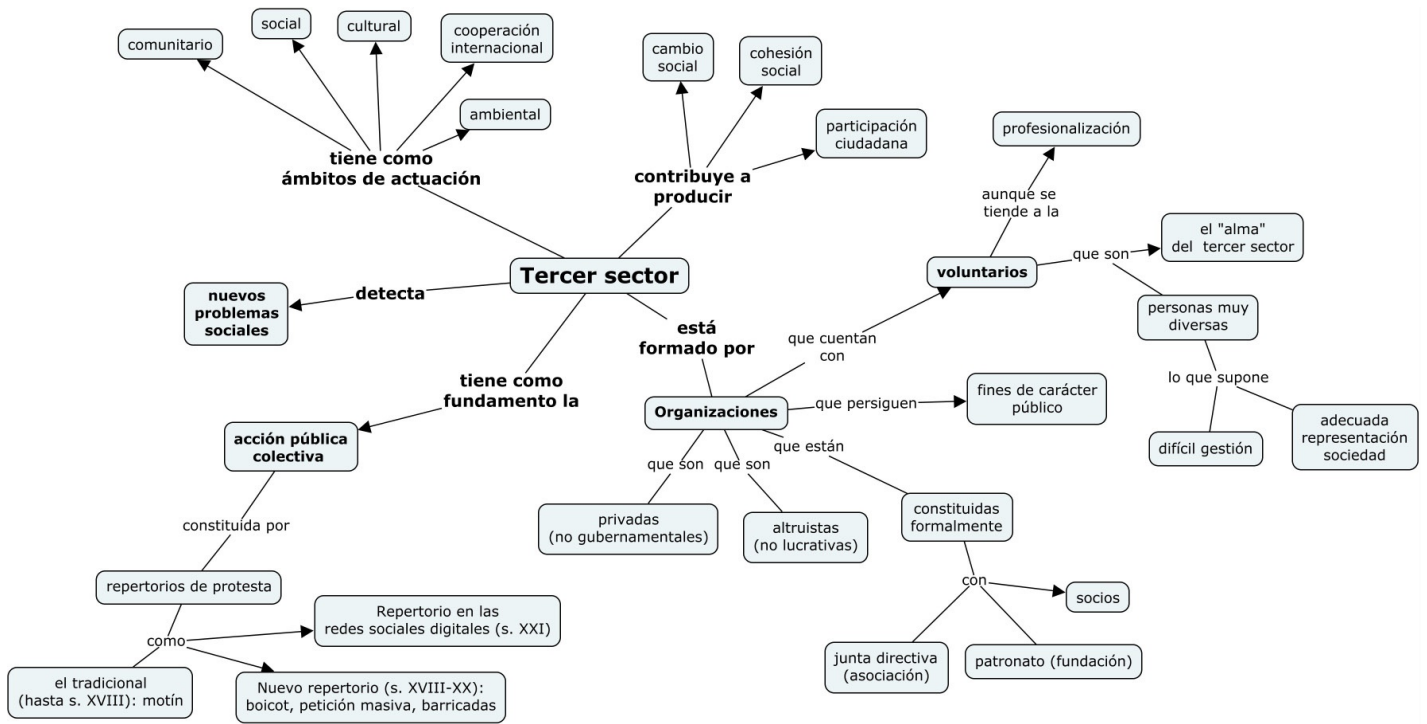
c) **Doble reto:** gestión personas (plan de acogida, formación) y propiciar que sean embajadoras de causas. [153](#)

13) Otros grupos de personas [122](#)

a) **Órganos de gobierno:** Junta Directiva (Asociación), patronato (Fundación). [122](#)

b) **Socios:** lo que da sentido a toda ONG, compromiso ciudadano para transformar la realidad. [122](#)

ESQUEMA GENERAL



NOVELAS, PELÍCULAS Y DOCUMENTALES PARA DIVERTIRSE APRENDIENDO

Novelas

Aldous Huxley. *Un mundo feliz*. Editorial DEBOLSILLO, 2014.

George Orwell. *Rebelión en la granja*. Editorial DEBOLSILLO, 2013. [Disponible en Google Libros](#)

Jack London. *Tiempos malditos*. Ediciones 29, 1993.

Robert Margerit. *¡A las armas ciudadanos! (La Revolución I)*. Editorial Edhasa, 2005.

Jonathan Franzen. *Libertad*. Editorial Salamandra, 2011.

Películas

Juan Nadie (1941). Frank Capra.

La ola (2008). Dennis Gansel.

V de vendeta (2006). James McTeigue.

Lincoln (2012). Steven Spielberg.

Documentales

La Plataforma (2010). Jon Herranz.

Los rostros del voluntariado (2013). Alicia de la Cruz.

Voces prohibidas (2012). Barbara Miller. (Emitido en Documentos TV: 6 de abril de 2013).

